
TIEMPO DE MEMORIA
Oliver Hilmes
VIDAS ANTE EL ABISMO
Alemania, 1943
TUSQUETS
EDITORES

Índice

Créditos

Sinopsis

A comienzos de 1943, Alemania vive horas cada vez más sombrías: en Stalingrado ha sido aniquilado un ejército entero y el ministro de propaganda, Joseph Goebbels, insta a la población a la guerra total. Mientras la gente intenta evadirse con la frivolidad de los desfiles de moda, los estrenos de cine y las veladas en los cabarets, debe padecer tambien la crudeza de los bombardeos nocturnos; a su vez, los judíos que aún no han sido deportados ven su existencia diaria cada vez más acorralada. En Berlín, el joven y prodigioso pianista Karlrobert Kreiten llena las salas de concierto y tiene ante sí un brillante futuro como intérprete. Sin embargo, tras un casual comentario crítico sobre el curso desastroso de la guerra y la salud mental de Hitler, Kreiten es denunciado ante la policía. Le aguardan meses de duros interrogatorios a manos de la Gestapo.

Oliver Hilmes traza en esta obra un fascinante mosaico de Alemania y de los alemanes a lo largo del año 1943, y entrelaza historias de valor y resistencia, mezcladas con el relato de traiciones entre vecinos y actos de violencia inusitada. Y mientras muchos fantaseaban con una milagrosa victoria final y seguían ciegamente al Führer, otros, como los héroes de la Rosa Blanca, no dudaron en arriesgar y perder su vida oponiéndose a la dictadura. Centrada en el trágico destino del pianista Karlrobert Kreiten, *Vidas ante el abismo* recoge asimismo la voz de testigos como Victor Klemperer o Thomas Mann.

Vidas ante el abismo

Alemania, 1943

Oliver Hilmes

Traducción del alemán de Margarita Santos Cuesta

TUSQUETS
EDITORES

Alguien debía de haber difamado a Joseph K., porque una mañana, sin que hubiera hecho nada malo, lo arrestaron.

FRANZ KAFKA, *El proceso*

Stalingrado



A finales de enero de 1943, la película Casablanca llega a los cines de Estados Unidos. En los papeles principales: Ingrid Bergman y Humphrey Bogart. «¡Tócala otra vez, Sam!»

Karlrobert Kreiten es un niño inusualmente tranquilo. Mientras otros juegan en la calle o corretean por el jardín, él prefiere pasar el tiempo en la sala de música de la casa familiar, acurrucado en silencio bajo el gran piano de cola de su padre. A menudo durante horas. No es que lo obliguen, todo lo contrario: sus padres se alegrarían de que su hijo se mostrara más activo. No, el pequeño Karlrobert se comporta así porque quiere, porque la música es para él la mejor narradora de historias que podría imaginarse. Y en casa de la familia Kreiten siempre se oye música: o bien toca el piano o compone papá Theo, o bien canta mamá Emmy, o bien hay amigos invitados en casa y tocan instrumentos que llevan consigo. A menudo todo eso ocurre al mismo tiempo; entonces las historias que Karlrobert escucha agachado bajo el piano se vuelven fascinantes de verdad y lo transportan a otros mundos.

Los Kreiten son una auténtica familia de artistas. Emmy proviene de Mayen, un pueblo de la región de Eifel, cerca de Coblenza. Estudia canto en Sarrebruck, donde conoce a Theo, siete años mayor que ella. Se enamoran y en 1913 se casan. Primero se establecen en Bonn. Ya solo por su aspecto físico, Theo recuerda a un profesor distraído: rostro alargado, frente alta y cabellos ligeramente rizados que se disparan en todas las direcciones como si tuvieran carga eléctrica. Frente a la naturaleza resolutiva e inagotable vitalidad de Emmy, su marido parece más bien tranquilo y reservado. En 1916 nace Karlrobert; dos años más tarde, su hermana Rosemarie. Durante ese tiempo, la familia se traslada de Bonn a Düsseldorf, donde Theo encuentra trabajo como profesor de piano en el conservatorio.

El centro emocional de la familia es la madre de Emmy, Sophie, nacida de padres franceses en España en 1871. Enviudó pronto y desde entonces vive con Emmy y Theo. Habla con sus nietos en francés y lleva elegancia y aires cosmopolitas a Düsseldorf. Karlrobert y Rosemarie la adoran y la llaman con ternura *Grand'maman* .

A menudo viaja con los pequeños a Francia, donde viven familiares. Los Kreiten son, en cualquier caso, un clan europeo, ya que papá Theo es ciudadano neerlandés. Sin embargo, esto no tiene ninguna importancia para ellos. No están muy interesados en política.

A principios de 1943 no son pocos los amigos de la música que ven en Karlrobert Kreiten, de veintiséis años, a uno de los músicos más prometedores de su generación. El pequeño bajo el piano de cola es ahora pianista, como su padre, y ya se ha hecho un nombre. Si Karlrobert se detuviera a contemplar su carrera hasta ahora, podría sentir mareos. A los dieciséis años, el Estado de Prusia le concedió el Premio Mendelssohn. Dos años más tarde se mudó a Viena para estudiar con la famosa Hedwig Kanner-Rosenthal. Cuando su profesora se vio obligada a abandonar Viena y emigrar a Estados Unidos debido a su origen judío, intentó convencer a Karlrobert para que la acompañara. «Tengo la sensación de que triunfarías en Estados Unidos», [1] le escribió. Pero Karlrobert se negó. Prefería continuar su carrera en Europa; además, estaba muy unido a su familia, a la que no quería dejar atrás. Y así, a finales de 1937 llegó por fin a Berlín, donde prosiguió sus estudios junto al mundialmente conocido pianista chileno Claudio Arrau. Para este, Karlrobert es el mayor talento que ha conocido jamás.

Karlrobert no tarda en hacerse un hueco en la escena musical berlinesa, las entradas de sus conciertos de piano anuales en la filarmónica siempre se agotan. Cuando se sienta al piano de cola y toca con un virtuosismo sobrecogedor la *Sonata para piano* en si menor de Franz Liszt, acrobáticas piezas de Ígor Stravinski o la diabólica *Toccata* de Serguéi Prokófiev, público y prensa caen rendidos a sus pies. Además de su talento musical, también le favorece su atractivo aspecto físico: con sus cabellos ondulados y las modernas gafas de pasta, parece una estrella de cine de los estudios UFA. No son pocas las mujeres que lo idolatran. Una de ellas es Elisabeth Stützel, a la que todos llaman Anneli. La joven de dieciocho años es hija de un amigo de la familia Kreiten procedente de Düsseldorf y está muy enamorada de Karlrobert, ocho años mayor que ella. Sin embargo, la chispa no parece surgir aún entre los dos. Tal vez porque Karlrobert solo piensa en la música. No queda sitio para una novia, por el momento.

En cambio, Rosemarie, la hermana de Karlrobert, dos años menor, está casada con Bruno Musolf desde hace tres años. La pareja tiene también un hijo, Edgar, que pasa mucho tiempo en casa de los abuelos Emmy y Theo. Rosemarie sueña con convertirse algún día en una auténtica actriz. Actualmente se dedica a animar a las tropas en el frente oriental y tiene poco tiempo para ocuparse del pequeño.

A principios de 1943 el Reich alemán llevaba en guerra más de tres años. Tras varios éxitos iniciales, el conflicto entró en una nueva fase con la orden de Adolf Hitler de invadir la Unión Soviética en junio de 1941. La Operación Barbarroja fracasó ya en el invierno de ese mismo año, cuando el ataque sobre Moscú se paralizó debido a las árticas temperaturas, que alcanzaron los cincuenta grados bajo cero. Así terminó la sucesión de victorias relámpago alemanas y la Wehrmacht perdió hasta finales de enero de 1942 cerca de un tercio de sus soldados. Sin embargo, la mayor derrota de Hitler hasta la fecha se perfila ahora, un año más tarde, en la ciudad de Stalingrado, donde, desde noviembre de 1942, alrededor de doscientos treinta mil soldados permanecen cercados por el Ejército Rojo. Como Karlrobert también tiene la nacionalidad neerlandesa gracias a su padre, aún no lo han llamado a filas, de modo que puede seguir viajando y dando conciertos. Su carrera solo conoce una dirección: hacia lo alto.

A veces ni él mismo se cree lo que le está pasando. A pesar de su juventud, su nombre se menciona junto al de Walter Gieseking y Vladimir Horowitz. Un día en que Karlrobert y una amiga conversan sobre lo que les deparará el futuro, toma por diversión un libro sobre quiromancia que acaba de descubrir en el estante. Entre risas, los dos hojean el grueso libro, comparan sus palmas con los dibujos y leen las correspondientes interpretaciones. De repente, Karlrobert se sorprende: «Mi línea de la vida se corta de pronto, parece que moriré joven». [2]

A unos nueve mil kilómetros en línea recta de Berlín está Pacific Palisades. Estrictamente hablando, Pacific Palisades es un distrito de Los Ángeles, pero el bullicio de la metrópolis de la costa oeste no llega hasta aquí. Este bello rincón del mundo —tranquilo, de clima suave y vegetación siempre verde— constituye un elegante barrio que se caracteriza por su laberinto de calles serpenteantes y tortuosas. Desde

que numerosos emigrantes de habla alemana se establecieran en la zona, The Palisades parece un poco el barrio muniqués de Schwabing bajo palmeras. En el número 1550 de San Remo Drive vive desde hace un año el matrimonio formado por Thomas y Katia Mann.

El premio Nobel de Literatura y su mujer son amantes de la música formal. Sin embargo, el nombre de Karlrobert Kreiten no significa nada para ellos, algo que no debería sorprender a nadie: cuando los Mann abandonaron Alemania en febrero de 1933, Karlrobert no tenía más de dieciséis años. Entrada la noche, al escritor le gusta escuchar al gramófono un disco de su extensa colección. Entre sus compositores preferidos se encuentran Richard Wagner, Robert Schumann, Claude Debussy y Ludwig van Beethoven. También habría querido pasar la tarde anterior disfrutando de la música, pero Katia y él se encontraban por desgracia en el vecindario, invitados a un cóctel en casa del señor y la señora Thomas: «él muy tonto y antipático; una pareja más. Superfluos». [3]

Hoy, Año Nuevo de 1943, Thomas Mann trabaja, después de desayunar, en el capítulo final de su nuevo libro *José el proveedor,* que cerrará la trilogía *José y sus hermanos* . La publicación está prevista para este mismo año. Tras el almuerzo, lee con atención el semanario *The Nation* . En uno de los muchos artículos dedicados a la situación en Europa citan al ministro de Propaganda alemán, Joseph Goebbels: si el nacionalsocialismo se viera obligado a abdicar, él daría tras de sí tal portazo que el mundo se volvería ciego y sordo. Thomas Mann sacude repugnado la cabeza y anota en su diario: «Qué importancia se da este corrupto embuste de político». [4]

Heinrich Himmler, *Reichsführer* de las SS y jefe de la policía alemana, decreta nuevas «disposiciones para la realización de las ejecuciones»:

> Las ejecuciones se llevarán a cabo en un lugar adecuado, oculto al exterior (cantera, bosque, etcétera). En pueblos, granjas, etcétera, se realizarán solo en casos excepcionales. A la hora de elegir el lugar de la ejecución se tendrán en cuenta, siempre que sea posible, las sugerencias del alcalde o autoridad local responsable, así como las preocupaciones justificadas de los propietarios del terreno. No se permitirá la asistencia de público durante la ejecución, a menos que se indique lo contrario. [...] El ahorcamiento lo llevarán a cabo presos bajo custodia protectora, en el caso de trabajadores extranjeros, a ser posible, miembros del mismo grupo étnico. Los presos bajo custodia protectora recibirán en pago tres cigarrillos por cabeza. [...] En caso de que el traslado

> del cadáver al crematorio más próximo exija un alto consumo de gasolina, no habría ningún inconveniente en enterrarlo en un cementerio judío o en la zona destinada a los suicidas de un cementerio de gran tamaño. Los costes correrán a cargo de la Policía Secreta del Estado. [5]

«En una panadería se han negado a venderme pan», confía Victor Klemperer a su diario el 6 de enero de 1943. «Aunque la prohibición se limitaba al pan blanco, al parecer por miedo y estupidez de la vendedora, no por maldad, me ha dolido.» [6] Klemperer había llegado a ser un reconocido romanista, catedrático desde 1920 en la Escuela Técnica Superior de Dresde, hasta que lo despidieron en 1935 a causa de su origen judío y le prohibieron publicar. Mientras que antes se dirigían a él con un respetuoso *Herr Professor,* hoy lo tratan como a un leproso. Desde finales de 1938, Klemperer no puede entrar en ninguna biblioteca. Dos años más tarde, él y su mujer Eva, con la que está casado desde 1906, tuvieron que abandonar la vivienda que poseían en Dölzschen, cerca de Dresde, y mudarse a lo que se conoce como *Judenhaus,* casa de los judíos.

El hecho de que Eva Klemperer no sea de ascendencia judía y de que los dos vivan en lo que las leyes del Tercer Reich denominan «matrimonio mixto» constituye para Victor, de sesenta y un años, cierta protección contra las deportaciones. Sin embargo, ¿por cuánto tiempo? Todos los días, nada más despertar, se pregunta: «¿Vendrán hoy?». [7] Se refiere a la Policía Secreta del Estado, la Gestapo. Klemperer sabe por experiencia propia que hay días peligrosos y días menos peligrosos. Los viernes son especialmente peligrosos, ya que se controla a los judíos con extremada severidad. La Gestapo cree que ese día llevan a cabo compras y preparativos ilegales para el fin de semana. Si suena el timbre, aguanta la respiración: ¿serán ellos? ¿O será solo la repartidora del correo? Pero ¿qué puede traerle? ¿Una citación? Oye coches que pasan por la calzada adoquinada. ¿Serán ellos? ¿Se precipitarán ahora escaleras arriba para detenerlo? En el interior de cualquier coche, sobre cualquier bicicleta y en cualquier persona con la que se cruza, Klemperer cree ver a un agente de la Gestapo. El miedo constante: «Acabo de darme cuenta de que llevaba el portafolios bajo el brazo izquierdo; quizás estaba tapada la estrella, quizás me ha denunciado alguien». [8]

El incidente en la panadería es para Klemperer un episodio más de una larga historia de privación de derechos y persecución de los

judíos por parte de los nacionalsocialistas. Klemperer anota lo ocurrido en su diario, al igual que escribe prácticamente todo lo que oye, vive y observa todos los días. Lo que lee en la prensa, una conversación que oye por la calle, el mal uso de extranjerismos en el discurso de un dirigente nazi... Ningún detalle le parece irrelevante. Está convencido de que, para entender el Tercer Reich, hay que comprender su lengua: «Aquello que alguien desea esconder de manera consciente, sea solo ante los demás o de sí mismo, también aquello que lleva dentro de sí sin saberlo: la lengua lo saca a la luz. A eso se referirá seguramente la sentencia: *Le style c'est l'homme;* las palabras de una persona pueden ser mentira, pero en el estilo de su habla yace su ser al descubierto». [9]

Victor Klemperer tiene un plan: quiere escribir un libro sobre la lengua del Tercer Reich, quiere desenmascarar la monstruosidad de este régimen mediante su lengua: «Ese es mi acto de heroicidad. ¡Quiero dar testimonio, y testimonio exacto!». [10] Sin embargo, aún queda mucho camino por delante. Primero Klemperer tiene hoy que sobrevivir. Hasta entonces, el título de su nuevo libro ya está decidido: *LTI: Lingua Tertii Imperii* .

Die Dame fue en su momento una revista para gustos exquisitos. Sus lectoras pasaban por ser mujeres modernas y sofisticadas, emancipadas y elegantes, inteligentes y extravagantes. Algunas de ellas solo pensaban que lo eran, pero esa es otra historia. En los años veinte, *Die Dame* era algo así como un salón de sociedad en papel. En aquellos tiempos trabajaban para la publicación autores y artistas como Kurt Tucholsky, Hannah Höch, Carl Zuckmayer, Tamara de Lempicka, Joachim Ringelnatz, Bertolt Brecht y Vicki Baum. En 1925, *Relato soñado* de Arthur Schnitzler apareció por primera vez en esta revista. Sin embargo, han pasado muchos años desde entonces. Ahora, en enero de 1943, *Die Dame* publica consejos de moda para la mujer en tiempos de guerra: «Las chaquetillas son un bonito y elegante accesorio para un vestido a cualquier hora del día. Recibirán gran aceptación, ya que son prácticas y casi siempre se pueden confeccionar con prendas usadas. Aportan al vestido un toque acabado, y también en la calle sentirá que va "bien vestida"; además, proporcionan un agradable abrigo. Se fabrican de cualquier material,

son cortas y suelen acabar en un pequeño volante que sobresale en torno a la cintura». [11]

«Esto es una mierda», escribe August Eberl a su madre a principios de enero desde el frente oriental junto al Volga. «Los rusos son idiotas: ¿por qué no acaban de una vez? He empezado a fumar un poco y, si hay, bebo mucho aguardiente. Todo ¿por qué? Porque estoy volviéndome idiota.» [12] El joven de veinticinco años es uno de los más de doscientos mil soldados alemanes del 6.º Ejército y del 4.º Ejército Panzer cercados en la ciudad de Stalingrado por el ejército soviético a finales de noviembre. Desde entonces, Eberl y sus camaradas permanecen atrapados.

La ropa de abrigo que debería proteger a los soldados de la severa helada escasea. También el suministro de alimentos resulta totalmente insuficiente. Como comandante en jefe de la Luftwaffe, Hermann Göring quiere abastecer el caldero, como llaman los alemanes a la zona cercada, con ayuda de un puente aéreo. Sin embargo, hasta ahora no han conseguido enviar la cantidad mínima de quinientas toneladas ni un solo día. Los hombres están medio muertos de hambre y los ánimos no acompañan. En su desesperación sacrifican a sus propios caballos, a los que en realidad necesitan con urgencia, y cocinan incluso las pezuñas de los animales.

Ambos bandos luchan con una dureza implacable, ya que Stalingrado entraña gran importancia estratégica tanto para Hitler como para Stalin. Después de haber previsto la caída de la ciudad en noviembre, Hitler teme quedar como un perdedor si retira sus tropas. Por su parte, Stalin no puede entregar la metrópolis industrial, aunque solo sea por la razón de que lleva su nombre desde 1925. Así que los combates continúan, calle por calle, casa por casa, hombre por hombre. Stalingrado semeja a estas alturas un campo de batalla apocalíptico sembrado de muertos. En las calles yacen unos junto a otros alemanes y rusos caídos, entre ellos animales muertos. Las ruinas de los edificios bombardeados se elevan al cielo como manos suplicantes. Cada veinte segundos muere en la ciudad un combatiente soviético. Los soldados rasos desplegados allí sobreviven por término medio un día como máximo; los suboficiales, dos y los oficiales, tres. Los comandantes de batallón duran por lo general siete días; los de

regimiento, unos veinte. También los alemanes acusan enormes pérdidas. En algunas unidades han muerto en combate hasta el noventa por ciento de los hombres. En total, el 6.º Ejército ha perdido setenta mil hombres, mil tanques y mil cuatrocientos aviones.

El 10 de enero de 1943, el ejército soviético comienza una gran ofensiva contra las tropas rodeadas. Stalin ha ordenado la aniquilación del 6.º Ejército. En los próximos días, el cerco en torno al centro de la ciudad se irá cerrando cada vez más. El destino de los soldados alemanes está sellado.

¿Y Hitler? «Una rendición del 6.º Ejército es imposible ya solo por una cuestión de honor», comunica el dictador a sus hombres. Algunos soldados se aferran a vagas promesas de salvación —«¡De modo que aguantad, el Führer nos sacará de aquí!»—, [13] pero la mayoría de los combatientes han perdido todo ánimo de seguir viviendo.

Instrucciones de la conferencia de prensa del Gobierno del Reich, 10 de enero de 1943:

> Los artículos sobre el cumpleaños de Göring y Rosenberg no se publicarán en la forma prevista antes del 12 de enero. No habrá comunicados sobre los festejos de cumpleaños ni sobre el transcurso del día, a menos que llegue un aviso oficial de la DNB [Deutsches Nachrichtenbüro, agencia de noticias del Tercer Reich], que se publicará únicamente en las páginas interiores. Se mostrarán fotografías del mariscal del Reich y de Rosenberg en la primera página, pero la imagen del mariscal deberá aparecer un poco en primer plano. [14]

Hermann Göring cumple hoy cincuenta años. Como si tuviera que recordárselo a sí mismo, ha anotado con trazo grueso la palabra «cumpleaños» [15] en su agenda, bajo la fecha del 12 de enero de 1943. Göring es el lugarteniente de Hitler; si algo le ocurriera a este, Göring tomaría su puesto. Además, desde 1933 Göring ostenta un buen número de cargos más: ministro del Interior de Prusia, presidente del Gobierno de Prusia, presidente del Consejo de Estado de Prusia, presidente del Reichstag, jefe forestal del Reich, jefe de caza del Reich, presidente del Consejo de Investigación del Reich, ministro de Aviación del Reich, presidente de la Liga Nacional para la Protección contra Ataques Aéreos, coronel general, mariscal general de campo, comandante en jefe del Ejército del Aire, comisario del Reich para

materias primas y divisas, presidente de la Oficina Central de Planificación, comisario del Plan Cuatrienal y algunos más. Por cada cargo Göring recibe un sueldo separado y para cada una de sus tareas posee su respectivo uniforme, diseñado por él mismo. A veces aparece todo de blanco, a veces de azul claro. Como mariscal del Reich, cargo que Hitler le asignó en el verano de 1940, lleva un bastón de marfil, oro y brillantes.

El número de cargos y la ostentación de la que hace gala contrastan con el poder real de Göring. Desde la batalla de Inglaterra, su influencia ha caído en declive. Cuando la Royal Air Force británica atacó primero Lübeck y Rostock, en marzo y abril de 1942, y después, a finales de mayo, Colonia con más de mil bombarderos que dejaron extensas áreas de la ciudad catedralicia en ruinas, la ya tensa relación entre Hitler y Göring se deterioró aún más. Ante el «fracaso» de Göring, Hitler reaccionó retirándole poco a poco su poder. Otros, como Albert Speer, el arquitecto favorito del Führer, ocupan su puesto. Al menos desde mediados de 1942, Hermann Göring apenas tiene ya influencia sobre la política y la estrategia militar alemanas. El hecho de que el mariscal del Reich tampoco pueda ahora mantener su grandilocuente promesa de abastecer por el aire a los soldados asediados en Stalingrado es la última gota que colma el vaso. No obstante, Hitler no quiere prescindir totalmente de Göring. Es popular entre el pueblo y, además, Hitler teme que la destitución de un compañero de tantos años se interprete como una señal de debilidad entre los alemanes que se oponen a la guerra. [16]

El mariscal del Reich escapa a su esfera privada, viaja y pasa meses de vacaciones o cazando, saquea obras de arte por media Europa y se regodea en el papel de hombre del Renacimiento. En su pomposa residencia de Carinhall al norte de Berlín, él, su mujer, Emmy, y su hija, Edda, viven rodeados de lujo. En total, unas ciento cincuenta personas se ocupan del bienestar y de la seguridad de los Göring, entre ellos un portero, un ama de llaves, tres cocineros, diez mujeres de la limpieza, tres ayudantes de cocina, una niñera, dos criadas, una profesora, un carpintero, un criado, un jefe de máquinas, su propio funcionario de Correos, dos fogoneros, cuatro jardineros, un jardinero exclusivo encargado de llevarles todos los días flores de Berlín, un masajista, un electricista, una bibliotecaria y dos secretarias. A esta lista hay que añadir una cantidad innumerable de

vigilantes, varios detectives y un equipo de diez hombres del cuerpo de bomberos de Berlín. [17]

Durante semanas, Göring no se ha ocupado más que de los preparativos para su cumpleaños. Los festejos comienzan la víspera del 12 de enero, con una función de gala en el teatro de la plaza Gendarmenmarkt. Gustaf Gründgens, intendente del Teatro Nacional de Prusia desde el otoño de 1934, ha escenificado en honor de Göring fragmentos de *El príncipe de Homburg* de Kleist, así como el quinto acto del *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare. Entre los artistas a los que ha ordenado actuar en esta única función se cuentan estrellas como Heinz Rühmann, Theo Lingen, Gustav Knuth, Viktor de Kowa, Bernhard Minetti y Werner Krauß, junto a actrices de la joven generación: Lola Müthel, Antje Weisgerber y Käthe Gold, así como la mujer de Gründgens, Marianne Hoppe. En el descanso entre ambas obras, Göring ofrece a sus invitados una cena en el vestíbulo del edificio. Para acompañar el rosbif, preparado por el restaurante preferido de Göring, Horcher, se sirve champán.

Al día siguiente continúa el espectáculo. Göring ha invitado a unos ciento sesenta representantes del mundo de la política, la economía y la sociedad a una cena solemne en su palacio en los jardines del Ministerio de Aviación del Reich. Por encargo de Göring, Albert Speer ha rediseñado la antigua sede oficial del Ministerio de Comercio de Prusia con el fin de transformarla en una pomposa residencia. Entre otros cambios, se echaron abajo numerosas paredes de la planta baja para obtener cuatro salones de grandes dimensiones. Solo el despacho de Göring mide ciento cuarenta metros cuadrados. En el extenso parque en torno a la villa hay una pista de tenis —que, sin embargo, nadie usa; el dueño de la casa no es deportista—, una casa de té y una piscina.

Entre los que le felicitan se encuentra el famoso descubridor y explorador sueco de setenta y un años Sven Hedin. Está pasando unos días en Berlín antes de seguir su camino a Múnich, donde en los próximos días se le honrará con la medalla de oro de la Academia de las Ciencias de Baviera, así como con el título de doctor *honoris causa* de la Universidad de Múnich.

En el palacio, Hedin y los demás invitados son testigos de una curiosa presentación. Los innumerables presentes que ha recibido Göring se encuentran en su despacho, sobre una inmensa mesa que

parece doblarse bajo el peso de los regalos. En presencia de los asistentes, Göring se pasea alrededor de la mesa y contempla con toda calma cada uno de los obsequios. Una y otra vez se oye un «Oh» o un «Ah», y de vez en cuando llama a su mujer, Emmy, para mostrarle algo determinado.

No debería de haber grandes sorpresas entre los regalos, ya que Göring tiene la costumbre de hacer saber a sus invitados, semanas antes de su cumpleaños y de un modo más o menos discreto, con qué le gustaría que le obsequiaran: valiosas pinturas y esculturas, diamantes, tapices, muebles o nobles vinos y cigarros puros. Eso le ocurrió a Kurt Schmitt, presidente de la junta directiva de la compañía reaseguradora de Múnich, a quien Erich Gritzbach, asistente de Göring, indicó lo mucho que le gustaba a su jefe una determinada estatua medieval. Schmitt compró la antigüedad por dieciocho mil marcos.

August Rosterg, director general del consorcio Wintershall, cumplió un deseo especialmente caro de Göring. El industrial, de setenta y dos años, mantiene desde hace mucho tiempo una excelente relación con dirigentes nacionalsocialistas. Ya en 1932 apoyó el nombramiento de Hitler como canciller del Reich y es amigo personal de Heinrich Himmler. Su empresa, que junto a la minería hace también negocio con el gas y el petróleo, se beneficia de esta cercanía al poder. Wintershall AG se considera «fundamental para la guerra» y recibe regularmente trabajadores forzados. Rosterg aún no ha entrado en el NSDAP [siglas en alemán del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán]. ¿Quién sabe cómo evolucionará la guerra?

Para el cumpleaños de Göring, el director general ha adquirido un lujoso maletín de pícnic de la casa francesa Hermès. El elegante objeto está forrado de piel marrón claro de gran calidad, y sobre la tapa destaca el monograma del nuevo propietario: «H.G.». A los lados tiene fuertes anillas y resistentes correas de cuero con cierres niquelados. El interior se encuentra revestido de ante acolchado. Por si eso fuera poco, Rosterg ha hecho equipar el maletín con un servicio de porcelana de la casa Sèvres para ocho personas. Los platos, cuencos y fuentes están decorados con imágenes de caza, así como con motivos de perdices y patos salvajes pintados a mano. El fondo de los platos muestra el escudo de armas de la familia Göring en esmalte dorado. En el reverso de cada pieza de la vajilla se lee: «Al mariscal del Gran

Reich Alemán Hermann Göring por su 50 cumpleaños. 12 de enero de 1943».

El mariscal de campo Wilhelm Keitel acude en representación de Adolf Hitler, que se encuentra en el cuartel general Wolfsschanze [Guarida del Lobo] en Prusia Oriental. En nombre del Führer, Keitel entrega al anfitrión un estuche engastado con piedras preciosas y una carta escrita a mano. Göring abre el sobre con gran solemnidad y lee despacio el texto completo. Luego se acerca de repente hasta su escritorio, se sienta en el amplio sillón cuyo respaldo lo sobrepasa y analiza la carta de nuevo. De pronto empieza a llorar ante los ojos de todos. Lágrimas como perlas resbalan por su céreo rostro. Sin embargo, no es un llanto de tristeza, no; Göring llora de emoción. Una vez que los invitados han presenciado con visible irritación este espectáculo durante un rato, un ayudante de campo les pide con discreción que abandonen la sala un momento hasta que el conmovido anfitrión recupere la compostura. Göring no tarda mucho en recuperarse para dar comienzo a la cena. La mesa del banquete está puesta con todo lujo. Como concesión a los malos tiempos que corren, los camareros de librea blanca sirven primero una sopa de col. Luego hay pescado con mayonesa de bogavante, acompañado de champán. [18]

Alfred Rosenberg, que cumple también hoy cincuenta años, es el autoproclamado ideólogo precursor del nacionalsocialismo. En 1930 se publicó su libro *El mito del siglo xx* , un mamotreto de seiscientas setenta páginas que, en un lenguaje embrollado, abogaba por una «religión de la sangre» como sustitución del cristianismo. Cuatro semanas después del ataque alemán contra la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, Rosenberg fue nombrado ministro del Reich para los Territorios Ocupados del Este. Mientras que hasta entonces solo había ostentado cargos dentro del NSDAP, ahora tiene poder en el Gobierno. Como «ministro de Oriente», desempeña un papel determinante en la privación de los derechos de los judíos europeos y en su asesinato.

Los festejos por el cumpleaños de Rosenberg tienen lugar en su ministerio, la antigua embajada soviética, en la avenida Unter den Linden y transcurren de un modo más modesto que los del mariscal del Reich. Cierto que le rinden pleitesía unos doscientos invitados, pero el guiso que les sirve Rosenberg no puede competir con los

manjares del Horcher ofrecidos por Göring. Una vez que todos los invitados se han ido, Rosenberg abre la carta manuscrita que Hitler le ha hecho llegar a él también. En su diario anota: «Los dos sabemos lo diferentes que somos; él es consciente de que considero parásitos a muchas personas a las que él permite estar en primer plano, seguramente por razones de Estado». [19]

Hitler concede finalmente a Rosenberg una dotación de doscientos cincuenta mil marcos imperiales del Reich, «para organizar su vida personal», [20] como escribe el dictador.

En la ciudad portuaria de Casablanca comienza el 14 de enero de 1943 una conferencia del presidente americano Franklin D. Roosevelt y el primer ministro británico Winston Churchill junto con sus respectivos altos mandos militares. La iniciativa surgió de Roosevelt, quien invitó también a Casablanca a Iósif Stalin. El jefe de Estado soviético rechazó la propuesta, ya que su liderazgo militar era necesario en la batalla de Stalingrado y no quería abandonar el país.

Durante los siguientes diez días, Roosevelt y Churchill conversan en la más estricta confidencialidad sobre los futuros avances contra Alemania y sus aliados. Acuerdan desembarcar en Sicilia en verano y en Francia al año siguiente. Además, establecen una ofensiva combinada de bombarderos británicos y estadounidenses: bombardeos de precisión por parte de Estados Unidos sobre objetivos militares e industriales durante el día, así como bombardeos de área de la Royal Air Force durante la noche. Probablemente el resultado más importante de la conferencia es la determinación de un objetivo militar, definido por Roosevelt como *unconditional surrender* [rendición incondicional]. No aceptarán nada más que una capitulación sin condiciones del Reich alemán y de sus fuerzas aliadas: Italia y Japón. Para conseguir este fin no se desea infligir daños al pueblo, como subraya el presidente al final de la conferencia, «pero queremos imponer un castigo y una retribución a sus culpables y bárbaros dirigentes». [21]

Se trata de una seria amenaza dirigida también a Joseph Goebbels. El ministro de Propaganda creyó en un principio que la reunión tendría lugar en Washington —el servicio de inteligencia alemán interpretó el nombre de Casablanca como el de la residencia

oficial del presidente estadounidense—, pero entra en cólera cuando descubre las verdaderas circunstancias: «Nuestro servicio de inteligencia ha vuelto a fracasar por completo y ni siquiera es capaz de establecer el lugar de las conversaciones». [22]

Goebbels ha reconocido la gravedad de la situación, «ya que, si ingleses y estadounidenses consiguieran establecerse en el continente europeo, la situación se volvería bastante lamentable para nosotros». Sin embargo, lo que el ministro de Propaganda confía a su diario y lo que declara en público son a menudo dos cosas muy distintas. De cualquier modo, ordena a la prensa alemana que quite importancia a la conferencia. Los resultados del encuentro no están en proporción con los kilómetros recorridos, dicen de manera lapidaria: no se trata más que de una exhibición teatral. Es cierto que estas fórmulas de apaciguamiento surten cada vez menos efecto. En su «informe secreto de la situación» del 1 de febrero de 1943, el servicio de inteligencia de las SS da la voz de alarma: nadie entre la población cree que Churchill y Roosevelt sean tan tontos ni estén tan en desacuerdo como quieren hacer creer los comunicados de prensa. La gente duda de que el encuentro fuera tan infructuoso como se afirmó en los comentarios. [23]

¿Cuántas veces ha reproducido Margot el plan en su cabeza? ¿Diez veces? ¿Veinte veces? ¿O más aún? No lo sabe. ¡Y cuántas veces se ha preguntado si han tomado la decisión correcta! Berlín es su tierra natal, aquí nació Margot Bendheim hace apenas veintidós años. Creció en Kreuzberg en un piso de la alta burguesía de once habitaciones y tuvo una infancia feliz. Luego llegó Adolf Hitler. En 1937 sus padres se separaron; desde entonces, Margot y Ralph, su hermano cuatro años menor, viven con la madre. Margot adora la ciudad junto al Spree. Podría llevar una buena vida, podría trabajar en la confección femenina que tanto le interesa, podría incluso diseñar algunos vestidos. En circunstancias normales, la grácil joven de rizos oscuros y grandes ojos marrones tendría probablemente novio e incluso estaría ya casada. Pero Hitler dispuso todo de otra manera. En lugar de cortar telas nobles y tener una vida completamente normal, Margot ha de llevar la estrella amarilla y realizar trabajos forzados en una fábrica. Sin embargo, si todo va bien, hoy, 20 de enero, ella, su hermano y su madre, Auguste, lograrán huir de Berlín.

Hasta ahora todo ha salido según el plan. Después de trabajar como siempre por la noche, Margot ha buscado a un médico para que le dé una baja de algunos días por algún pretexto. Esto es muy importante, ya que, de otro modo, enseguida llamaría la atención si no apareciera a trabajar en su turno. El doctor le concede la baja sin problemas. Gastroenteritis. Luego echa el documento en el buzón de su empresa. De momento, todo bien.

Después Margot se dirige al piso de Rachela Meisner, en el número 32 de la Skalitzer Strasse, en el que los Bendheim viven realquilados desde hace apenas dos años. La señora Meisner, de treinta y cinco años, es también judía. Su marido, Arnold, y el hijo de ambos fueron deportados ya en 1938, y no sabe nada de ellos desde entonces. En cambio, su hija, Kläre, logró huir en 1941 a Portugal y desde allí a Estados Unidos en barco.

¿Quién es ese hombre que camina delante de Margot? Al principio ella ni lo ha visto, tan absorta estaba en sus pensamientos, pero de repente le da mala espina. Aunque Margot solo ve al desconocido por la espalda, siente miedo. De repente, el hombre se detiene ante el número 32. Echa un vistazo a los timbres como si buscara un apellido: Amend, Sommerfeld, Berkholz, Börnicke, Wagner, Dumont, Faust, Lehmann... Meisner. Luego entra en el edificio y sube al segundo piso. Margot lo sigue. Cuando comprueba que se para ante la puerta de la señora Meisner, Margot sigue andando con ánimo. Tiene que parecer que visita a alguien en el tercer piso. Cuando llega, toca el timbre de una vecina a la que solo ha visto hasta ahora un par de veces. La mujer deja pasar a Margot y le cuenta lo que ha ocurrido: esa mañana hubo pasos, golpes en la puerta, gritos y portazos, y la Gestapo se llevó a la señora Meisner y al pequeño Ralph.

—¿Y mi madre...? —pregunta Margot. [24]

Llegó «cuando todo estaba otra vez en calma y la vivienda sellada», le cuenta la vecina. Luego se fue a casa de una conocida de la cercanía; allí la espera.

Margot y la vecina pasan un rato sentadas una frente a la otra en silencio. Aturdida, Margot comprende poco a poco lo que ha debido de ocurrir. Gracias a Dios, la madre está segura. Pero ¿y la señora Meisner? ¿Y Ralph? Los pensamientos le dan vueltas en torno a su hermano. Ralph no le ha hecho daño a nadie, todos lo quieren. ¡Él, que tan bien toca el violín! A Ralph le encanta ir a la escuela y

aprender, es incluso el mejor de la clase. Si corrieran otros tiempos, le gustaría matricularse en una escuela superior y estudiar. Su mejor amigo se llama Hansi.

Al cabo de un rato, Margot se despide de la vecina y baja despacio las escaleras. El hombre ya no está, la puerta del apartamento de la señora Meisner está sellada. Como en trance, Margot acude a la vivienda donde su madre debería estar esperándola. Pero no, la madre ya no está, le dice allí una mujer, y le entrega algo. Margot reconoce de inmediato el bolso de su madre. Abre el cierre y encuentra el pequeño cuaderno de notas en el que Auguste Bendheim apunta siempre todo lo que le parece importante, así como un collar de ámbar. Eso es todo. Margot busca una carta de su madre o, al menos, una notita, un pedazo de papel con un mensaje. Pero no halla nada parecido.

—Se ha ido —le dice la mujer. [25]

—¿Que se ha ido… adónde? —Margot la mira sin entender.

Ha decidido ir a la policía para no dejar solo a Ralph, le explica la mujer. Pero su madre le pidió que le diera a Margot un recado de su parte: «Intenta hacer tu vida».

El 23 de enero, un día antes de que finalicen las negociaciones en Casablanca, en Estados Unidos llega a los cines una película que parece una declaración sobre la conferencia. El argumento se resume rápido: en Casablanca, ciudad bajo administración francesa, el bar del estadounidense Rick Blaine, papel representado por Humphrey Bogart, se ha convertido en un refugio para exiliados de guerra y perseguidos políticos de todos los rincones del mundo. Un día aparece en la ciudad el miembro de la resistencia Victor Lászlo, acompañado de una mujer. Victor ha escapado varias veces de los nazis y ahora el comandante alemán Strasser y el corrupto prefecto de policía francés Louis Renault quieren detenerlo en el bar de Rick. Cuando Lászlo y la mujer entran en el local, Rick no puede creer lo que ven sus ojos. La desconocida es nada más y nada menos que Ilsa Lund (interpretada por Ingrid Bergman), con quien tuvo un apasionado romance en París y quien entonces lo abandonó. Ahora es precisamente Rick quien se encuentra en el deber de ayudarlos a ella y a Victor a huir. ¿Lo hará?

La mayoría de los actores que trabajan en *Casablanca* son

emigrantes de Europa, entre ellos nombres tan famosos como Conrad Veidt (como el comandante Strasser), Peter Lorre (como el señor Ugarte) y Curt Bois (como carterista). Detrás de la historia de amor, la película muestra el sufrimiento de la emigración y la vida en un entorno desconocido. Cuando los actores austriacos Ilka Grüning y Ludwig Stössel actúan en el papel de la pareja de emigrantes judíos Leuchtag que espera la partida a Estados Unidos y aprende entretanto inglés con el camarero Carl, recrean su propio destino:

Señor Leuchtag: Cariño…, *sweetness heart, what watch?*

Señora Leuchtag: *Ten watch.*

Señor Leuchtag: *Such much?*

Carl: Hm. *You will get along beautiful in America.*

«Por favor, no te asustes por estas líneas», escribe a finales de enero de 1943 el sargento Otto Kirschner, nacido en 1901, a su hermana, Leni, desde Stalingrado. «Solo a ti puedo contarte esto. Nos encontramos en una situación desesperada. En cualquier instante podemos caer en manos de los rusos. [...] Si durante los próximos dos meses no recibes más correo de mi parte, puedes concluir con seguridad que ya no existo, pues nunca dejaré que los rusos me hagan prisionero.» [26] Seis días más tarde, los soldados soviéticos logran dividir el caldero en una parte norte y otra sur. Otto Kirschner no sobrevivirá a la batalla.

El 30 de enero es el décimo aniversario del ascenso al poder del nacionalsocialismo. Como Hitler no quiere dejarse ver debido a la inminente derrota en Stalingrado, permanece en su cuartel general de Wolfsschanze y deja el campo a otros. En Hermann Göring recae la tarea de dirigir a la Wehrmacht un discurso que se transmitirá a las doce del mediodía desde el salón de honor del Ministerio del Aire, mientras Joseph Goebbels se dirigirá al pueblo desde el Palacio de los Deportes cuatro horas más tarde.

Göring se encuentra ya en su edificio oficial cuando, a las 11.05, las sirenas de alarma resuenan estridentes: tres aviones de la Royal Air Force han traspasado la defensa alemana y penetran en el espacio aéreo de Berlín para lanzar un puñado de bombas en Charlottenburg, Reinickendorf y Lichtenberg, de las cuales la mayoría no estalla ni

causa daños. Aun así, el incidente es verdaderamente embarazoso para Göring, ya que solo hace tres días que bombarderos estadounidenses consiguieron atacar la base naval de Wilhelmshaven a plena luz del día. ¿Acaso no había anunciado él, comandante en jefe del Ejército del Aire alemán, que se volvería Meier [típico apellido judío] si algún día aviones enemigos aparecían sobre Berlín? Y ahora Hermann Göring, alias Meier, esperaba en su búnker el fin del bombardeo sin poder hacer nada. «Por desgracia Göring no tiene más remedio», se burla sarcástico Joseph Goebbels, «que retrasar su aparición una hora por culpa de tres aviones Mosquito ingleses, lo que seguro divertirá muchísimo a los británicos.» [27]

La sala está completamente llena cuando Hermann Göring empieza su discurso. Al frente destaca una enorme águila del Reich, bajo ella, una esvástica de grandes dimensiones. En el centro del escenario se encuentra el púlpito de Göring rodeado de adornos florales; a izquierda y derecha: numerosas banderas de distintas delegaciones. En conjunto, la estancia así equipada recuerda más bien a una sala funeraria que a un salón de ceremonias. Y, de hecho, lo que dice Göring sobre Stalingrado semeja un discurso fúnebre:

> Lo que han llevado a cabo nuestros granaderos, pioneros, artilleros, artilleros antiaéreos y todos aquellos que se encuentren en esa ciudad, desde el general hasta el último hombre, no tiene parangón. Con una valentía inquebrantable, pero, al mismo tiempo, en parte desfallecidos y exhaustos, luchan contra una poderosa fuerza superior por cada bloque, por cada piedra, por cada agujero, por cada zanja.

Y continúa:

> Conocemos una heroica canción de gesta sobre una batalla sin igual; se llama «La batalla de los nibelungos». También ellos se encontraban en una sala que ardía en llamas, saciaron la sed con su propia sangre, pero lucharon hasta sus últimas fuerzas. Es una batalla como aquella la que hoy se libra allí y dentro de mil años todos los alemanes hablarán de ella con sagrado estremecimiento y admiración, y recordarán que allí se decidió a pesar de todo la victoria de Alemania. [28]

Göring compara a los soldados del 6.º Ejército con los trescientos espartanos que se enfrentaron durante días a la superioridad del ejército persa en la batalla de las Termópilas en el 480 a.C. Y recita en una versión libre de Cicerón: «Si vienes a Alemania, entonces ve y cuenta que nos viste yacentes en el suelo de Stalingrado, tal y como ordenó la ley, es decir, la ley de la seguridad de nuestro pueblo».

Tanto patetismo histórico es demasiado incluso para Joseph Goebbels, que apunta en su diario: «el discurso de Göring provoca sonrisas de burla». [29]

El ministro de Propaganda ha adelantado una hora su comunicado en el Palacio de los Deportes, con el fin de evitar posibles disturbios, pero a las 15:49 la alarma aérea vuelve a sonar. Al contrario que Göring, Goebbels no se deja intimidar y continúa con su discurso como si no ocurriera nada. Como punto culminante, lee una proclamación de treinta páginas del Führer. De boca de su ministro, afirma, entre otras cosas, que después de esta guerra no habrá vencedores ni vencidos, sino supervivientes y aniquilados. Por esta razón desea continuar esta lucha hasta sus últimas consecuencias.

«Mensaje espeluznante de Hitler, el que "no abandona a sus soldados", leído por Goebbels», anota en su diario Thomas Mann en el lejano Los Ángeles. «Siento repugnancia.» [30]

Un día más tarde, el 31 de enero de 1943, las tropas alemanas capitulan en la parte sur del caldero de Stalingrado. El día anterior, Hitler asciende al comandante en jefe del 6.º Ejército Friedrich Paulus a mariscal general de campo, lo que supone una orden de suicidio en caso de una probable derrota. Sin embargo, Paulus prefiere que lo hagan prisionero y entra en cautiverio soviético. Los combates por la parte norte del caldero continuarán dos días más con redoblada dureza, pero después la batalla de Stalingrado llega a su fin.

El discurso



A mediados de febrero de 1943, Joseph Goebbels pronuncia en el Palacio de los Deportes de Berlín un discurso durante el cual hace diez preguntas retóricas al público. «¿Están de acuerdo con cortarle la cabeza a quien fracase en la guerra?»

Tras la caída de Stalingrado, el frente pasa directamente por el número 21 de la Lutherstrasse de Berlín. Esa sensación tiene al menos Joseph Goebbels. En esa dirección se encuentra el restaurante Horcher, que Goebbels pretende clausurar. El ministro nunca fue muy amigo de ese tipo de establecimientos, pero durante años observó en silencio su lujosa actividad. En tiempos de paz no estaba mal que la capital del Reich pudiera agasajar a sus invitados del extranjero con esa exclusividad de nivel internacional. Sin embargo, después de la catástrofe militar en el frente oriental, la situación ha cambiado de manera radical. El hecho de que Otto Horcher tenga empleados a principios de febrero de 1943 a todo un ejército de camareros —entre ellos un *chef de rang,* tres *demi-chef de rang,* así como cuatro *commis de rang* — que apenas atienden un puñado de mesas y que sueltan, para colmo, expresiones francesas cada dos por tres es algo incomprensible para Goebbels. Pero tiene un fuerte contrincante en Hermann Göring. El mariscal del Reich adora las especialidades del Horcher, ya sea *parfait* de tortuga, salmón del Rin, rollitos de ternera sobre un lecho de alcachofas, riñones flambeados o bistec de rebeco. Especialmente famoso es el filete de ternera hecho al punto en mantequilla y servido sobre una base de hojaldre caliente rellena de *mousse* de hígado. El conjunto se baña finalmente con una intensa salsa bearnesa y se adorna con una cabeza de champiñón.

A pesar de Stalingrado, Göring no ve ninguna razón para prescindir de sus visitas regulares a la Lutherstrasse. Cuando descubre los planes de Goebbels, protesta enérgico. «¡De qué no se preocuparán estos señores!», escribe Goebbels después incrédulo en su diario. «Cuando uno se da cuenta de la situación en la que nos encontramos, no se comprende que un hombre que está al tanto de todo siga hoy protegiendo tan tranquilo cosas que no lo merecen en absoluto.» [1] De cualquier modo, ni en sueños piensa dar su brazo a torcer en este asunto. Göring tampoco se rinde. Al cabo de unos pocos días, su duelo

de cucharas es la comidilla de la ciudad. Goebbels: «Todo el mundo me observa y se pregunta si lograré cerrar el Horcher; hace poco me dijo un hombre importante que si lo conseguía entonces me creería capaz de reconquistar Stalingrado». [2]

A Göring se le ocurre incluso la astuta idea de elevar el local a restaurante exclusivo de la Luftwaffe, que se encuentra bajo su jurisdicción, con lo que eliminaría el poder de influencia de su adversario. Sin embargo, Goebbels recurre a Hitler, cuya palabra está por encima de todo. «Sostiene la misma postura radical que yo», [3] constata Goebbels satisfecho. Cuando una noche alguien rompe a pedradas las ventanas de la Lutherstrasse —corre el obstinado rumor de que el incidente ocurre por encargo de Goebbels—, Göring reconoce las señales de los tiempos. Expide los documentos necesarios para el propietario del restaurante, Otto Horcher, y pone a su disposición un tren especial del Reichsbahn. Desde los saleros hasta el servicio de porcelana, pasando por las ollas de cobre y las sillas de seda: todo se embala. El objetivo: Madrid. Allí el *maître* Otto quiere abrir un nuevo restaurante exclusivo. El nombre ya está decidido: Horcher.

Instrucciones de la conferencia de prensa del Gobierno del Reich, 8 de febrero de 1943: «Para denominar a “las fuerzas aliadas” se permite emplear el término “pueblos auxiliares de la Unión Soviética”». [4]

Ruth Andreas-Friedrich es una mujer a la que puede llamarse con todo derecho extraordinariamente valiente. No es una arrojada aviadora como Hanna Reitsch, ni una osada automovilista de carreras como Clärenore Stinnes, la primera persona en dar la vuelta al mundo en coche de 1927 a 1929. El valor de Ruth Andreas-Friedrich se expresa en silencio, ya que lo que está haciendo pone su vida en peligro: ayuda a mujeres y hombres judíos de su ciudad.

Se convirtió en su ayudante más bien por casualidad. Hace más de cuatro años, la madrugada del 10 de noviembre de 1938, una tormenta golpeó de repente la puerta de su casa. Alguien hizo sonar el timbre ocho, nueve, diez veces seguidas. Cuando Ruth Andreas-Friedrich abrió la puerta vio al doctor Weissmann, un abogado del

barrio.

—¡Escóndame, quieren detenerme! —le rogó muy nervioso.

Ruth Andreas-Friedrich lo miró sin comprender:

—¿Quién? ¿Qué? No entiendo.

El doctor Weissmann estaba aterrorizado.

—Cierre al menos la puerta. ¿Está sola? ¿Dónde quiere que yo...? ¿¡Dónde me meto, por Dios!?

Sin esperar respuesta, la empujó y entró en el apartamento, se sentó en una silla y se cubrió la cara con las manos.

Ruth Andreas-Friedrich quiso saber qué ocurría.

—Pero ¿es que vive usted en la luna? —replicó el doctor Weissmann con amargura—. ¡El demonio anda suelto en Berlín! Las sinagogas arden. Sangre judía gotea de los cuchillos. Las SA [Sturmabteilung, tropas militares afines al NSDAP] marchan por las calles y rompen cristales. ¿Y usted me pregunta qué pasa?

Tres días antes había tenido lugar un atentado contra el diplomático alemán Ernst Eduard vom Rath. El consejero de legación era una figura de poca importancia que no habría levantado mucho revuelo, sobre todo porque como homosexual no respondía precisamente a la idea nacionalsocialista de virtud y estricta moralidad. Sin embargo, Herschel Grynzspan, el autor del atentado, era judío. Cuando el diplomático murió a causa de sus heridas el 9 de noviembre, el ministro de Propaganda Joseph Goebbels vio una oportunidad. Ese mismo día, hombres de las SA y de las SS quemaron sinagogas y salas de oración por todo el país, saquearon negocios judíos, irrumpieron en viviendas y asesinaron a incontables personas. Eso era lo que pasaba, y por eso el doctor Weissmann se había refugiado en casa de su vecina. [5]

Desde entonces han pasado cuatro años y en ese tiempo Ruth Andreas-Friedrich, periodista que escribe artículos en revistas para mujeres, se ha convertido en miembro de un grupo de resistencia. También Leo Borchard, su pareja desde 1931. Borchard es un reconocido director de orquesta que dirige con regularidad grupos tan exquisitos como la Filarmónica de Berlín. Tiene una hija fruto de una relación anterior, Karin, de dieciocho años. Ruth Andreas-Friedrich y Leo Borchard viven en el tranquilo barrio de Steglitz en dos viviendas separadas de una casa de alquiler, ella en el segundo piso, él en el tercero. El peculiar estilo de vida forma parte de su camuflaje, ya que

nadie se escandalizaría de ver frecuentes idas y venidas de extraños en las casas de una diligente periodista y de un ocupadísimo músico. Al grupo pertenecen también el escritor Fred Denger, el repostero Walter Reimann y su mujer, Charlotte, los médicos Josef Schunk y Walter Seitz, así como unas doce personas más. Estos hombres y mujeres tan dispares constituyen una red autodenominada Tío Emil que se ha impuesto la tarea de apoyar a los perseguidos por el régimen nazi. Ayudan a prepararse para emigrar, reúnen alimentos y sellos de racionamiento, consiguen documentos falsificados e intentan reducir un poco el sufrimiento de las personas visitándolas regularmente.

Entre los protegidos de Ruth Andreas-Friedrich está la familia Jakob. En realidad, no se llaman así, pero Ruth solo emplea apellidos falsos en su diario, para protegerse a sí misma y a los demás. No quiere ni imaginar qué ocurriría si el cuaderno cayera en manos de la Gestapo. El doctor Hugo Jakob —o comoquiera que se llame— es dentista y dirigía en mejores tiempos una exitosa consulta. Para huir de la inminente deportación a un campo de concentración, la familia de cinco miembros pasó a la clandestinidad en diciembre de 1942. Primero se escondieron en un taller abandonado, más tarde en casa de Ruth Andreas-Friedrich y de otros miembros de su grupo. Cuando esto se volvió cada vez más peligroso a causa de los temidos controles, empezaron a ocultarse durante el día en diferentes lugares y volvían noche tras noche a su propio piso. Para no llamar la atención en una casa en la que las paredes tenían oídos, se deslizaban en calcetines sobre la madera y no encendían ninguna luz.

Durante un tiempo todo fue bien, pero ahora, a mediados de febrero de 1943, algo ha debido de ocurrirles. Hace días que Ruth Andreas-Friedrich no sabe nada de los Jakob. Está muy preocupada. Una noche suena el teléfono. Es la suegra de Hugo Jakob, la señora Bernstein. Han detenido a Hugo cuando entraba en una farmacia.

—Tenemos tanto miedo —susurra la mujer con la voz ahogada por la angustia—. No sabemos qué hacer.

El 16 de febrero, Ruth Andreas-Friedrich acude a la casa donde vive la familia y llama al timbre de una vecina. Es arriesgado, ya que podría ser una denunciante. Al cabo de un breve instante, una señora de semblante amable abre la puerta.

—Disculpe, ¿podría decirme si la señora Jakob se encuentra en casa?

La mujer sacude la cabeza y rompe a llorar de repente.

—¿Sabe si volverá hoy? —insiste insegura Ruth Andreas-Friedrich.

La señora baja los ojos y la invita a entrar.

—Ya no volverá —dice entre sollozos—. No queda nadie... El sábado se los llevaron a todos.

Ruth Andreas-Friedrich se deja caer abatida sobre una silla.

—Se los llevaron a todos —repite apática.

—Fue terrible —dice la vecina—. Tanto que es imposible recordarlo sin echarse a llorar.

—Cuénteme —le pide Ruth Andreas-Friedrich—. Quizás podamos hacer algo. Ayudarlos de algún modo.

—¿Ayudarlos? ¿Cuando la Gestapo invade la casa como si fuera una fortaleza? ¿Forzando cerraduras y serrando pestillos de acero? Por favor, ¿quién podría...?, ¿quién puede ayudar ya?

Una vez que la mujer recupera a duras penas la compostura, le cuenta con detalle lo que ocurrió hace una semana.

—A las nueve de la mañana un camión se detiene frente al edificio. Seis agentes se apean de un salto. Entran corriendo y llaman al timbre. No abre nadie. Insisten. Martillean el timbre durante diez minutos. Luego llaman a mi puerta. «¿Están esos en casa?», me preguntan con malas maneras. «No lo sé», les digo yo. Pero lo sabía. Dios, sabía perfectamente que estaban en casa. Los cuatro. Uno de los agentes usa mi teléfono y llama al piso de al lado. A través de la pared oigo los timbrazos. «¿Tiene usted una escalera?», me increpa. Yo asiento con la cabeza. Van por ella y la sacan con cuidado por la ventana de la cocina. Una de las ventanas de la vivienda de al lado está abierta, pero la escalera no alcanza. Faltan dos travesaños. «¡Maldita banda!», gruñe el camisa parda. Entonces pasan al ataque. Puerta delantera, puerta trasera. Patadas. Hachas y sierras de acero. «¡Que Dios os proteja!», rezo yo en silencio. La puerta es fuerte, pero cede al fin. Se rompe y cae al pasillo con gran estruendo. Al cabo de tres minutos veo a los cuatro bajando la escalera. Uno detrás de otro. No dicen nada, apenas se mueven. Van como si hubieran muerto.

Ruth Andreas-Friedrich ya no puede aguantar las lágrimas.

—¿Y el niño? —pregunta al cabo de un rato.

—El niño siempre en medio... —responde la vecina. No puede acabar la frase, porque lo que tendría que decir es impronunciable.

Las dos mujeres se dan las manos como despedida.

—Soy la señora Meyerowitz. ¡Maria Meyerowitz! —dice la mujer —. Y… —por un instante duda—… mi marido también era judío. [6]

Después de recomendar a sus lectoras las chaquetillas a principios de año, *Die Dame* destaca en su siguiente número las ventajas de una blusa ligera. «Una bonita blusa combinada con una falda sustituye a menudo un nuevo vestido, y puede a veces confeccionarse a partir de un vestido inservible, lo cual no requiere puntos de racionamiento.» [7]

Mildred Harnack ha llegado al final de su vida; hoy van a ejecutarla en la cárcel berlinesa de Plötzensee. Cuando el cura protestante de la prisión, Harald Poelchau, entra en la celda de Mildred, la mujer de cuarenta años está sentada a una mesa y traduce al inglés la primera estrofa del poema de Johann Wolfgang von Goethe «El legado»:

¡Ningún ser se descompone por completo!
Lo eterno continúa vivo en todos,
¡así que deléitate en la existencia!
Ella es eterna: pues hay leyes
que conservan los tesoros vivos,
con los que se engalana el universo.

Mildred Harnack no parece notar al principio la presencia de Poelchau, tan absorta está en su trabajo. Cuando lo reconoce, empiezan a conversar sobre la Biblia, Goethe y el arte de la traducción. Mildred está convencida de que es posible traducir a otra lengua los textos más complicados siempre que se conozca y comprenda por completo al autor como persona. Ese parece ser su caso con Goethe. Lo venera, al igual que adora la cultura, la literatura y la música alemanas. Lo más notable de todo es que Mildred Harnack proviene de Estados Unidos. Es de Milwaukee, en el estado de Wisconsin, y trabajaba desde 1929 en Berlín como filóloga literaria y traductora. Junto con su marido, Arvid, economista del Ministerio de Economía del Reich, formaba parte hasta el año anterior de un grupo político de oposición. A este círculo, organizado sin mucho control,

pertenecían en Berlín unas ciento cincuenta personas, entre ellas estudiantes y trabajadores, poetas como Adam Kuckhoff, oficiales como Harro Schulze-Boysen, médicos como John Rittmeister o artistas como Kurt y Elisabeth Schumacher. Difundían octavillas y correos; a partir de 1940, Arvid Harnack y Harro Schulze-Boysen transmitían importantes mensajes militares a la Unión Soviética. Cuando el grupo fue descubierto en el verano de 1942, la Gestapo lo denominó «Capilla roja» y lo desacreditó como organización de espionaje soviético.

En septiembre de 1942, Mildred y Arvid Harnack fueron detenidos y acusados de alta traición. El proceso en el Tribunal de Guerra del Reich fue corto: Arvid Harnack fue condenado a muerte y ejecutado poco antes de la Navidad; a su mujer Mildred se le aplicó una pena de reclusión de seis años. Sin embargo, Adolf Hitler se negó a confirmar el veredicto contra Mildred. Siguiendo sus órdenes, se abrió un nuevo proceso que terminó a mediados de enero de 1943 con una pena de muerte. Mildred Harnack espera desde hace un mes la ejecución de la sentencia.

Harald Poelchau está sentado frente a una mujer que parece absolutamente serena. El pastor ha introducido de contrabando en la cárcel una naranja para ella. Antes de comerse la fruta, Mildred la contempla largo rato, como si fuera una obra de arte y desde todos los lados posibles. Sin embargo, cuando Poelchau le entrega una foto de su madre, se derrumba. Mildred llora amargamente, besa la foto una y otra vez y mantiene mudas conversaciones. Al cabo de hora y media, Poelchau tiene que dar por terminada su visita y salir de la celda.

Entonces entra un hombre mayor, que corta los largos cabellos prematuramente canosos de Mildred. Lleva a cabo el ritual sin dar señal alguna de emoción y con cierta satisfacción indiferente. Mildred y el viejo no intercambian ni una palabra. ¿Para qué? ¿De qué sirve explicarle que lo está haciendo para que la guillotina corte sin resistencia la cabeza de Mildred?

Poco más tarde dos vigilantes se llevan a Mildred. Ella camina con la cabeza alta, entera. Cuando llega a la sala de ejecuciones ve a algunos hombres de uniforme; el médico de la institución lleva una bata blanca. Harald Poelchau da un paso al frente en su sotana negra y murmura unas palabras. Una última mirada. Un hombre envuelto en una toga —un fiscal, evidentemente— vuelve a leer la sentencia en voz alta y da la orden: «¡Verdugo, cumpla con su deber!». Entonces

todo ocurre muy rápido. Los asistentes del verdugo agarran a Mildred por brazos y hombros y la conducen con paso rápido a la guillotina. Poco antes de que la cuchilla caiga sobre ella a las 18:57 de este 16 de febrero, Mildred Harnack pronuncia sus últimas palabras: «Con lo que yo he querido a Alemania». [8]

No es recomendable comer cerezas con Jakob Schmid. Si se da el caso de que algún niño deje caer un hueso en el camino que él acaba de barrer, se le escapa la mano. Así ocurrió hace algunos años. Claro que Schmid no pretendía que al muchacho de seis años le sangrara la nariz con la profusión con la que lo hizo. Pero es que no hay derecho —se defendió— que un crío tire un hueso así como así. ¿Adónde vamos a parar?

Nacido en julio de 1886 en Traunstein, Schmid pasó algunos años trabajando como montador en la Universidad Técnica de Múnich antes de ocupar el puesto de portero y bedel de dicha universidad. Desde hace más de dieciséis años se encarga de que se cumplan las normas. Es su vocación. Porque es imprescindible que exista un orden, piensa Schmid. Hace algunos años logró atrapar a un ladrón de abrigos reincidente y lo entregó a la policía. «Creo haber prestado un valioso servicio a la policía, o haber aliviado el trabajo de sus agentes», escribió entonces a la policía. «¿Sería posible recompensarme por este servicio de un modo que se corresponda con las circunstancias?» [9]

Jakob Schmid es un hombre recto. Eso dice él al menos. Sobre el hecho de que entrara varias veces en conflicto con la ley durante la República de Weimar y que tuviera una denuncia por robo prefiere no hablar. Lo que a él le importa es que en «su» universidad reine el orden.

El 18 de febrero de 1943, poco antes de las once de la mañana, Jakob Schmid desciende por la gran escalera del edificio de la universidad. Las clases continúan, está solo en el amplio vestíbulo. De repente, hojas de papel revolotean desde lo alto del atrio. Como hojas de los árboles caídas en otoño se arremolinan en torno a Schmid. Levanta una y descubre que es un texto mecanografiado. Es inadmisible, piensa Schmid, que se repartan aquí panfletos. De inmediato corre a una escalera de caracol que conduce a la galería superior, de donde sospecha que caen los papeles. Allí ve a dos

jóvenes, un hombre y una mujer, a punto de abandonar el lugar.

—¡Quedan detenidos! —grita el bedel.

El joven replica enojado:

—Qué ridiculez, es absurdo detener a alguien en el recinto de la universidad.

A pesar de todo, los dos dejan que Schmid se los lleve. [10]

Primero los conduce ante el director de la administración, que los entrega al síndico de la universidad, el doctor Karl Ernst Haeffner. Este pide primero que le muestren uno de los folletos: «Nuestro pueblo contempla desolado la caída de los hombres de Stalingrado. La genial estrategia del cabo de la guerra mundial ha empujado de un modo absurdo e irresponsable a trescientos treinta mil alemanes a la muerte y la destrucción. ¡Muchas gracias, Führer!». La mirada de Haeffner recorre inquieta el texto impreso. Unas líneas más abajo lee: «El día del ajuste de cuentas ha llegado, el ajuste de cuentas de los jóvenes alemanes con la tiranía abominable que ha soportado nuestro pueblo. En nombre del gran pueblo alemán exigimos al Estado de Adolf Hitler que devuelva la libertad personal, el bien más preciado del alemán, que nos ha arrebatado engañándonos miserablemente». [11]

Haeffner ha leído suficiente. De inmediato informa al rector, Walther Wüst. Este catedrático de «Cultura y Lingüística Arias» es, además, coronel de las SS. Acordonan la universidad e informan a la Gestapo. No han pasado treinta minutos desde que el bedel detuvo a los jóvenes cuando los agentes de la policía llegan al edificio. Antes de conducirlos a la prisión del cuartel general de la Gestapo en el Wittelsbacher Palais, se comprueban sus datos personales: Sophia Magdalena «Sophie» Scholl, nacida el 9 de mayo de 1921 en Forchtenberg, estudiante de Biología y de Filosofía, así como Hans Fritz Scholl, nacido el 22 de septiembre de 1918 en Ingersheim an der Jagst, Württemberg, estudiante de Medicina.

Mientras interrogan a los hermanos Scholl en Múnich, Joseph Goebbels se sube al asiento trasero de su Mercedes y se dirige al Palacio de los Deportes. En este edificio multifuncional en la Potsdamer Strasse dará hoy un discurso por segunda vez. Esto no sería especialmente destacable, puesto que Goebbels ya ha hablado en público cientos de veces, en salas pequeñas y grandes, frente a un

puñado de personas y ante una audiencia de miles de ellas. Sin embargo, el discurso que tiene hoy ante sí entraña un significado especial: hoy el doctor Joseph Goebbels quiere entrar en los libros de historia.

Sobre las 16:50 el convoy llega a su objetivo. Goebbels se baja del coche y entra en el edificio. En medio del amplio escenario se alza el atril. Está algo elevado y recuerda al púlpito de una iglesia. Justo por debajo del micrófono destaca una enorme esvástica. De las paredes tapizadas de tela detrás del atril cuelgan más banderas con la cruz gamada, de la balaustrada en la parte superior, un rótulo en el que se lee: «La guerra total: la guerra más corta».

Repartidas por la sala hay diez cámaras del noticiero Wochenschau. Los operadores fueron convocados hace tres días a un Palacio de los Deportes vacío donde un funcionario del Ministerio de Propaganda los instruyó con todo detalle. Como si del rodaje de una película se tratara, les hicieron saber qué se quería de ellos y en qué momento qué cámara debía mostrar una toma. El director de la cinta es el mismo Joseph Goebbels; el guion: el manuscrito de su discurso.

Sin embargo, ¿qué pretende Goebbels exactamente? ¿A qué viene tanta puesta en escena? Hace tiempo que el ministro está descontento con la marcha de la guerra. En su opinión, se debería exigir del pueblo más realismo y dureza; el país entero debe hacerse cargo de la gravedad de la situación tras la caída de Stalingrado y actuar en consecuencia. No puede haber lugar para dudas ni críticas, todo ha de quedar subordinado a la guerra. La guerra —Goebbels está convencido de ello— tiene que ser total. Es cierto que Hitler ordenó a mediados de enero reclutar a más personas para el Ejército y la industria de armamento, pero estas medidas se quedan cortas para Goebbels. El hecho de que Hitler haya nombrado para su aplicación un comité del que él, Goebbels, no forma parte es lo que más lo reconcome. Ahora Goebbels está decidido a presentar en su discurso hechos consumados, tomar el timón y desbancar el equipo designado por Hitler. «Cualquier medio es justo para alcanzar el objetivo de totalizar la guerra en la mayor medida posible», escribe en su diario. «Por eso es necesario seguir empujando y avanzando.»[12]

Quince mil asistentes abarrotan el Palacio de los Deportes cuando Goebbels comparece ante los micrófonos poco antes de las cinco de la tarde. Su mirada recorre el enorme auditorio. En las primeras filas

reconoce a numerosos soldados de uniforme, entre ellos también heridos del frente con permiso de vacaciones y enfermeras, así como miembros del Gobierno. Detrás de ellos y en las galerías hay una «parte representativa de todo el pueblo alemán», [13] como constata. También están presentes actores populares como Heinrich George, Eugen Klöpfer, Theodor Loos y Bernhard Minetti, que las cámaras del Wochenschau muestran una y otra vez. Goebbels también había invitado a Gustaf Gründgens, aunque este tenía un importante ensayo teatral justo esta tarde y no estaba disponible.

—Quiero hablarles a todos de corazón y que me escuchen con el corazón —comienza Goebbels su discurso.

Después de calificar la batalla de Stalingrado como una derrota, aunque sin admitir los errores catastróficos de los dirigentes, evoca los supuestos peligros a los que está expuesto el país: la «bolcheviquización del Reich», la «liquidación de toda nuestra capa de inteligencia y dirección», «batallones de trabajos forzados para las tundras de Siberia», «comandos de exterminio judíos», «terror, el fantasma del hambre de millones de personas y la anarquía absoluta» y otros. El discurso dura casi dos horas, tiempo durante el que Goebbels hace uso de todas sus artes de seducción. Adula al público, aviva las emociones y despierta miedos. A veces habla tranquilo, otras implorante o malicioso. De repente brama en el auditorio, su voz se vuelve estridente y se revuelve, para sonar casi suplicante un instante después. Una y otra vez hace breves pausas deliberadas que aumentan las expectativas de lo que va a venir. Declama las frases significativas como en una oración, en otros momentos habla más rápido, como llevado por el furor.

Al final de su discurso hace diez preguntas a la audiencia, todas retóricas, en el fondo.

—¿Queréis la guerra total? —grita la cuarta pregunta.

El público salta en pie y vocifera entusiasmado:

—¡Sí!

Goebbels continúa:

—¿La queréis, si fuera necesario, más total y radical de lo que hoy somos capaces de imaginar?

Y de nuevo rabia el auditorio entusiasmado. En algún momento, el rollizo actor Heinrich George se sube a su silla, se arranca el pañuelo del cuello y lo ondea en el aire. No está actuando.

Goebbels ha provocado una histeria colectiva. En total, su discurso se ve interrumpido más de doscientas veces por aplausos y gritos a coro como *«Sieg Heil!* [saludo a la victoria]» y «Führer, ordena; te seguimos». Cuando se acaba el espectáculo, Goebbels se vuelve hacia un acompañante que se encuentra a sus espaldas y le murmura con voz ronca:

—¡Serán idiotas! Si les pidiera que saltaran desde el primer piso del Columbushaus, lo harían. [14]

La retransmisión continuó veinte minutos más en el aire, para retransmitir la euforia del público.

La novena pregunta decía, por cierto: «¿Están de acuerdo con cortarle la cabeza a quien fracase en la guerra?».

Esa misma noche, Joseph Goebbels invita a algunos participantes del acto a una recepción en su palacio, muy cerca de la Puerta de Brandeburgo. Poco a poco llegan los invitados: los ministros Albert Speer (Armamento) y Otto Georg Thierack (Justicia), un puñado de secretarios de Estado, unos pocos militares, así como invitados de honor. Ni rastro de las privaciones para las que Goebbels ha preparado a sus oyentes pocas horas antes. Sirvientes de librea sirven coñac francés y té, acompañado de sándwiches triangulares de pepino.

—¿Se dio cuenta? —pregunta Goebbels al sorprendido Albert Speer—. Reaccionaron a los más pequeños matices y aplaudieron en los instantes justos. [15]

Como un actor experimentado que revela sus trucos, Goebbels explica cómo provocó el frenesí del público. Speer comprende, como más tarde escribirá en sus memorias, que los muchos arrebatos emocionales de los que ha sido testigo hasta ahora estaban escenificados por Goebbels, y que él y todos los demás oyentes solo servían de comparsas de una monstruosa representación teatral.

Goebbels está satisfecho de sí mismo. Sus invitados, como deja escrito al día siguiente en su diario, le expresaron varias veces «la opinión de que el acto ha sido una especie de silencioso golpe de Estado». Aún más: «La guerra total ya no es cosa de unos pocos hombres sensatos, sino de todo el pueblo». [16]

En Múnich, la Gestapo interroga desde hace varias horas a Sophie y a Hans Scholl. Los han separado para que no puedan acordar nada entre ellos. Si tienen algo que ver con los panfletos arrojados en el atrio de la universidad —supone la Gestapo—, tarde o temprano tendrán que contradecirse. Sin embargo, lo que Sophie y Hans presentan por separado a los agentes es, en su mayor parte, congruente: fueron a la universidad porque Sophie quería cancelar una cita que tenía para comer con una amiga y luego ir juntos a casa de sus padres en Ulm. ¿La maleta vacía? Era para llenarla de la ropa limpia que la madre quería darles para su regreso a Múnich. ¿Y los panfletos? Ya estaban allí cuando entraron en el recinto. Como tenían prisa, no se fijaron mucho en ellos. Sophie había dado una patada a un montón de ellos que había en la balaustrada solo por capricho, y entonces cayeron al atrio.

Al principio la Gestapo les cree y se dispone a liberarlos pronto. Lo que Hans y Sophie no saben: durante sus interrogatorios, agentes de la policía registran su piso en común en la Franz-Joseph-Strasse. Allí encuentran cerca de ciento cuarenta sellos de ocho peniques y una libreta con numerosas direcciones de Augsburgo y Múnich, así como una máquina de escribir. Por desgracia, la Gestapo descubre en el bolsillo del abrigo de Hans el borrador de otro panfleto, cuya autoría se atribuye a Christoph Probst. Este pertenece desde hace un año al círculo de amigos de Sophie y Hans Scholl y estudia Medicina en la Universidad de Innsbruck. Allí lo detienen el 20 de febrero.

A partir de ese momento dejan de considerar ponerlos en libertad. Los interrogatorios comienzan de nuevo desde el principio y en algún momento Hans Scholl confiesa. Cuando Sophie lo descubre, también cuenta ella la verdad: «Estábamos convencidos de que la guerra está perdida para Alemania y de que cualquier sacrificio humano más por esta guerra perdida será una muerte en vano. En especial las víctimas que se cobró Stalingrado nos indujeron a emprender algo contra este derramamiento de sangre que consideramos absurdo». Y añade con seguridad: «Yo era desde luego muy consciente de que nuestros actos tenían como objetivo eliminar la forma actual de gobierno, objetivo que deseábamos alcanzar distribuyendo una adecuada propaganda entre amplios sectores de la población». [17]

Los interrogatorios duran dos días con sus respectivas noches.

Durante ese tiempo, Robert Mohr, el agente responsable de interrogar a Sophie, desarrolla sentimientos de simpatía y respeto hacia la joven, como afirmará más tarde. Le ofrece la posibilidad de presentarse como «víctima» de su hermano para reducir la inevitable pena. Sin embargo, Sophie rechaza cualquier tipo de arrepentimiento: «Desde mi punto de vista, he de negar esa pregunta. Sigo pensando que he hecho lo que debía hacer en estos momentos por mi pueblo. De modo que no me arrepiento de mis actos y quiero ser responsable de las consecuencias que estos tengan sobre mi persona». [18]

Instrucciones de la conferencia de prensa del Gobierno del Reich, 21 de febrero de 1943: «Pueden empezar a remitir los apuntes informativos sobre la repercusión que ha tenido el discurso de Goebbels en la prensa extranjera. Queda prohibido hacerse eco de las voces suizas que describen a Goebbels como el timonel espiritual del Reich». [19]

El destino entra en la vida de los detenidos en la persona del juez doctor Roland Freisler. Son las diez del lunes 22 de febrero cuando da comienzo en el Palacio de Justicia de Múnich el juicio contra Hans y Sophie Scholl, así como contra Christoph Probst. Freisler llegó ayer explícitamente desde Berlín en avión. El juez de cuarenta y nueve años no siente más que desprecio por personas como estos tres estudiantes.

Desde finales de agosto de 1942, Freisler es presidente del Tribunal Popular (Volksgerichtshof), y con ello el juez supremo de Alemania. El Tribunal Popular fue establecido en 1934, después de que Hitler se enojara por los veredictos de algunos jueces, demasiado laxos en su opinión. Su idea era crear una especie de tribunal revolucionario político en el que se juzgara y eliminara a los enemigos del régimen. Actualmente el tribunal se compone de seis senados con cinco jueces respectivos, aunque solo dos de ellos han de ser jueces profesionales. Los otros tres son en su mayoría miembros de la Wehrmacht o legos leales al Führer. Como el Tribunal Popular dicta sentencia en primera y última instancia, sus decisiones son irrevocables. Solo Hitler puede mostrar clemencia y enmendar el fallo

de un juez.

Todo aquel que acabe en el Primer Senado, dirigido por Freisler, tiene motivos para temer por su vida. Ha sentenciado a muerte a más de la mitad de los acusados por pequeñas infracciones y condenado a la mayoría restante a cadena perpetua. De las mil trescientas setenta y tres personas procesadas en el senado de Freisler en 1942 solo treinta y seis fueron declaradas inocentes. [20] «El doctor Freisler se vanaglorió un día hablando conmigo», recuerda un funcionario ministerial, «de que si comparaba las horas de trabajo en el Tribunal Popular con el número de sentencias de muerte, cada veinte minutos rodaba una cabeza.» [21]

A pesar de todo, Freisler es una persona muy controvertida en el régimen. Nadie habla bien de él. Curt Rothenberger, secretario de Estado del Ministerio de Justicia del Reich, lo llama —si bien solo en sus notas personales— un «enfermo patológico», [22] y su predecesor, Franz Schlegelberger, le atribuye ciertamente una gran inteligencia, pero también «tendencias anormales». [23] El ministro de Justicia Otto Georg Thierack desprecia a Freisler y considera a veces incluso necesario advertirle que salvaguarde la «dignidad del tribunal». [24] Sin embargo, a Freisler todo eso le resulta indiferente. Solo se siente obligado a Hitler, como escribe al dictador después de su nombramiento: «El Tribunal Popular siempre se esforzará en dictar sentencia como cree que usted mismo, mi Führer, lo haría. *Heil meinem Führer!* Siempre fiel, su soldado político Roland Freisler». [25]

El fanatismo de Freisler está probablemente relacionado también con su carrera profesional. En octubre de 1915, mientras luchaba como voluntario, fue hecho prisionero de guerra por los rusos en Siberia, donde aprendió la lengua del país. En los círculos de la Justicia se cuenta a puerta cerrada que Freisler no regresó a Alemania hasta el verano de 1920, aunque el campamento de prisioneros llevaba dos años cerrado. ¿Qué hizo en Rusia todo ese tiempo? Se rumorea, entre otras cosas, que trabajó como comisario de alimentos bolchevique y que, por entonces, el comunismo le apasionaba. [26] Es evidente que el propio Hitler sabe bien a quién ha elevado a la más alta magistratura. Freisler «es un bolchevique de la cabeza a los pies», se lamenta en una ocasión, y se niega a recibir al jurista. [27]

El hermano de Freisler, Oswald, con quien dirige desde 1924 un bufete de abogados en Kassel, se arrojó por la ventana en la primavera

de 1939 en Berlín después de que el NSDAP lo expulsara de sus filas. Había defendido a un sacerdote católico ante un tribunal y conseguido que lo absolvieran, para gran disgusto de los líderes del partido.

Es la silenciosa sospecha de la inseguridad lo que lleva al presidente del Tribunal Popular a un creciente fanatismo. Brama y monta en cólera, insulta a los procesados en los términos más barriobajeros, los interrumpe constantemente y se burla de ellos. Luego da un salto y se inclina sobre su palestra, como si quisiera torcerle el pescuezo en persona al acusado. Se le altera la voz mientras escupe indecentes ofensas sobre la cabeza del reo.

Lo mismo ocurre este 22 de febrero de 1943 en Múnich. Con su indigno espectáculo, Freisler quiere despojar a los tres jóvenes de su dignidad y dejarlos en ridículo, pero no lo consigue. El desarrollo del juicio es un «teatro simiesco», [28] declara Hans impávido, y Sophie se dirige directamente a los espectadores en la sala: «Lo que escribimos y dijimos nosotros es lo que opinan también todos ustedes, solo que no tienen el valor de abrir la boca». [29] Se hace un incómodo silencio; incluso Freisler parece sorprendido de esta respuesta. Obtiene sus frutos. El estudiante de Derecho Leo Samberger, que se encuentra casualmente presente, describirá más tarde cuánto lo impresionó tanta valentía: «Eran personas que no ocultaban sus ideales. Sus respuestas a las preguntas del juez, lamentables en ocasiones, [...] eran tranquilas, contenidas, claras y audaces». [30]

Una vez que Freisler se cansa, el tribunal se retira para deliberar. No tiene lugar un auténtico intercambio de opiniones. El presidente es quien marca las pautas, y este ya tiene su decisión tomada desde hace tiempo. «Durante la pausa», recordará después Leo Samberger, «aquel repugnante bedel de la universidad, que se había presentado como espectador en un traje ceremonial, se dejó admirar por los que lo rodeaban como si fuera un héroe.» [31]

Poco antes de la una del mediodía, Freisler anuncia la sentencia: pena de muerte. Los hermanos Scholl no se sorprenden, ya contaban con ello. Solo Christoph Probst, padre de dos hijos de tres y dos años y de uno de cuatro semanas, ha confiado hasta el final en la clemencia del tribunal. En vano. Hans se dirige al banco de los jueces: «Hoy nos colgáis a nosotros y mañana estaréis en nuestro lugar». [32]

En torno a las cuatro de la tarde, los padres de Hans y Sophie reciben el permiso para despedirse de sus hijos en la prisión de

Stadelheim; a los familiares de Christoph Probst se les deniega. Cuando Robert Scholl ve a su hijo Hans, le dice: «Pasaréis a la historia, aún queda algo de justicia». [33] Gracias al carcelero, que siente compasión por los tres sentenciados, Hans, Sophie y Christoph pueden fumar un cigarrillo juntos antes de la ejecución. «En pocos minutos nos veremos en la eternidad», dice Christoph como despedida. [34]

Primero decapitan a Sophie, luego a Hans y, por último, a Christoph. En el momento de poner la cabeza en la guillotina poco antes de las cinco de la tarde, Hans proclama: «Viva la libertad».

La mañana del 27 de febrero de 1943 comienzan redadas en varias ciudades alemanas. El centro de la llamada Fabrikaktion se encuentra en la capital del Reich, Berlín, donde unos pocos miles de judíos y judías realizan aún trabajos forzados. Hitler ha ordenado que los retiren de las fábricas, los deporten y los maten. Solo se excluye a quienes tengan mujer «aria» o marido «ario». La Gestapo lleva a cabo su trabajo con dureza y sin miramientos, y detiene a las personas en sus puestos de trabajo, también a judíos protegidos por su matrimonio mixto, en contra de lo que dictaba la orden. Vestidos únicamente con sus batas o uniformes de trabajo, se ven obligados a subir a los camiones este frío día de febrero. A otros los detienen en sus casas o en plena calle. Cerca de ocho mil personas son detenidas en Berlín a lo largo del día y transportadas a diferentes campamentos repartidos por la ciudad. Se suceden escenas terribles. Por miedo a lo que podría amenazarlos, docenas de personas se suicidan, se arrojan a los coches o se tiran por la ventana de su casa antes de que los detengan. Para reunir a los *«arisch Versippten»,* como se les conoce en la jerga nacionalsocialista, personas de raza judía emparentadas por matrimonio con la raza aria, han elegido el edificio de los números 2 y 4 de la Rosenstrasse, cerca de la Alexanderplatz. La Gestapo sigue un pérfido plan: pretende seleccionar entre estas personas nuevo personal para las pocas instituciones judías que quedan en la ciudad, con el fin de deportar a los judíos que aún trabajan en ellas. Sin embargo, la casa en la Rosenstrasse es demasiado pequeña y absolutamente inadecuada como alojamiento para las mil quinientas o dos mil personas allí encerradas. Falta espacio para dormir y lavarse; los pocos baños existentes se encuentran pronto en un estado lamentable. Este

mismo día se extiende en Berlín el rumor de que también se deportará a los judíos que viven en «matrimonios mixtos», presos ahora en la Rosenstrasse. Esto no es cierto, ya que se planea liberar en los próximos días a aquellos que resulten inadecuados para trabajar en las instituciones judías. No obstante, al cabo de poco tiempo se reúnen frente al inmueble los primeros familiares «arios»; al principio un puñado, luego unas pocas docenas y finalmente varios cientos de personas. «No hicimos nada en la Rosenstrasse», recordará más tarde una testigo. «Daba vueltas de un lado a otro. Hablábamos.» [35] De vez en cuando, agentes de la policía marchan entre la multitud dando órdenes: «¡Despejen la zona! ¡Vayan a la otra acera!». La gente finge obedecer, solo para regresar al poco tiempo. La situación se alarga varios días. Se trata de una protesta muda que tampoco se le escapa a Joseph Goebbels. «La evacuación de los judíos de Berlín ha provocado algunas discordias», anota en su diario. «Por desgracia, se ha detenido también a judíos y judías de matrimonios privilegiados, lo que ha causado mucho miedo y confusión.» [36]

Victor Klemperer ha descubierto un nuevo término de la *Lingua Tertii Imperii:* «emigrado». El 25 de febrero de 1943 escribió a su conocida Caroline Hirschberg de Berlín una tarjeta postal que le devolvieron dos días más tarde como imposible de entregar. Junto al matasellos de vuelta, el mensajero había escrito con un trazo fino de bolígrafo: «emigrada». Klemperer anota entonces: «Atención a la *LTI:* "emigrada" para "transportada". Una palabra inofensiva para "violar", "expulsar", "enviar a la muerte"». De inmediato comprende lo que eso significa. «Ahora mismo no se puede esperar que algún judío vuelva con vida de Polonia», escribe. «Soy una mala persona, siento menos compasión por Caroli que miedo a un destino similar. También Eva está muy afectada.» [37]

Karlrobert Kreiten ha pasado unas semanas agotadoras. El 12 de enero interpreta de manera impecable el dificilísimo concierto para piano de Hans Pfitzner en la sala Gürzenich de Colonia; tres días más tarde interpreta a Mozart en Chemnitz, para actuar poco después en la sala de conciertos Beethovenhalle de Bonn, antes de tocar en el auditorio

municipal de Heidelberg a finales de enero. Las próximas semanas no estará menos ocupado. El 11 de marzo tiene que tocar en el Teatro Municipal de Bochum y el 23 de marzo está programado un recital en solitario en la Beethoven-Saal de la Filarmónica de Berlín. Mayo está especialmente lleno de compromisos: a una nueva estancia en Heidelberg para actuar el día 3 en la Aula Nueva de la Universidad le suceden conciertos en Mühlheim an der Ruhr, Oldenburg, Jena y varias otras ciudades. Para la mudanza que tendrá que llevar a cabo en Berlín durante ese tiempo no tiene realmente sitio en su agenda. Sin embargo, si todo va bien, a principios de marzo Karlrobert podrá mudarse a su nuevo piso, mucho más bonito y luminoso que el actual.

Lützowufer



Los recitales de piano de Karlrobert Kreiten son grandes acontecimientos musicales. En la sala de conciertos Gürzenich de Colonia, el público contiene la respiración mientras escucha el concierto del joven de veinte años. «Karlrobert Kreiten, el joven prodigio al piano, demostró un dominio magistral tanto de técnica como de expresión con la más absoluta naturalidad.»

La redacción de *Die Dame* da una triste noticia: «Con la presente entrega, *Die Dame* se despide de sus lectores. La industria bélica exige la máxima concentración de todas las fuerzas. Esto obliga a nuestra revista a suspender hoy su publicación hasta nuevo aviso, con el fin de liberar personas y material para otros fines fundamentales para la guerra». [1]

«A partir de hoy anotaré detalles importantes del día a día durante la guerra. Quiero hacerlo para no olvidarlos y antes de que otras personas los olviden, alteren, interpreten o reinterpreten de manera intencionada o no, según acabe esta guerra.» [2] Desde que Erich Kästner tomó esta decisión en enero de 1941, el escritor no deja de tomar notas, apunta comunicados de prensa y de radio, rumores y bromas, cuestiones con y sin importancia. La libreta encuadernada en tela azul es el eterno acompañante de Kästner. Si una noche tiene que correr al sótano por una alarma aérea, se mete el cuaderno bajo el brazo. Por si acaso un día cayera a pesar de todo en manos ajenas, ha tomado precauciones. Por seguridad escribe siempre en el sistema taquigráfico de Gabelsberger, absolutamente ilegible para la mayoría de las personas. Espera que, en algún momento, su diario le sirva como fundamento para una novela más larga sobre el Tercer Reich.

Hoy, 1 de marzo de 1943, Kästner ha oído otra broma, que anota de inmediato en su cuaderno: «Como los ingleses vengan un par de veces más, ¡tendrán que traerse sus propias casas!». [3]

Informe sobre la alarma aérea n.º 101 del lunes, 1 de marzo de 1943:

Oscurecimiento de las ventanas: 21:23 h
Peligro aéreo: 21:35 h
Alarma aérea: 21:39 h

Fin del peligro aéreo y cese de alarma: 23:50 h
Situación aérea tranquila…
Reducción del oscurecimiento: 23:52 h. [4]

Informe de la agencia de noticias del Tercer Reich (DNB) del 2 de marzo de 1943:

> Durante la pasada noche se produjo en la capital del Reich un ataque terrorista británico de grandes dimensiones. Causó considerables daños materiales. Los daños personales ascienden hasta el momento a 89 muertos y 213 heridos. Se espera que aumente el número de fallecidos.
>
> Entre otras cosas, tres hospitales cayeron víctimas del atentado británico. Sufrieron graves daños parciales y tuvieron que ser evacuados. La catedral de Santa Eduvigis y otras cuatro iglesias se vieron también profundamente afectadas y algunas ardieron por completo.
>
> El atentado enemigo causó daños considerables en edificios residenciales de distintos barrios de la capital. Dos residencias de ancianos quedaron completamente destruidas. La población de la capital mostró una actitud ejemplar en la defensa civil contra el ataque británico. Hasta ahora sube a diecinueve el número de aviones enemigos derribados. [5]

«Los ingleses se han vengado por la atrocidad», escribe Ruth Andreas-Friedrich en su diario cuando los aviones de la Royal Air Force se retiran.

> Con un ataque a gran escala sobre Berlín como no se había visto hasta ahora. Dicen que 160.000 personas han quedado sin hogar. La ciudad está ardiendo, y en todos los barrios periféricos al oeste y al sur el aire se tiñe de amarillo azufre. La gente se tambalea angustiada por las calles. Con hatillos, maletas y enseres. Tropiezan sobre escombros y cascotes. No comprenden por qué el destino se ha vuelto contra ellos, precisamente contra ellos. Es largo el camino que lleva de la causa a sus consecuencias. [6]

A la mañana siguiente Magda Hain emprende el camino a través de la ciudad en llamas en dirección a Kreuzberg. El barrio se ha librado en su mayor parte de los ataques de la pasada noche, de modo que no tiene problemas para bajar del metro sin peligro en la estación Schlesisches Tor. Avanza unos cuatrocientos metros sin cambiar de calle y llega a su destino. En el cruce entre la Schlesische Strasse y la Heckmannufer se encuentra la sede de Carl Lindström AG en un impresionante edificio de ladrillo. La empresa presume con orgullo de ser la mayor productora de discos de Europa, lo cual es probablemente cierto, ya que reúne bajo su techo exitosas marcas como Odeon, Parlophon, Beka y Gloria. Hasta hace pocos años ciento cincuenta mil

discos salían de la fábrica berlinesa; todos los días.

A veces Magda Hain no se cree su buena suerte. Hace tan solo un año era una desconocida mecanógrafa de Siemens; hoy es una estrella cuyo retrato aparece en páginas ilustradas y sobre carátulas de discos. Responsable de este sensacional giro que ha experimentado su vida es, en parte, Gerhard Winkler. En mayo del año anterior, Winkler, compositor de música ligera, conoció por casualidad a la joven, por entonces cantante ocasional de veintiún años, y quedó de inmediato prendado de su fresca voz. Aunque Magda nunca ha recibido clases de canto, es capaz de ejecutar las coloraturas más difíciles. Su voz es justo lo que buscaban Winkler y los gerentes de Odeon. En octubre se firmó un contrato en exclusividad y Magda Hain dejó atrás su triste trabajo de oficina. Con su aspecto sencillo y modesto, la joven es perfecta para las nuevas necesidades de la industria del entretenimiento en el cuarto año de guerra. No es momento para divas descaradas, se prefieren estrellas del pueblo. Y así, Magda Hain recibe en Berlín el sobrenombre popular de «el ama de casa cantante».

Mientras en la capital se extinguen los últimos incendios, se retiran escombros y se rescatan cadáveres, en el estudio de Odeon en Kreuzberg Magda Hain y Gerhard Winkler se preparan para grabar un nuevo *hit* . Como siempre, el propio Winkler ha compuesto la música; el texto es de Ralph Maria Siegel. La luz de grabación se enciende, Winkler da la entrada a su orquesta y al cabo de unas pocas notas, Magda Hain canta con su voz inocente:

Cuando en Capri el sol rojo se hunde en el mar
y en el cielo brilla la pálida medialuna,
los pescadores salen al mar en sus barcas,
y arrojan las redes en un amplio arco.
Solo las estrellas les muestran en el firmamento
su camino con las imágenes que todo pescador conoce,
y la vieja canción suena de barca en barca.
Escúchala a lo lejos, como dice:
Bella, bella, bella, bella Marie, guárdame lealtad,
regresaré mañana pronto.
Bella, bella, bella, bella Marie, no me olvides nunca.

El 5 de marzo de 1943 a las ocho de la mañana, un agente de la

policía se presenta en la vivienda de Martha Liebermann en el número 23 de la Graf-Spee-Strasse, en el barrio de Tiergarten. Desde el infarto que sufrió el año anterior, la anciana de ochenta y cinco años ya no se encuentra muy bien. Ha perdido peso y la piel cubre su cuerpo delgado como un pergamino. A pesar de su decrepitud, Martha Liebermann comprende de inmediato lo que significa la presencia de este hombre. Ya hace semanas y meses que temía el momento en que un policía apareciera de repente para llevársela. Ella, que jamás le ha hecho nada a nadie. Una anciana al final de sus días. La viuda de Max Liebermann.

El funcionario conserva un último ápice de humanidad y le da a entender que volverá a recogerla en dos horas. Durante ese tiempo deberá arreglarse y meter lo que necesite en una maleta. Luego se va.

Martha ha sufrido diez años de discriminación, privación de sus derechos y persecución. A principios de mayo de 1933, no mucho tiempo después de que los nacionalsocialistas tomaran el poder, el marido de Martha Liebermann, Max, anunció su salida de la Academia de las Artes de Prusia, adelantándose así a su expulsión. Cuando aquel pintor de fama mundial murió dos años más tarde, la Academia rechazó celebrar cualquier tipo de homenaje al que fuera su presidente durante muchos años. Incluso se denegó la petición de un donativo para una corona funeraria. En otoño de ese mismo año, la viuda abandonó el gran palacio familiar en el número 7 de la Pariser Platz, donde le habían permitido vivir hasta entonces, para mudarse a la Graf-Spee-Strasse. A mediados de noviembre de 1938 su hija Käthe emigró con su familia a Estados Unidos, pero Martha permaneció en Berlín: allí estaba la tumba de su marido y bajo ningún concepto podía darle la espalda a su ciudad natal. Marie Hagen y Alwine Walter, empleados de la familia desde hacía una eternidad y poco más jóvenes que Martha, continuaron al mando de la casa, mientras que un abogado se ocupaba como podía de sus asuntos jurídicos.

En los años que siguieron, los nacionalsocialistas se apoderaron de gran parte de su fortuna aplicando nuevas leyes, reglamentos e impuestos forzados. «Martha Liebermann tenía que llevar la estrella judía y apenas salía ya a la calle», recordaría más tarde una testigo. «Mientras tanto, la gente la asediaba para comprarle cuadros y dibujos de su marido a poco precio y hacer luego con ellos negocio en el extranjero. Un día en que la visité, me contó cómo sufría por esa

explotación, y me regaló un dibujo precioso —una niña que espera asomada a la ventana—, solo porque yo no había ido a pedirle nada. A pesar de su edad seguía pareciendo encantadora, tierna y bondadosa.» [7]

En algún momento, Martha Liebermann cedió en su resistencia a emigrar. Amigos de dentro y fuera del país se esforzaron en posibilitar una salida a Suecia o a Suiza; todo en vano.

Pronto regresará a recogerla el agente. «Recogerla» suena tan inofensivo, como si los dos se hubieran citado para dar un paseo por el cercano parque del Tiergarten. Sin embargo, Martha Liebermann sabe de qué se trata: van a deportarla al campo de concentración Theresienstadt.

Ha tomado medidas preventivas. En un cajón hay numerosas cajas de medicamentos con la etiqueta de Veronal. Con manos temblorosas toma una pastilla detrás de otra y se las traga. Cuando el policía llega sobre las diez, Martha Liebermann yace ya en coma. La llevan al hospital judío, donde muere cinco días más tarde.

El estudio cinematográfico Ufa —Universum Film AG— cumple veinticinco años. Con esta ocasión, la empresa invita la tarde del 5 de marzo a más de dos mil personas a una ceremonia en el Ufa-Palast am Zoo. Además de varios ministros del Reich y otros dignatarios, acuden notorias personalidades de la industria del cine alemán, entre ellas un gran número de actrices y actores. En medio del tumulto se encuentra Joseph Goebbels, que parece disfrutar visiblemente. Charla y bromea, elogia y reprende y no deja lugar a dudas de que aquí manda él. No siempre ha sido así. Hasta hace pocos años, el hombre importante de Ufa seguía siendo Alfred Hugenberg, cuyo consorcio de empresas de la comunicación adquirió en 1927 el arruinado estudio para sanearlo por completo. Sin embargo, en marzo de 1937 Hugenberg se vio obligado a vender su parte por una suma millonaria a un *holding* que trabaja por encargo del Ministerio de Propaganda, de modo que el estudio quedó secretamente nacionalizado. Las películas tienen un papel muy importante para Joseph Goebbels. Son, en sus propias palabras, «un medio para dirigir al pueblo y alegrar su ánimo». [8] Una forma de que la gente olvide por unas horas las alarmas aéreas y los bombardeos, la vida en los refugios antiaéreos subterráneos y la destrucción, así como

los muertos y la pena. También por este motivo, Ufa produce durante el cuarto año de guerra una película tras otra.

Al término de la ceremonia, se muestra la última cinta de los Babelsberger Studios: *Münchhausen* . Como se trata de la película oficial del aniversario de Ufa, no se escatimó en gastos. En medio de la guerra se realizó una enorme inversión en personal, decorados, vestuario y tecnología de animación; para las tomas exteriores el equipo viajó incluso a Venecia. El rodaje se realizó en Agfacolor, la respuesta alemana al sistema americano en tecnicolor empleado en películas como *Lo que el viento se llevó* o *El ladrón de Bagdad* . Según el lema explícito de Goebbels, *Münchhausen* debía causar impresión y demostrar al mundo entero de lo que era capaz el Tercer Reich. Todo eso tiene un precio, por supuesto. Los costes de producción se elevan a la friolera de 6,5 millones de marcos imperiales, con lo que la película se cuenta entre los rodajes más caros del Tercer Reich. Se cuenta que solo los honorarios de Hans Albers en su papel del barón Hieronymus de Münchhausen ascienden a trescientos sesenta mil marcos imperiales. El elevado salario de Albers es una espina clavada para Goebbels, al fin y al cabo, este corresponde a diecisiete sueldos anuales de un ministro del Reich. «Los honorarios tienen que bajar. Sobre todo los de Albers», exigía Goebbels ya en 1937, [9] al parecer, en vano. Albers es el favorito del público y cuenta con cierta libertad para hacer lo que le plazca. Con su corpulencia y su arrojo, tiene todo el aspecto de un héroe de película. El actor, de cincuenta y un años, es alto, rubio, tiene los ojos azules, hombros anchos y una sonrisa deslumbrante que cautiva en especial a las mujeres. «¡Tan cierto como que soy el buen Dios!» es su dicho favorito. Hoy, por cierto, Hans Albers no se encuentra presente en el estreno. Evita tanto como puede dejarse ver en compañía de nacionalsocialistas.

Al elenco de actores que han participado en la película pertenece también Leo Slezak, que interpreta a un sultán. La mujer de Slezak, Elsa, de soltera Wertheim, tiene madre judía, lo que la convierte en medio judía según las leyes del Tercer Reich. Sin embargo, en el caso de un artista tan destacado como Leo Slezak, al que Adolf Hitler ya admiraba, al parecer, durante su tiempo en Viena, Goebbels hace la vista gorda. Tampoco Hubert «Hupsi» von Meyerinck y Wilhelm Bendow responden a los ideales del ministro de Propaganda, ya que ambos actores son homosexuales y no lo ocultan. No obstante,

Münchhausen debía reunir a las más populares estrellas de la gran pantalla, así que se les acepta en silencio.

A última hora de esta tarde, Joseph Goebbels visita a Carl Froelich, el presidente de la Cámara de Cine del Reich, que ha invitado a una docena de asistentes al estreno para celebrar el éxito de la película. Si los tiempos no exigieran tanta gravedad, dice Goebbels en un breve discurso, crearía un nuevo galardón para concedérselo a *Münchhausen* . Los presentes asienten en señal de acuerdo y brindan.

Por increíble que parezca, no se dice ni palabra de una persona que ha contribuido en gran medida al éxito de la cinta: el autor del guion. Se trata de un tal Berthold Bürger, que ni siquiera se menciona en los créditos de inicio. Desde el punto de vista de Joseph Goebbels existen buenas razones para tanto secretismo, ya que detrás del mencionado caballero no se oculta otro que Erich Kästner. La literatura de este autor está calificada como «degenerada» y en mayo de 1933 sus libros ardieron en la Opernplatz de Berlín. «¡Contra la decadencia y la degeneración moral!», gritó entonces un estudiante al tiempo que arrojaba a las llamas la novela *Fabian,* de Kästner. Goebbels desprecia a los autores como Kästner, a los que considera representantes de una «literatura del asfalto». Sin embargo, el ministro de Propaganda sabe muy bien que el escritor de Dresde es un narrador extraordinario. La industria del cine alemán necesita autores como él. De modo que Kästner, a quien no se permite publicar oficialmente, sigue en activo y escribe bajo seudónimo algún que otro guion. Cuando el *Reichsfilmintendant* [director de la industria cinematográfica durante el régimen nazi] Fritz Hippler le propuso hace dos años a su jefe Goebbels que fuera Kästner quien escribiera el guion de *Münchhausen,* el ministro respondió que no quería saber nada del tema… y accedió. [10]

—¿Entonces? —pregunta el coronel Henning von Tresckow a Fabian von Schlabrendorff—. ¿Nos atrevemos? [11]

El coronel ha esperado largo tiempo la llegada de este día, repasando el plan una y otra vez en su mente. Henning Hermann Robert Karl von Tresckow lleva una doble vida descabellada y extremadamente peligrosa: durante el día cumple con sus obligaciones como oficial superior del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos del

Centro; por la noche elabora planes de alto secreto. Un puñado de hombres están al corriente, entre ellos el oficial adjunto y primo de Tresckow Fabian von Schlabrendorff. Como si quisiera asegurarse una última vez de que hacen lo correcto, clava la mirada en Schlabrendorff y espera su respuesta.

—Tenemos que hacerlo —se limita a replicar este.

El 13 de marzo amanece soleado, se respira un aire frío de invierno. Hoy debería morir Adolf Hitler.

Sin embargo, ¿cómo se mata a un dictador? Tresckow y Schlabrendorff llevan mucho tiempo reflexionando sobre esta pregunta. Primero pensaron en dispararle —«como a un perro rabioso», opina Tresckow—, pero la idea parece demasiado arriesgada, ya que Hitler nunca se separa de un ejército de guardias de seguridad. El veneno queda también descartado, puesto que una cocinera prepara por separado la comida para el Führer, y antes que él la prueba siempre un médico. Al fin se decidieron por explosivos. Con este fin, Tresckow lleva meses reuniendo los materiales necesarios para el atentado. Se trata de carga explosiva y detonadores de procedencia inglesa, cuya gran ventaja radica en ser pequeños y compactos y, aun así, extremadamente efectivos. Una cantidad del tamaño de un libro grueso es capaz de destrozar todo en un radio de varios metros.

Henning von Tresckow y Fabian von Schlabrendorff quieren eliminar a Hitler mediante una bomba instalada en su avión. Si el plan sale como está previsto, el artefacto explotará y la aeronave de Hitler se precipitará al vacío. Se trata de una ocasión propicia, ya que el dictador se encuentra de camino a Smolensk, donde planea hacer una breve visita al Grupo de Ejércitos del Centro al que Tresckow y Schlabrendorff pertenecen. Tresckow ha escondido la carga explosiva en un paquete que parece ocultar dos botellas de coñac y que ha entregado luego a su adjunto.

Mientras Schlabrendorff protege los explosivos, Tresckow y su jefe, el mariscal de campo Günther von Kluge, viajan al aeropuerto para recoger a Hitler. Una vez en el cuartel general, diferentes reuniones tienen lugar, seguidas de un almuerzo en común. Hitler y sus generales se sientan a una mesa alargada en el centro de la habitación; Tresckow y Schlabrendorff ocupan distintas mesas redondas en torno a ellos. Schlabrendorff tiene ahora la oportunidad de observar de cerca a su más alto comandante. «Ver comer a Hitler

fue una visión verdaderamente repugnante», recordaría más tarde. «Sostenía la mano izquierda sobre el muslo mientras que con la derecha se metía en la boca las diferentes verduras que componían su comida. Pero no levantaba el brazo, sino que lo dejó todo el tiempo apoyado sobre la mesa y bajaba, en su lugar, la boca a la comida. De vez en cuando bebía diversos líquidos no alcohólicos que tenía frente al plato. Por orden de Hitler no se podía fumar hasta después de comer.» [12]

Durante el almuerzo, Henning von Tresckow se dirige a su vecino de mesa, el teniente coronel Heinz Brandt, que forma parte del séquito de Hitler: ¿podría llevarse de vuelta un pequeño paquete con dos botellas de coñac destinado al coronel Hellmuth Stieff, en el alto mando del Ejército? Tresckow debe mantener nervios de acero. El brandi es una deuda de juego que quiere saldar por fin, le explica. Su ayudante Schlabrendorff se tomaría la libertad de entregarle el presente en el aeropuerto. Brandt asiente.

Después de la comida, Tresckow y Kluge acompañan a Hitler de regreso al aeródromo. Fabian von Schlabrendorff sigue a la comitiva con la bomba en su equipaje. Solo son unos pocos kilómetros y el trayecto no dura mucho, pero en ese tiempo no puede dejar de pensar en lo que ha hablado con Tresckow: la entrega del paquete ha de realizarse con discreción y en el último momento, justo antes del despegue, para que a nadie se le ocurra examinarlo. Cuando llegan al aeropuerto, Schlabrendorff descubre horrorizado que hay varios aviones, entre ellos dos destinados al transporte personal de Hitler, de la serie Focke-Wulf Fw 200 Condor, exactamente idénticos. Se trata de una medida de seguridad: nadie ha de saber en qué avión embarca el Führer hasta el mismo despegue. Una vez que Hitler se ha despedido de los oficiales presentes, se dirige a uno de los aviones; Heinz Brandt se dispone a seguirle guardando algo de distancia. En ese momento Schlabrendorff presiona sin ser visto el detonador, se acerca a Brandt y le entrega el paquete, que este guarda en la bodega de carga del avión de Hitler. Encienden los motores, Hitler se despide una vez más de los hombres con la mano y las dos naves gemelas se elevan al cielo ruso acompañadas de un escuadrón de caza.

Henning von Tresckow y Fabian von Schlabrendorff no intercambian una sola palabra. ¿Qué más podrían decirse? Ambos saben que el temporizador hará estallar la bomba dentro de una hora,

causando al mismo tiempo la caída del avión. La aeronave se encontrará para entonces sobre Minsk. Todo parecerá un accidente, nadie sospechará de ellos. La noticia de la muerte de Hitler se extenderá finalmente como un reguero de pólvora. A los primos solo les queda tener un poco de paciencia.

El tiempo pasa. Al cabo de dos horas, Tresckow y Schlabrendorff reciben por fin noticias sobre el paradero de Hitler: El Führer ha aterrizado en Rastenburg, Prusia Oriental, y acaba de llegar sano y salvo a su cuartel general Wolfsschanze. Los conspiradores no contaban con esto. Algo debe de haber salido mal. Pero ¿qué? ¿Quizás se descubrió el complot y desactivaron la bomba durante el vuelo? ¿O tal vez no funcionó el mecanismo del detonador? Tresckow y Schlabrendorff no dan crédito. Por si el evidente fracaso del atentado fuera poco, ahora tienen que contar con que los hayan descubierto. Los nervios están a flor de piel. ¿Qué hacer? Después de deliberar un buen rato, Tresckow se levanta de la silla de un salto, se acerca a su escritorio, descuelga el teléfono y solicita que lo pongan con el teniente coronel Heinz Brandt en el cuartel general del Führer.

—Ha habido un error —se disculpa—. Le entregué un paquete equivocado para el general Stieff. ¿Podría hacerme el favor de no dárselo? Mañana lo recogerá mi oficial de ordenanza. Él mismo le llevará al general Stieff su coñac. [13]

Brandt se muestra de acuerdo.

A la mañana siguiente Schlabrendorff vuela a Rastenburg para recuperar la bomba. O bien Brandt está realmente a oscuras sobre el intento de atentado, o se trata de una trampa. Entonces lo arrestarían de inmediato y lo juzgarían, o lo fusilarían sin pérdida de tiempo. Cuando el joven de treinta y cinco años entra en el despacho de Brandt, el paquete espera ya sobre la mesa. Brandt se lo tiende a su visitante al tiempo que bromea con jovialidad, moviéndolo de un lado a otro como si quisiera agitar su contenido. «Me invadió una sensación desagradable en ese momento», recordaría Schlabrendorff después, «porque no descartaba que la bomba pudiera estallar todavía. Pero de nuevo no ocurrió nada.» [14]

Con fingida calma, Fabian von Schlabrendorff toma el paquete y se disculpa una vez más por las molestias. Luego abandona el cuartel

general lo más rápido posible. En Korschen, a unos veinte kilómetros al noroeste de Rastenburg, se sube a un tren especial del alto mando del Ejército que saldrá esa misma tarde a Berlín. Cuando encuentra el coche cama reservado para él, entra, cierra la puerta tras de sí y corre las cortinillas. Ahora tiene que desactivar la bomba. Una vez que retira el envoltorio descubre que el artefacto aún está intacto. Desprender el detonador es extremadamente arriesgado. Un movimiento en falso o un giro demasiado rápido del encendedor y volará todo por los aires. Sin embargo, lo logra. Cuando Schlabrendorff levanta el artefacto con ambas manos y lo examina por todos lados apenas puede creer lo que ven sus ojos. Presionada por el detonador, una pequeña botella se había roto, desprendiendo un líquido corrosivo. El ácido había corroído un fino alambre que sostenía un muelle y el percutor. Una vez desintegrado el alambre, el percutor se había disparado. Hasta aquí todo bien. Pero ¿por qué no se prendió el pistón, lo que habría llevado a la explosión de la bomba? Probablemente fue el frío que haría en el avión lo que había evitado el estallido.

Del andén llegan varios silbidos, una voz de hombre grita: «¡El tren va a partir!», luego el tren de noche se pone lentamente en marcha. Unos seiscientos kilómetros separan Korschen de Berlín. Fabian von Schlabrendorff tiene ahora mucho tiempo para reflexionar sobre los últimos días. La situación es irreal: acaba de sacar a escondidas del cuartel general del Führer una bomba que debería haber acabado con Adolf Hitler. ¿Y qué hacer ahora con el explosivo? Podría arrojarlo por la ventanilla del tren en marcha en algún lugar en medio de los vastos campos de Prusia Oriental. Schlabrendorff decide no hacerlo. Ya en la capital del Reich, visita a la mañana siguiente a Sigismund Lauter. El catedrático es director del hospital Sankt Gertrauden y un viejo amigo de la familia; puede confiar ciegamente en él. Mientras los dos hombres recorren la señorial vivienda situada en el cruce de la Kurfürstendamm y la Bleibtreustrasse, el visitante relata lo ocurrido a su anfitrión. De repente, Lauter se detiene ante una preciosa cómoda, antigua y de grandes dimensiones. Abre uno de los cajones y dirige una mirada a Schlabrendorff, como sugiriendo que esa valiosa antigüedad constituye un digno lugar para un bien tan especial.

En el Reich alemán se publica el 16 de marzo de 1943 una normativa sobre la estandarización de los féretros. Para un féretro de la categoría 1 solo puede emplearse un máximo de 0,11 metros cúbicos de madera.

La mañana del 17 de marzo de 1943 Karlrobert Kreiten yace en cama; duerme. Las cortinas que corrió anoche no cubren por completo las ventanas. Por una fina rendija, el sol de la mañana cae directamente sobre su rostro y lo despierta con suavidad. Se estira, levanta los brazos y se frota al fin los ojos con el dorso de las manos. Luego contempla la cara de Adolf Hitler. Más exactamente, Hitler mira a Karlrobert desde una fotografía enmarcada que cuelga en la pared frente a su cama. «Führer y canciller del Reich», se lee en grandes letras sobre la imagen.

Karlrobert Kreiten vive desde hace unos pocos días en casa de Ellen Ott-Monecke en el número 1 de la calle Lützowufer, en el distrito berlinés de Tiergarten. En realidad, hace tiempo que querría haberse mudado de la Lietzenburger Strasse, donde vivía hasta ahora, a la Motzstrasse. El nuevo piso se encuentra en la segunda planta de un lujoso edificio, es espacioso, tiene más luz que el anterior y cuenta con su propia sala de música. Por desgracia, la mudanza no ha podido realizarse en el tiempo deseado. Karlrobert estaba desesperado, sobre todo porque en unos pocos días tendrá lugar su recital anual en solitario en la Beethoven-Saal de la Filarmónica de Berlín. ¿Cómo iba a prepararse para el concierto en estas condiciones? Finalmente, mamá Emmy tuvo la idea de pedirle a su amiga de la juventud Ellen Ott-Monecke, dueña de un bonito piano de cola, que ofreciera refugio a su retoño. Y por ese motivo yace ahora Karlrobert en la habitación de invitados de la señora Ott-Monecke, contemplando la fotografía de Hitler.

Su anfitriona tiene cincuenta y cinco años y es de mediana estatura. Lleva el pelo castaño, teñido con toda probabilidad, y su rostro es simétrico, con unos labios fruncidos que le imprimen una expresión de recelo, casi de miedo. En su momento estudió canto, pero su carrera acabó en nada. Su marido Willy, de la misma edad, es ingeniero y actualmente presta su servicio en el frente como profesor en una escuela de protección contra gases de campo de la Luftwaffe en

Kladow, cerca de Berlín. Es evidente que el matrimonio Ott-Monecke no se encuentra en su mejor momento. En cierta ocasión, Ellen le cuenta a su inquilino Karlrobert que siente miedo de Willy y que se alegra de que esté fuera muy a menudo. Los vecinos incluso suponen que Willy le es infiel desde hace algún tiempo. El matrimonio no tiene hijos.

A Karlrobert su anfitriona no le cae demasiado simpática. Un día, mientras practicaba al piano, ella se le acercó por detrás y le puso una mano en el hombro. ¿Acaso intenta seducirlo? Solo de pensarlo le entran escalofríos. Sin embargo, lo que más le molesta de Ellen Ott-Monecke es su tozudez. Se presenta como una nacionalsocialista que jamás daría la espalda a Hitler o al partido. En todas las habitaciones cuelga una imagen del Führer, y casi cualquier conversación degenera en un panegírico de su persona. No obstante, Ellen, al contrario que su marido Willy, que entró en el NSDAP en mayo de 1933, no está afiliada al partido. Peor aún es su amiga Annemarie Windmöller, que vive un piso más arriba. Interpela a cualquier inquilino que no salude en la escalera con un *Heil Hitler!* La señora Windmöller tiene cuarenta y ocho años y es ama de casa, su marido Hermann, cinco años mayor que ella, trabaja como asesor ministerial en el Ministerio de Economía. Perdió la pierna derecha en la anterior guerra y lleva desde entonces una prótesis que arrastra un poco al caminar. Los niños del vecindario le gritan a veces «Paticojo» o «Pata de palo» por la calle, algo que él generalmente pasa por alto con estoicismo.

Ellen Ott-Monecke y Annemarie Windmöller pertenecen a la Liga Nacionalsocialista de Mujeres, la organización femenina del NSDAP: una dirige un grupo de canto, la otra es directora de instrucción. Si Ellen Ott-Monecke pasa por ser infantil y algo ingenua entre los vecinos, Annemarie Windmöller —miembro del partido desde 1933— tiene fama de auténtica fanática. Incluso afiliados al partido como el agente de seguros Hans von Lancizolle, que vive en el cuarto, encuentra exagerado su comportamiento. Todos evitan a las dos damas.

Karlrobert Kreiten ya se ha levantado y vestido. A pesar de que no tiene ninguna gana de hablar con su anfitriona, la acompañará un rato durante el desayuno. Lo hace por pura educación, al fin y al cabo, con su hospitalidad lo está ayudando a salir de un apuro. Sin embargo, no ve el momento, dentro de tres días —el 20 de marzo—, en que por

fin pueda mudarse a su nuevo piso. Entonces comenzará para él una nueva etapa con la que Ellen Ott-Monecke no tendrá nada que ver.

Esta mañana de miércoles, al tiempo que remueve su café con una cucharilla de plata, Ellen menciona el último ataque aéreo de los ingleses sobre Berlín, el 1 de marzo: es verdad que fue terrible, pero la defensa alemana aguantó como la que más. Karlrobert podría dejar pasar el comentario y callar, tanto más porque no tiene tiempo para una conversación larga y aún tiene menos interés en una discusión. ¿Por qué no se limita a mantener la boca cerrada?

—Alemania atacó Londres primero —replica—, así que tiene ahora la culpa de esta guerra aérea.

Ellen Ott-Monecke lo mira como si no entendiera lo que acaba de oír.

—Los ingleses se comportan con demasiada humanidad —añade Karlrobert—. Deberían aparecer y arrojar un par de bombas cada hora para que estuviéramos todo el tiempo angustiados y cediéramos antes. ¡Y se acabaría esta guerra de una vez!

Cuando su interlocutora menciona el *Völkische Beobachter,* Karlrobert la interrumpe:

—Pero ¿qué basura lee usted? No son más que mentiras.

Ellen Ott-Monecke no da crédito a sus oídos y responde que ella cree en el Führer, a lo que Karlrobert replica con desprecio:

—¡Yo también creo en el Führer! ¿Sabe usted lo que ha escrito en su libro *Mi lucha?* —antes de que Ellen tenga tiempo para contestar, continúa—: «Una segunda guerra mundial significa la ruina para Alemania».

—La guerra finalizará este mismo verano —afirma Ellen Ott-Monecke, lo que provoca aún más a Karlrobert.

—Sí, la guerra ha terminado; porque en dos o tres meses estallará la revolución en Alemania. —De repente se levanta de un salto y señala el retrato de Hitler que cuelga en la habitación—. Solo puedo recomendarle que retire las fotografías del Führer de las paredes; de lo contrario tendrá muchos problemas.

Cuando Ellen Ott-Monecke le reprocha las barbaridades que está diciendo, Karlrobert le suelta:

—Pero ¿cómo es que aún no sabía todo eso? ¿Acaso vive usted en la luna?

Durante unos segundos reina un incómodo silencio entre los dos.

La mirada de Karlrobert se pasea por la estancia.

—Hitler está loco —dice al fin. Y se lleva a la frente el dedo índice de la mano derecha—: Y de un desequilibrado como él depende el destino de Alemania.

No hace mucho oyó un discurso de Churchill, continúa diciendo, y este hablaba con distinción y calma. Hitler, por el contrario, chilla en sus discursos y se expresa de una manera inapropiada para un jefe de Estado.

—El Führer es un genio —replica Ellen Ott-Monecke—, puede que el mayor genio que haya vivido jamás. Y es un gran estadista y estratega.

Karlrobert la contradice: Hitler no tiene ni idea de estrategia militar. Lo único que hace es entrometerse en todo. Es un sabihondo, pero no entiende nada. En cualquier otro país habrían mandado hace tiempo al diablo al jefe de Estado responsable de una catástrofe como la de Stalingrado.

Al final pronuncia la frase que más enfurece a la señora Ott-Monecke:

—La guerra está perdida desde hace tiempo. Hitler, Göring, Goebbels, Frick serán decapitados. [15]

De algún modo llega a su fin la disputa entre los dos gallos de pelea. Karlrobert se levanta y se dirige al pasillo, donde toma el abrigo y el sombrero del guardarropa y abandona la vivienda. El sol, que lo ha despertado con suavidad esta mañana, se encuentra ahora cubierto de nubes de las que cae una ligera aguanieve. Karlrobert se sube el cuello del abrigo, camina un par de metros hacia la derecha y cruza luego a la otra acera. Desde allí ve sin ningún impedimento la casa en el número 1 de la calle Lützowufer. Es un orgulloso edificio de cuatro plantas, saledizos y logias, así como balcones semicirculares rematados con artísticas rejillas de hierro forjado. El Landwehrkanal fluye, por así decirlo, justo por delante de la puerta; al otro lado del canal se encuentra el Ministerio de Guerra. Sobre el puente del almirante Von Holtzendorff se llega a la Bendlerstrasse, que desemboca en el Tiergarten. Después de contemplar pensativo la casa durante un rato, Karlrobert sacude la cabeza y continúa su camino.

Henning von Tresckow no es una persona que se desmoralice con

facilidad. Solo unos pocos días después del atentado fallido contra Hitler se encuentra ya inmerso en los preparativos de un nuevo intento de enviar al dictador al más allá. De nuevo se presenta una ocasión propicia. Tresckow se ha enterado por el oficial adjunto de Hitler, Rudolf Schmundt, de que el Führer planea visitar una exposición de armas confiscadas a la Unión Soviética en el marco de las celebraciones del *Heldengedenktag* [día de Conmemoración de los Héroes] de este año, el 21 de marzo, en el Zeughaus [arsenal] de Berlín, donde dará un discurso. Quiere el azar que el organizador del acto sea Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, un hombre de confianza de Tresckow. Gersdorff, de treinta y siete años, también en el frente oriental, conducirá a Hitler por la exposición, le describirá con detalle las armas expuestas y lo matará.

Durante un largo paseo por los prados que rodean el Dniéper a las afueras de Smolensk, Tresckow pregunta a su acompañante si estaría dispuesto a realizar un atentado contra Hitler en Berlín. Tresckow sabe por múltiples conversaciones que Gersdorff desprecia al Führer. El coronel le explica que ahora tienen la oportunidad de acabar de un plumazo, además de con Hitler, también con Göring, Himmler, Goebbels y algunos canallas más. El modo en que se lleve a cabo el atentado depende de las condiciones que se den en el arsenal, pero probablemente sea necesario que él, Gersdorff, vuele por los aires junto con Hitler. Gersdorff no necesita mucho tiempo para acceder a la propuesta. Después del suicidio de su mujer, Renata, en enero de 1942, el mundo ya no es el mismo para él de todos modos. No siente apego por su vida. Los hombres caminan un rato en silencio. De repente, Tresckow se detiene y dice:

—¿No es monstruoso que dos oficiales del Estado Mayor alemán estén aquí reflexionando sobre cómo asesinar a su comandante supremo? Pero hay que hacerlo. Es la única opción para salvar a Alemania de una ruina. Tenemos que liberar al mundo del mayor criminal de todos los tiempos. ¡Hay que matarlo como a un perro rabioso que amenaza a la humanidad! [16]

El 20 de marzo Gersdorff vuela a Berlín y acude sin pérdida de tiempo al arsenal. Allí reina una animada actividad, entran y salen proveedores, y un equipo de jardineros introducen en el edificio árboles de laurel y otros adornos florales. En el patio, donde se celebrará el acto oficial, varios hombres construyen el estrado para la

banda nacional de música, se colocan sillas para los invitados de honor y se conectan altavoces, mientras se erige el púlpito de Hitler frente a la monumental escalinata. En medio de este bullicio, Gersdorff reconoce a numerosos hombres de las SS contemplando los preparativos. Enseguida comprende que poner aquí una bomba sin ser visto es tarea imposible. Así pues, solo queda el atentado suicida, como Tresckow suponía.

Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff se aloja en el hotel Eden para la última noche de su vida. La casa en la esquina entre la Budapester Strasse y la Nürnberger Strasse se contaba en tiempos de paz entre los alojamientos más lujosos y caros de la ciudad. Legendario era el elegante té de las cinco en la gran azotea del hotel, acompañado de conocidas orquestas de baile del país y del extranjero. Sin embargo, en septiembre de 1941 cayó sobre el edificio una bomba que incendió el entramado del tejado y, desde entonces, poco queda de su antiguo esplendor. Se acabaron los tiempos en los que camareros de esmoquin blanco servían cócteles opalescentes y los clientes jugaban al minigolf con las calles de Berlín a sus pies.

Gersdorff yace en su cama, incapaz de dormir. Así debe de sentirse un condenado a muerte la noche antes de su ejecución, piensa. Para que no pierda los nervios al día siguiente, Tresckow le ha entregado una pastilla de Pervitin, un fuerte estimulante que provoca euforia y quita el miedo. Si todo va bien, Adolf Hitler morirá dentro de pocas horas; por desgracia, Gersdorff también.

En algún momento a primera hora de la mañana llaman a su puerta. Fabian von Schlabrendorff le trae, como habían acordado, la bomba que estaba guardada en la cómoda del catedrático Lauter. Los dos hombres intercambian solo unas pocas palabras. ¿Qué se puede decir en una situación como esa? Luego, Gersdorff instala en el explosivo un detonador que causará la explosión diez minutos después de activarlo, y esconde el artefacto en su abrigo. Para que se descubriera la bomba tendrían que registrarlo, lo que, suponen, no se le ocurrirá a nadie.

Gersdorff ya se encuentra en el arsenal cuando empiezan a llegar los primeros invitados de honor. En la primera fila toman asiento Hitler, el jefe de las SS, Himmler, el mariscal de campo Keitel, el almirante Dönitz, el mariscal de campo Milch, el mariscal de campo Bock y el ministro de Propaganda Goebbels. Justo al lado de Hitler

está Hermann Göring, que parece un príncipe sacado de una opereta: uniforme blanco, botas rojas de cabritilla, incontables condecoraciones sobre el pecho. Además, es evidente que se ha maquillado. Al principio de la ceremonia, la Orquesta Estatal de Prusia, dirigida por Johannes Schüler, toca el primer movimiento de la *Sinfonía n. º 7* de Anton Bruckner. Es el *Allegro moderato* y dura unos veinte minutos. Gersdorff se encuentra en una de las filas traseras. Mientras la música llega a su fin con la concentración de notas de metal y de madera característica de Bruckner, extrae la pastilla de Pervitin y se la mete en la boca con disimulo. No sigue realmente el posterior discurso de Hitler, pero sí le llama la atención que el Führer habla poco, en contra de su costumbre, y que parece ausente y desmotivado.

A continuación comienza la visita por la exposición, para la que el protocolo ha previsto treinta minutos. Gersdorff se coloca cerca de Hitler y presiona el detonador. En unos diez minutos todo habrá terminado. Sin embargo, Hitler no muestra ningún interés en las piezas expuestas y no escucha las explicaciones de su acompañante. Tampoco Göring, que quiere mostrarle algo, logra captar su atención. En lugar de eso, Hitler se dirige a paso rápido a una salida lateral del edificio, donde tendrá lugar a continuación un desfile militar en la avenida Unter den Linden. Antes de que Gersdorff pueda reaccionar, Hitler se ha ido. En total, la supuesta visita no ha durado ni tres minutos.

En ese momento, Gersdorff comprende que el atentado ha fracasado. Busca a toda prisa los baños más cercanos y se encierra en ellos. Le quedan tal vez cuatro minutos, cinco como mucho, para desactivar la bomba que lleva en el bolsillo. Lo logra literalmente en el último minuto. Sin esperar al desfile, se dirige a la cercana Schadowstrasse, donde se encuentra el exclusivo Union-Club. Allí, Gersdorff espera estar solo y recuperar la calma; al fin y al cabo, acaba de salvarse de la muerte. Hitler, por otro lado, también. Cuando Gersdorff entra en el establecimiento, Waldemar Freiherr von Oppenheim corre hasta él. Ambos son miembros del club. Se conocen. El banquero de Colonia está en la capital por asuntos de trabajo.

—Hoy podría haber matado a Adolf —le suelta Oppenheim sin tapujos—. Ha pasado frente a mi habitación de la planta baja del hotel Bristol, muy despacio y en un vehículo abierto. Habría sido lo más fácil del mundo arrojarle una granada de mano al interior del coche.

[17]

Gersdorff no dice una palabra.

En el lejano Los Ángeles, Thomas Mann enciende la radio de nuevo antes de acostarse, para anotar luego en su diario: «Una noticia vespertina sobre el discurso pronunciado hoy por Hitler. Ha durado quince minutos (!), no lo ha visto nadie, carecía de emoción y no lo acompañaron gritos de *Heil* ni aplausos. Muy raro». [18]

Werner Höfer cumple hoy, 21 de marzo, treinta años. Vive con su mujer, la bailarina Elfriedre Scheurer, y una hija de tres meses, Angelika, en el número 25 de la Bamberger Strasse, en el elegante Barrio Bávaro. Höfer es «redactor», o eso figura, al menos, en el directorio de Berlín. La familia dispone también de su propia conexión telefónica con el número 26 24 64. El teléfono es para Höfer una importante herramienta de trabajo, ya que, como periodista, tiene que dictar a menudo sus textos por el auricular en el último minuto antes del cierre de edición. Höfer, en realidad natural de Kaisersesch, un pueblo de la región de Eifel, trabaja desde hace unos cuatro años para Deutsche Verlag. Así se llama la empresa que fuera mundialmente famosa bajo el apellido familiar Ullstein. Sin embargo, los Ullstein son judíos, y en 1934 se vieron obligados a separarse de su editorial; es lo que se llama «arianización». Los artículos de Höfer aparecían antes en el *B.Z. am Mittag,* pero este periódico dejó de publicarse a finales de febrero de 1943 debido a la guerra, y ahora escribe sobre todo para el *Das 12 Uhr Blatt* . Además, colabora como responsable de asuntos culturales en el Ministerio de Armamento y Municiones, de Albert Speer. ¿Qué hace allí exactamente? No se sabe. A Höfer no le gusta hablar sobre sus asuntos personales.

Werner Höfer y Joseph Goebbels aún no se conocen en persona. No obstante, es fácil suponer que el ministro de Propaganda ya ha leído algún que otro artículo de la pluma de Höfer. Probablemente le gustó lo que leyera. Cuando Fritz Todt, el antecesor de Speer como ministro de Armamento, falleció en un accidente de aviación, Höfer le dedicó un exaltado obituario y alabó al muerto como «un ideal del líder nacionalsocialista». [19] En otra ocasión describe alborozado la

Nueva Cancillería del Reich construida por Speer como «el ventrículo central de nuestro pueblo, en particular cuando en los momentos de las grandes decisiones de nuestra más reciente historia olas de jubilosa aceptación y saludos de agradecimiento se alzan en torno al despacho del Führer». [20] Este es el periodismo que profesa el nacionalsocialismo sin rechistar y, con ello, justo lo que le gusta a Goebbels. Esta fidelidad a la línea del partido vale la pena: mientras sus coetáneos están en la guerra, Werner Höfer tiene que luchar en el «frente interno».

Este año su cumpleaños ha caído por suerte en domingo y Werner Höfer está libre y puede dedicarse a su joven familia. El último ataque de aviación ocurrió hace tres semanas. Quizás hoy los Höfer salgan a pasear un poco por las calles del Barrio Bávaro.

Están a punto de dar las seis de la tarde del 23 de marzo de 1943. Karlrobert Kreiten se encuentra detrás del escenario de la Beethoven-Saal de la Filarmónica de Berlín y se palpa la pajarita mientras cambia el peso de una pierna a otra. Está nervioso; en pocos minutos comenzará su tan esperado recital de piano. A pesar de que Karlrobert actúa con regularidad en numerosas ciudades alemanas, los conciertos en Berlín siguen siendo algo muy especial. El público de la capital del Reich pasa por ser tan exigente como crítico, y es conocido por poner las cosas difíciles a los artistas. Algún virtuoso de fama mundial, poco familiarizado con las costumbres locales, se ha sentido al borde de la desesperación ante las tibias reacciones de los espectadores.

Karlrobert ha preparado un refinado programa para hoy. Comienza con sonatas de Scarlatti y de Mozart, seguidas de seis estudios de Chopin. Ya ha tocado estas piezas a menudo, le gustan mucho y parecen fluir solas de sus dedos de filigrana a las teclas del piano de cola. Luego viene la obra principal de la noche: *Rapsodia española,* de Franz Liszt. Esta composición encierra descabelladas dificultades incluso para un extraordinario artista como él. Aunque los dedos vuelen a una velocidad imposible sobre las teclas produciendo verdaderas cascadas de acordes, no puede bajar la guardia en ningún momento. Cualquier distracción tendría fatales consecuencias. Pero si todo va bien, de lo que cabe estar seguro, esta actuación imprimirá aún más impulso a su carrera.

Entonces suena un profundo gong. El ujier abre la puerta, Karlrobert se recoloca una última vez la pajarita y sube al escenario. Cuando pasa a su lado, alguien le desea éxito o algo similar, pero Karlrobert está tan tenso que no se percata de este amistoso gesto.

A la mañana siguiente Karlrobert despierta en su nuevo piso. En realidad tendría todo el derecho del mundo a dormir hasta tarde para recuperarse de la noche anterior. Sin embargo, no suele dormir bien después de un concierto. Quizás se deba a la suave melancolía de un impromptu de Schubert o a la agitación de un estudio de Chopin; los sentimientos que la música despierta en su interior no lo abandonan con facilidad. Además, le pasan demasiadas cosas por la cabeza: ¿qué salió bien?, ¿qué no salió tan bien?

Cuando Karlrobert piensa en la actuación de ayer, siente un profundo alivio. La Beethoven-Saal, que tiene un aforo de unas mil localidades, estaba casi llena, algo nada habitual en tiempos de guerra. Después de las sonatas de Scarlatti, el público aún mostraba cierta reserva, pero con cada pieza que interpretaba, el entusiasmo aumentaba de manera evidente. Al cabo de los seis estudios de Chopin estallaron los aplausos. Entonces le llegó el turno a la *Rapsodia española* de Liszt. Karlrobert se sentó frente al instrumento, acomodó la banqueta del piano y se colocó las manos sobre el regazo. Durante unos instantes contempló las teclas inmóvil. Necesita ese momento de reflexión en el que intenta reunir sus fuerzas. Para el público, esos pocos segundos se hicieron casi insoportables. El aire parecía estar literalmente electrizado. Entonces Karlrobert pulsó el acorde de la mayor con el que da comienzo la obra. Apenas quince minutos más tarde el júbilo no conocía límites. Los vítores se mezclaban con los frenéticos aplausos, la gente estaba entusiasmada. Se oyeron gritos de «otra» y *«da capo»*. El crítico del *Berliner Illustrierten Nachtausgabe* escribe: «Karlrobert Kreiten, el joven prodigio al piano, demostró un dominio magistral tanto de la técnica como de la expresión con la más absoluta naturalidad. Interpretó a Mozart con ternura y claridad, la *Appassionata* con hondo sentimiento, los estudios más complicados de Chopin a un ritmo pasmoso. El público en la Beethoven-Saal contenía el aliento. Un éxito sensacional». [21]

El cantante y artista de cabaret Robert Dorsay comete estos días un

funesto error al contar un chiste sobre el Führer en el restaurante del Deutsches Theater de Berlín. A la llegada de Hitler a una ciudad, una niña le tiende un puñado de hierba. Hitler: «¿Qué significa esto?». La niña: «Todos dicen que cuando el Führer muerda hierba llegarán tiempos mejores». [22] [23]

Dorsay se dobla de la risa; al espía de la Gestapo presente en el restaurante no le hace gracia.

—Hansi —dice la abuela—, no puedes quedarte en nuestra casa. Si el abuelo no fuera judío, pero… La Gestapo puede aparecer en cualquier momento.

Hans está perplejo; con esa respuesta no contaba. Mira con ojos interrogantes al abuelo Max sentado en su sillón. Abatido, el anciano sacude la cabeza.

—Son muchos los judíos que ya no duermen en sus casas —continúa hablando la abuela—. Se los llevan a unos detrás de otros. Tienes que irte, Hansi.

Dentro de unos días Hans cumple dieciocho años y está prácticamente solo en este mundo. El padre murió de un fallo renal, la madre, de cáncer. La Gestapo arrestó a su hermano menor, Gert, y lo deportaron a Riga.

—Pero ¿adónde? —pregunta a su abuela, Agnes—. ¿Adónde voy?

Hace la pregunta sin acusación en el tono de la voz, pues sabe que los ancianos también están en peligro.

Agnes le recuerda que conoce a la señora Jauch. Hans asiente con la cabeza. La señora Jauch tiene buen corazón, es piadosa y odia a los nazis. Puede probar suerte con ella.

Ida Jauch tiene casi sesenta años y es de complexión delicada. Vive en el distrito de Lichtenberg, en la colonia de huertas comunitarias Dreieinigkeit, donde regenta una minúscula tienda de barrio en su cenador.

—Hola, Hansi, ¿qué deseas? —pregunta con amabilidad la señora Jauch cuando le abre al joven la puerta de su casa.

Al principio, Hans es incapaz de pronunciar una palabra. Lo que quiere pedirle puede llevar a la mujer de inmediato al Tribunal Popular. Está terminantemente prohibido que los ciudadanos arios alberguen judíos en su casa. ¿Cómo puede esperar que esté dispuesta a

correr ese riesgo?

—Señora Jauch… —comienza y se atasca de nuevo. Empieza la frase varias veces, pero no la termina. Al fin hace acopio de todo su valor y dice—: Tengo que esconderme, señora Jauch. Ya deportaron a Gert. No hemos vuelto a tener noticias suyas. Quería preguntarle si usted tal vez pudiera ocultarme en su casa.

Ida Jauch no se lo piensa mucho.

—Puedes quedarte aquí, Hansi. La guerra no durará mucho más de todos modos.

Es sábado 27 de marzo de 1943 cuando Hans «Hansi» Rosenthal comienza su vida en la clandestinidad. [24]

El 29 de marzo da comienzo en el Reich alemán la época de verano, que durará hasta el 4 de octubre.

Una calma engañosa



Una visita inesperada: el 25 de abril de 1943, para alegría de los niños, aparece de repente un elefante del circo Holzmüller delante de la cafetería Viktoria Luise.

El 1 de abril de 1943, Christine von Passavant comienza su trabajo como «asistente científica» [1] en el Ministerio de Propaganda. No lo hace de manera totalmente voluntaria, sino a consecuencia de las medidas tomadas en el marco de la «guerra total». Christine, de cincuenta y un años, no sabe en un principio qué esperan de ella; le han hablado en términos muy generales de un trabajo de oficina. Ha tenido suerte, porque muchas otras mujeres tienen que realizar un duro trabajo físico en fábricas de munición.

En tiempos pasados, la señora Von Passavant actuaba regularmente en casi todos los escenarios musicales de renombre del Reich. Por entonces aún se llamaba Christine «Tiny» Debüser, su apellido de nacimiento. Tiny Debüser era una cantante algo caprichosa pero de gran talento musical, y una apasionada de la música contemporánea. [2] Nada era lo bastante moderno para ella. Compositores como Ernst Krenek, Paul Hindemith y Ernst Toch le escribían canciones, participaba en el Festival de Música de Donaueschingen, la invitaban a actuar en Salzburgo, Fráncfort, Colonia y Berlín. Sus giras la llevaban hasta Italia y España. El famoso director de orquesta Hermann Scherchen estaba loco por la voz luminosa como un cascabel de Tiny, y la llamaba cariñosamente «mi caramelo de frambuesa». Bajo su dirección, Debüser interpretó en mayo de 1931 en el Gärtnerplatztheater de Múnich el papel principal de la ultramoderna ópera de Alois Hába *La madre* . Ese fue, sin duda, el punto culminante de su carrera. Después conoció a Hans von Passavant.

Cuando se casaron hace ahora diez años, el novio exigió que abandonara los escenarios. No quería que su mujer estuviera siempre bajo los focos. Así, Tiny Debüser se convirtió en Christine von Passavant. Desde el principio de la guerra, su marido Hans se encuentra en el frente mientras ella aguanta sola en Berlín. A veces se arrepiente de haber dejado atrás su vida de cantante. Desde hace un

par de años, Christine von Passavant colabora voluntariamente como directora artística en la Liga Nacionalsocialista de Mujeres. Junto con su amiga Annemarie Windmöller se ocupa del grupo de canto, del que también es miembro Ellen Ott-Monecke.

El 17 de abril, Victor Klemperer recibe la orden de acudir al servicio de trabajo obligatorio. El mandato no lo sorprende, pero le aterra el hecho de que permanezca vigente hasta el final de la guerra. Cuando lo destinaron a retirar nieve en el gélido invierno de 1941-1942, se consoló con la idea de que el duro trabajo finalizaría con la llegada de la primavera y la subida de las temperaturas. Pero ¿cuánto duraría la guerra?

La empresa de Willy Schlüter se encuentra en el número 30c de la Wormser Strasse, en el barrio Striesen de Dresde. La compañía se describe a sí misma como un «laboratorio químico-farmacéutico», pero en realidad producen infusiones de hierbas y baños medicinales. La propiedad es una mezcolanza arquitectónica de casa, oficinas y fábrica. La planta baja del pabellón contiene dos salas con grandes ventanales y largas mesas. Al llegar allí el 19 de abril, Klemperer ve balanzas de precisión, recipientes diversos, cucharillas y montones de bolsitas de papel, así como envases más grandes de cartón en los que se encuentra el té.

La tarea es monótona y agotadora: llenar la bolsita de té, pesarlo, cerrar la bolsa y embalar. Se trabaja seis días a la semana de dos de la tarde a diez de la noche. A las cuatro hay una pausa de cinco minutos en la que los trabajadores reciben un vaso de café flojo. De cinco y media a seis tiene lugar el descanso largo para la cena. Para el primer día de trabajo, Klemperer ha llevado patatas frías en una lata de aluminio y un frasco de chucrut. A las ocho, en otra breve pausa, les dan una infusión de menta. Sobre las nueve y media empiezan a limpiar y media hora más tarde los empleados abandonan el edificio. Klemperer y los otros trabajadores forzados judíos reciben un carné de identificación de la empresa y una *Kennkarte* [documento de identidad durante el Tercer Reich] que deberán mostrar en controles policiales, registros domiciliarios y cuando realicen compras.

Willy Schlüter, el jefe, resulta ser una persona amable que llama a los trabajadores forzados «camaradas judíos». [3] A menudo pone la

radio —lo que está, en realidad, prohibido— para hacer el trabajo más ligero. Sin embargo, qué cambia eso, se pregunta Victor Klemperer en su diario: «Lo que me molesta no es que el trabajo sea ligero o pesado, sino la irreparable pérdida de tiempo y el absurdo de estas ocho horas». [4] ¿Logrará continuar su trabajo en la *LTI?*

El cenador cerrado de Ida Jauch en la colonia Dreieinigkeit consta de la minúscula tienda y una habitación aún más pequeña oculta tras una puerta empapelada con el mismo papel de la pared. Nadie que entre en la tienda sin mirar con mucha atención pensaría que allí hay otra habitación. Este refugio mide quizás cuatro metros cuadrados y está amueblado con una cama vieja, una mesa y una silla desvencijada. También tiene una ventana del tamaño de un pañuelo que la señora Jauch ha cubierto, por si acaso, con una cortina de tul, pero por la que entra, al menos, un poco de luz. Puede que este habitáculo recuerde a un primitivo cobertizo, pero para Hans Rosenthal significa refugio y seguridad. Vive aquí desde hace tres semanas.

Detrás del cenador hay un pequeño césped rodeado de un seto y de una valla de alambre. Allí se pasean las gallinas de la señora Jauch. Retirando un poco la cortina de tul de su ventana, Hans alcanza a ver los animales. Para pasar el rato, estudia su comportamiento: cómo las gallinas se ahuyentan unas a otras lejos del comedero y cómo los gallos mayores dominan sobre los jóvenes. No tarda mucho en diferenciar los fuertes de los débiles. Él mismo, piensa Hans mientras sigue las idas y venidas de las aves, pertenece al grupo de los débiles de este mundo, aquellos que se ven obligados a huir. «Según la ley del más fuerte de este Estado yo me encontraba abajo del todo.» [5]

Elizabeth Arden es una extraordinaria y exitosa mujer de negocios. Con un capital inicial de mil dólares que le prestó su hermano, abrió en 1910 su primer salón de cosmética en Nueva York. En los años siguientes se sucedieron más, hasta que, en 1922, puso en marcha en París el primer establecimiento en el continente europeo. Todo lo que la señora Arden toca se convierte en oro. Sin embargo, Elizabeth Arden no existe, en realidad se llama Florence Nightingale Graham, pero a ella le suena cursi. ¿Quién quiere llamarse como un pájaro? [6]

Por el contrario, Elizabeth Arden es un nombre adecuado para una mujer fuerte y segura de sí misma que no se deja ningunear por los hombres. También es vaga con los detalles sobre su origen. ¿Nació en 1878 o en 1884? No se sabe.

Elizabeth Arden está convencida de que la belleza es el derecho de nacimiento de toda mujer. Con sus pintalabios de color rojo chillón, las sombras de ojo y las mascarillas de pestañas quiere aportar a las mujeres una nueva sensación de autoestima. Hace apenas dos años el Ejército americano le encargó un pintalabios de diseño exclusivo para las mujeres de sus fuerzas armadas. Arden creó «Victory Red», un éxito de ventas desde entonces. Llevar Victory Red en los labios es todo un símbolo contra la tiranía, según afirma su publicidad. Y es que, al parecer, a Hitler no le gustan las mujeres maquilladas.

El patriotismo de Elizabeth Arden no le impide abrir un salón de belleza también en Berlín. En el número 31 de la Budapester Strasse, no muy lejos de la Iglesia Memorial, se encuentra el «Institut», que se anuncia por la radio con regularidad. «El deseo de toda mujer: ¡un rostro por el que no pasa el tiempo! Con ayuda del cuidado para la piel Elizabeth Arden.»[7] ¿Venderá también en Berlín el «Victory Red»? Viniendo de ella, sería de esperar.

Pascua llega muy tarde este año. El Domingo de Pascua no se celebra hasta el 25 de abril, y cae en el último fin de semana posible del calendario. El Viernes Santo, Ellen Ott-Monecke levanta el auricular de su teléfono y marca el número de su conocida Christine von Passavant.

El concierto que nunca tuvo lugar



Karlrobert y su madre, Emmy, tienen una relación muy estrecha. «Puedes mordisquear un terrón de azúcar de vez en cuando. El azúcar es muy nutritivo.»

Karlrobert Kreiten se encuentra en un tren que lo lleva de Düsseldorf, donde acaba de visitar a sus padres, a Heidelberg, pasando por Coblenza, Wiesbaden y Fráncfort. El trayecto a lo largo del Rin es hermoso en verdad, ya que el tren se detiene en pequeños y románticos pueblos vinícolas. Mañana, 3 de mayo de 1943, actuará en Heidelberg. Después interpretará el *Concierto para piano n. º 2* de Johannes Brahms en Mülheim an der Ruhr, seguido de algunas actuaciones más en otras localidades. En realidad, también lo habían invitado para tocar el *Concierto para piano n. º 1* de Liszt en Florencia, pero, desgraciadamente, las autoridades competentes le negaron el visado de viaje necesario.

Cuando llega a Heidelberg, Karlrobert acude primero al Reichspost, uno de los mejores hoteles de Heidelberg —todas las habitaciones cuentan con su propio cuarto de baño—, en la céntrica Bismarckplatz. Para un músico como Karlrobert, que casi nunca permanece en la misma ciudad más de uno o dos días, es importante alojarse cerca de la estación de tren. Una vez que le asignan la habitación número 18, Karlrobert se dirige sin pérdida de tiempo al aula de la Universidad Nueva, donde al día siguiente tendrá lugar el concierto. Tiene unas pocas horas para probar el piano de cola. Cuando abandona la sala y regresa al hotel a través de los callejones de la parte antigua de Heidelberg, ya ha oscurecido.

A la mañana siguiente, poco antes de las ocho, se oyen primero ruidos en la escalera y después pasos de varias personas avanzando por el pasillo del hotel. Se acercan y luego reina el silencio unos instantes. Al fin, unos nudillos llaman a la puerta de Karlrobert con dureza:

—¡Policía Secreta del Estado! ¡Abran!

Karlrobert se pone la chaqueta de su traje y abre la puerta. Frente a su habitación hay dos hombres que no dudan en empujarlo de nuevo al interior de la estancia. Uno de los agentes de la Gestapo, que se

presenta como *Kriminal-Obersekretär* Scheuermann, extrae un documento escrito de su bolsillo. Karlrobert lee su orden de arresto preventivo hasta nuevo aviso, expedida por la Policía del Estado en Karlsruhe, y se queda sin habla. En realidad, le gustaría decirles que debe de tratarse de un error, que se habrán equivocado de puerta y otras muchas cosas, pero está tan sorprendido que es incapaz de pensar con claridad. Después de meter su equipaje a toda prisa en su pequeña maleta, abandona la habitación acompañado de los dos agentes.

Los dos hombres se sitúan a ambos lados de Karlrobert y lo conducen como a un criminal peligroso. El vestíbulo del hotel bulle ya de actividad a primera hora de la mañana. Frente a la entrada el grupo se ve obligado a detenerse, porque solo es posible salir uno a uno por las puertas giratorias. Karlrobert aprovecha la oportunidad y le grita a un conserje a dos metros de distancia que informe, por favor, a su madre, Emmy Kreiten, que llamará por teléfono al hotel en algún momento del día. El conserje lanza una mirada al reloj de péndulo que se levanta junto a la escalera y anota a lápiz en un papel: «8:20 h» y «Emmy Kreiten». Los hombres de la Gestapo se suben con su prisionero a un coche que los espera delante del hotel y se alejan.

Llevan a Karlrobert a la Fauler Pelz, la prisión preventiva de Heidelberg, llamada así por su dirección: Oberer Fauler Pelz 1. Uno de los agentes gruñe: allí se verá. De camino a través de la ciudad pasan junto a la Universidad Nueva, en cuyo auditorio Karlrobert debería actuar esta tarde.

La Fauler Pelz es un edificio de arenisca roja de la década de 1840, ampliado con posterioridad. Aunque se encuentre en la zona sur del pintoresco casco antiguo, representa otro mundo completamente distinto. Una vez que las puertas de hierro macizo se cierran tras el coche de policía, el idilio de las calles y callejuelas del centro histórico queda muy muy lejos.

Al cabo de un rato el *Kriminalsekretär* Feucht interroga a Karlrobert. El agente resume primero datos personales como apellido, nombre, lugar de nacimiento, etcétera. Karlrobert afirma recibir unos ingresos mensuales de quinientos marcos, a lo que se suman sus ahorros de tres mil marcos imperiales. A la pregunta de si está afiliado al partido, responde:

—Hace unos dos años me inscribí en el NSDAP en Düsseldorf.

Desde entonces he sido candidato a la membresía completa, y no puedo decir con exactitud si ya recibí mi número de afiliación definitivo. No estoy en ninguna división del partido, pero he proporcionado mucho dinero a la Nationalsozialistische Volkswohlfahrt [organización nacionalsocialista de ayuda social] mediante conciertos del Winterhilfswerk. [1]

Entonces comienza el interrogatorio de verdad. Primero, Feucht le pregunta si conoce a una tal Ellen Ott-Monecke. Karlrobert traga saliva. Poco a poco empieza a comprender: se trata de la conversación con la señora Ott-Monecke; lo habrá denunciado por lo que dijo. Antes de que Karlrobert pueda contestar, Feucht quiere saber si Karlrobert tiene argumentos contra la credibilidad de la dama en cuestión. Karlrobert responde que no en voz baja y se agita nervioso en su silla. En realidad, añade, casi no la conoce.

—Tampoco se me ocurren motivos por los que la señora Ott-Monecke me guarde rencor o tenga algo contra mí.

El Kriminalsekretär frunce el ceño.

—Entonces, ¿no tiene usted idea de cómo ha acabado en esta desagradable situación?

—Es evidente —explica Karlrobert— que ella malinterpretó algunas de mis declaraciones y no me preguntó a qué me refería ni qué quería decir con eso. De otro modo, estos malentendidos habrían quedado resueltos de inmediato.

Feucht enfrenta entonces a Karlrobert con una serie de recriminaciones: ¿acaso llamó enfermo mental a Hitler?

«La testigo debió de entenderme mal», hace constar en acta Karlrobert. «Cuando hablé de un loco me refería, por supuesto, a Roosevelt y el país era Estados Unidos.» ¿Los bombardeos aliados? «No recuerdo haber dicho que los ingleses mostraran demasiada humanidad», alega. «No soy de esa opinión.» ¿Y la supuesta guerra ya perdida? «Recuerdo haber dicho a la testigo que habíamos perdido la guerra. Yo me refería a Holanda, ya que tengo la nacionalidad holandesa; de ahí que usara la forma "nosotros". No quería decir con eso que también Alemania hubiera perdido ya la guerra.»

Todo es un terrible malentendido, insiste Karlrobert al final de su interrogatorio. La señora Ott-Monecke interpretó mal gran parte de lo que él dijo y confundió muchas de sus palabras. Una vez que conducen a Karlrobert de regreso a su celda, el *Kriminalsekretär* Feucht

elabora un informe provisional del interrogatorio: «El acusado parecía inseguro durante el interrogatorio, de modo que el abajo firmante se formó la impresión de que las declaraciones de las que la testigo lo acusa realmente ocurrieron como la testigo afirma. Se ha contradicho varias veces y no ha cesado en el empeño de hacer creer que él se había limitado a contarle a la testigo noticias que él mismo había oído de boca de desconocidos». [2]

Del diario de Joseph Goebbels, 4 de mayo de 1943: «La situación en el gueto de Varsovia sigue sin resolverse. Los judíos se resisten con desesperación. Tardarán algunos días en rendirse. Claro que saben perfectamente lo que les espera cuando caigan derrotados. No tienen opciones de capitulación». [3]

Entretanto, Emmy Kreiten ha llegado a la estación de Heidelberg desde Düsseldorf. Como ya ha estado un par de veces en la ciudad junto al río Neckar y la conoce un poco, realiza a pie el corto trayecto de la estación al hotel Reichspost. En su maleta, además de las pocas cosas para su uso personal, lleva dos o tres latas de carne en salmuera para Karlrobert. Su mayor preocupación es que su hijo no coma lo suficiente durante sus giras musicales. Emmy teme que, cuando Karlrobert se siente en su elemento, todo lo demás pase a segundo plano y él se olvide incluso de comer.

Emmy tiene muchas ganas de verlo. Tal vez ya la esté esperando en el vestíbulo del hotel, piensa. La abrazará y le dará un beso en la mejilla. Sin embargo, cuando atraviesa la puerta giratoria del edificio, su hijo no está por ningún lado. Los siguientes minutos son como una pesadilla. Al principio, Emmy no quiere creer lo que el conserje le está diciendo: que la Gestapo se ha llevado a su hijo a primera hora de esa mañana y que este se encuentra ahora en prisión. Piensa que no puede ser, tiene que tratarse de un terrible malentendido.

De algún modo, Emmy consigue retener la dirección del cuartel general de la Gestapo en Heidelberg. Se encuentra en la Bunsenstrasse 19a, en un edificio que hasta hace dos años fue el hogar de la familia judía Kohn. La Gestapo requisó el inmueble y deportó a sus habitantes a un campo de concentración en la localidad francesa de Gurs, al

norte de los Pirineos. Los nuevos dueños de la casa rodean primero la entrada con una reja de hierro. Esta inaccesibilidad está ya latente en su propio nombre: Policía Secreta del Estado [Gestapo en su abreviatura alemana]. De modo que la Gestapo no es una oficina a la que uno pueda acudir como quien va a Correos. Emmy Kreiten lo comprende cuando intenta en vano acceder al edificio. Sin embargo, por fin traspasa la entrada. En el interior se encuentra con uno de los policías que se llevaron a su hijo.

—Ah, usted es la madre del joven artista que hemos detenido hoy —dice el agente, como si estuviera esperando que Emmy apareciera. [4]

La invita a pasar a su oficina y le indica una silla frente al escritorio. Mientras Emmy intenta descubrir qué ha ocurrido, el policía se muestra parco en palabras. Le explica que Karlrobert se encuentra en arresto preventivo por haber realizado declaraciones que amenazan la seguridad del Estado, más no le puede decir. Ante la insistencia de Emmy, el agente le pregunta de repente:

—¿Conoce usted a una tal señora Ott-Monecke?

Emmy asiente.

Entonces el hombre le dice en un tono misterioso que en realidad no debería decirle nada más, pero le recomienda hablar urgentemente con esa dama. Al final le permite una breve visita a Karlrobert en prisión. Cuando Emmy pasa junto al aula de la Universidad Nueva de camino a la Fauler Pelz, se detiene un instante y ve por un casual a un bedel cubriendo el cartel del concierto de Karlrobert con una nota. En ella pone: «Se cancela concierto de Kreiten».

Al llegar a la prisión, Emmy Kreiten se presenta en la puerta de entrada. La recibe un guardia que la conduce seguidamente por un largo pasillo. El ambiente es opresivo. Todas las ventanas tienen rejas, cada pocos metros les obstruye el camino una puerta de metal que el hombre tiene que abrir con llave. Cuando Emmy entra en la pequeña habitación para visitas y ve allí a su hijo en presencia de tres agentes se da cuenta de golpe de la seriedad de lo que está ocurriendo. Una cosa está clara: las acusaciones tienen que ser graves.

—Si realmente le dijiste algo a la señora Ott-Monecke, te tuvo que malinterpretar —dice Emmy apelando a la conciencia de su hijo.

Karlrobert sacude malhumorado la cabeza:

—Bah, esa mujer no tiene muchas luces.

La visita termina en un instante. Uno de los vigilantes acompaña

a Emmy fuera de la habitación. Ambos —madre e hijo— están a punto de llorar. Emmy se vuelve de nuevo y se despide emocionada con la mano.

Emmy quiere viajar a Berlín cuanto antes para hablar con Ellen Ott-Monecke y obligarla a retirar la denuncia. En la estación de Heidelberg pregunta en la ventanilla por el siguiente tren a la capital del Reich. El hombre que la atiende abre la guía oficial de la Reichsbahn y empieza a pasar las hojas. Al fin toma papel y lápiz y anota las horas de salida y los números de tren: 20:14 h salida de Heidelberg, 21:34 h llegada a Fráncfort, cambio de tren, 22:09 h salida del tren nocturno, 7:41 h llegada a la estación Anhalter en Berlín.

Las horas que faltan hasta la partida son una tortura para Emmy. El arresto de su hijo la ha conmocionado y no puede dejar de preguntarse por el destino que le espera. ¿Cómo enfrentarse a su amiga de tantos años? Emmy duda. ¿Insultarla? ¿Enfadarse y preguntarle cómo se le ocurre denunciar a Karlrobert? ¿O sería mejor hablar con ella con calma, si realmente se siente capaz de ello? ¿Quizás al final la denuncia no sea más que una absurda equivocación?

Policía Secreta del Estado / cuartel general de la Gestapo en Düsseldorf a la oficina de Correos I en Düsseldorf, 5 de mayo de 1943: «De acuerdo con el § 1 de la ordenanza del presidente del Reich para la protección del pueblo y del Estado del 28-02-1933 decreto para el pianista Karl Robert Kreiten [...] el bloqueo de la correspondencia postal del 4 de mayo de 1943 al 4 de junio de 1943. Las cartas recibidas en ese periodo deberán ser enviadas a mi puesto de control en la oficina de Correos I». [5]

A la mañana siguiente, Emmy Kreiten se encuentra ya ante la puerta del domicilio de Ellen Ott-Monecke en Berlín. Muy alterada, acciona impaciente la campana. Al cabo de unos instantes se oyen pasos en el interior.

—Ay, mi Emmy —dice Ellen Ott-Monecke sorprendida cuando abre—: ¡eres tú! [6]

Invita a su visita a entrar y se dirigen al salón. Emmy va al grano: ayer estuvo en Heidelberg, donde Karlrobert debía dar un recital de piano. Pero la Gestapo lo había arrestado. Le han dicho que ella, Ellen, tiene algo que ver con ello. Al parecer, fue quien denunció a su Karlrobert. Las palabras salen como disparadas de la boca de Emmy, pero de repente calla. Respira hondo, mira a su interlocutora con severidad y pregunta:

—¿Cómo ha sido esto posible?

Entonces Ellen Ott-Monecke le cuenta con todo detalle su última conversación con Karlrobert: que dijo cosas desagradables sobre el Führer, que la guerra ya estaba perdida y que haría mejor en retirar las imágenes de Hitler de las paredes. Ella se sintió tan insegura después de hablar con Karlrobert que se confió al día siguiente a su vecina Annemarie Windmöller, cuyo marido trabaja en el Ministerio. Le preguntó si acaso era verdad que las cosas estuvieran tan mal para Alemania.

—Ella se enfureció al máximo y no dejaba de repetir: «Hay que denunciarlo». Entonces contactó con su amiga Christine von Passavant, que trabaja desde hace poco en el Ministerio de Propaganda. Las dos hablaron sobre el caso y coincidieron en que había que poner una denuncia sin falta. Y no cesaban de instarme a que la pusiera. [7]

Emmy Kreiten sacude la cabeza; en su cara se dibuja un horror absoluto.

—Como no ocurría nada —continúa Ellen Ott-Monecke—, siguieron presionándome y amenazándome: que me denunciarían a mí y que sería yo quien acabara en la cárcel si no hacía nada al respecto de una vez por todas.

Un día, la señora Von Passavant la visitó muy afectada y le mostró un periódico de Düsseldorf que informaba de que Karlrobert Kreiten estaba invitado a dar un concierto en Italia.

—«Hay que impedirlo», me dijo furiosa. «La señora Windmöller y yo seremos quienes tomemos por fin cartas en este asunto.» Tuve que repetirles todo lo que había oído y ellas lo pasaron al papel y me obligaron a firmarlo. La señora Von Passavant llevó la denuncia personalmente al Ministerio de Propaganda.

Emmy Kreiten ya ha oído bastante. Se levanta dispuesta a irse. Sin embargo, poco antes de salir de la habitación se vuelve una vez

más.

—¡Es la verdad! —dice Ellen Ott-Monecke con voz implorante—. Tienes que creerme, yo no quería denunciar a Karlrobert. —También le da a Emmy la dirección de Christine von Passavant: Einemstrasse 16, muy cerca de allí. La insta a visitarla y preguntarle—. Las dos me obligaron. Que se enteren ahora de lo que han organizado. [8]

Decepcionada y angustiada, Emmy Kreiten abandona la vivienda. No puede creer que una mujer a la que conoce desde hace tantos años y a la que consideraba amiga le cause tantísimo dolor. ¿Qué puede hacer ahora? ¿Qué debe hacer? Mientras desciende las escaleras, decide visitar a Christine von Passavant. Como trabajadora del Ministerio de Propaganda, piensa Emmy, será quien tenga más opciones de hacer algo por Karlrobert.

Tan solo unos cientos de metros separan la calle Lützowufer de Einemstrasse 16. Por el camino, Emmy se pregunta cómo enfrentarse a la señora Von Passavant. ¿Exigente y con seguridad? ¿O quizás sea mejor rogarle indulgencia y que se compadezca de Karlrobert? Emmy está fuera de sí. Lo que más le gustaría sería preguntarle cómo se le ocurre entrometerse en la vida de su hijo. Sin embargo, también sabe que, si quiere conseguir algo de ella, mejor será contenerse a pesar de todo el desprecio que siente. ¿No estuvo hace años, cuando Christine von Passavant aún actuaba bajo el nombre de Tiny Debüser, en uno de sus conciertos? Podría ahora halagarla y decirle que interpretó de un modo excepcional las canciones de Ernst Krenek y Paul Hindemith. O también que es una verdadera lástima que una cantante tan notable como Tiny Debüser haya dejado de actuar en público. Al final podría añadir que alguien como ella, Passavant, sabe sin duda que los artistas se comportan de manera impulsiva, así que puede estar segura de que su Karlrobert es completamente apolítico y no quería decir lo que dijo. Las ideas le dan vueltas en la cabeza. Cuando se detiene frente a la casa de la Einemstrasse, Emmy sigue insegura. No obstante, sube las escaleras y llama al timbre del domicilio de Christine von Passavant.

La misma Passavant abre la puerta.

—¿Quién le ha dado mi nombre? —le pregunta con frialdad cuando Emmy se presenta. [9]

La invita a entrar. Las dos mujeres recorren un largo pasillo a lo

largo del cual se abren a ambos lados varias habitaciones. Por una puerta abierta Emmy alcanza a ver un piano de cola —se trata del salón de música, evidentemente—, en otra habitación ve altas estanterías llenas de libros. Christine von Passavant conduce a su visita a un espacioso salón donde una anciana descansa en un sillón. Su estado de salud es bueno, si bien la ropa se ve algo anticuada. En la mano derecha sostiene un bastón de pomo dorado que parece necesitar para caminar. La señora Von Passavant presenta a la dama como su madre, a la que ha traído a Berlín de Düsseldorf porque su casa en la Königsalle quedó destruida después de un bombardeo.

Emmy Kreiten podría responder que ella misma vive en Düsseldorf, que ella y su marido aún no han sufrido directamente los efectos de las bombas, pero que saben por conocidos lo que significa encontrarse de repente sin nada. También podría decir que hay cientos de miles de personas con ese mismo problema y que el destino de la anciana sentada en el sillón le tiene sin cuidado. Sin embargo, Emmy no dice ni una cosa ni otra. En su lugar, pregunta a Christine von Passavant qué tiene que ver ella con la denuncia contra su hijo.

Antes de que esta pueda contestar, la madre golpea el suelo de madera con el bastón, atrayendo así la atención de las dos mujeres.

—¡Una maldad denunciar a su hijo! —exclama con voz segura.

La interrupción incomoda tanto a la hija que esta se apresura a deshacerse de su madre.

—Tú de eso no entiendes nada, madre.

Ayuda a la mujer a levantarse y la conduce fuera de la estancia. Desde el pasillo, la dama aún grita:

—¡Rezaré por su hijo!

—Mi madre no sabe nada de toda esta cuestión —dice con voz calmada la señora Von Passavant una vez que regresa al salón.

Ofrece asiento a Emmy; ambas mujeres se encuentran una frente a la otra.

Christine von Passavant se enfada: ¿qué otra cosa podría haber hecho ella? Si le entregan de manera oficial un documento dirigido al Ministerio, no puede hacer otra cosa que aceptarlo. Además, ella no tiene nada que ver con la redacción de la denuncia. Lo que la señora Ott-Monecke afirma no es cierto. Christine von Passavant hace un gesto de impaciencia con la mano, como queriendo imprimir seguridad a sus palabras. Sin embargo, lo que sí es verdad, añade, es

que Emmy y su marido no están completamente libres de culpa de la difícil situación en la que se encuentra su hijo. Emmy Kreiten no puede creer lo que oyen sus oídos. Sin embargo, Passavant continúa impertérrita: si los Kreiten hubieran educado a su hijo para ser un buen nacionalsocialista, difícilmente estaría hoy bajo custodia de la Gestapo.

Lo único que puede hacer es recomendarle un abogado con experiencia en delitos políticos, finaliza la conversación Christine von Passavant. Más no puede hacer por Karlrobert.

Dos o tres días más tarde, Theo Kreiten llega a Berlín desde Düsseldorf. Emmy ya lo había llamado desde Heidelberg para informarle sobre el arresto de Karlrobert. Cuando el matrimonio se encuentra uno frente al otro en el andén repleto de la estación Anhalter, se funden en un largo abrazo. Emmy le dice que ya ha contratado a un abogado, y que tienen que ser fuertes.

A la mañana siguiente ambos acuden al bufete del doctor Paul Stenig en la Konstanzer Strasse 7. Es evidente que las oficinas ocupan una antigua vivienda; la sala de espera revestida de madera oscura debió de ser en su día el salón de fumar o habitación para caballeros. En un rincón hay una lámpara de pie con una pantalla de tela verde oscuro que apenas ilumina la estancia. Más allá descansan algunas revistas en un soporte pensado para ese fin. El techo —hasta donde deja adivinar la falta de luz solar— está decorado con abundante estuco. De repente se abre una puerta y en el umbral se distingue el vago contorno de un hombre que se presenta como Paul Stenig. El abogado indica a sus clientes que pasen a su despacho.

Emmy no tarda en hablar: están desesperados y él —Stenig— tiene fama de ser uno de los mejores abogados defensores en asuntos políticos. Tiene que ayudar a Karlrobert, le ruega. Una vez que toman asiento, los Kreiten le cuentan con todo detalle lo ocurrido a su hijo: la infame traición de su amiga, los oscuros chanchullos de la señora Windmöller, el arresto en Heidelberg y las visitas de Emmy a las señoras Ott-Monecke y Von Passavant. Mientras tanto, Paul Stenig toma notas.

El doctor Paul Stenig —de pequeña estatura, rostro alargado de nariz grande, el cráneo casi calvo— habla con acento de Prusia

Oriental. Nació y creció en Heilsberg, a unos cincuenta kilómetros al norte de Allenstein. Su padre era comerciante, y su madre, ama de casa. Al finalizar la Primera Guerra Mundial estudió Derecho y Ciencias Políticas, por lo que tiene un doble título de doctor. Como jurista, Stenig deseaba contribuir a la solidez de la democracia y defender la República de sus enemigos. Por eso, en 1929 se trasladó como fiscal al Tribunal Regional en Berlín. No tardó mucho en convertirse en enemigo acérrimo de los nazis. Joseph Goebbels lo difamó en su panfleto político *Der Angriff,* tachándolo, entre otras cosas, de «burgués desequilibrado». Algún funcionario del NSDAP llegó a solicitar en el Reichstag la destitución de Stenig. Al principio, no tuvo éxito. No lo expulsaron hasta la primavera de 1933, por «falta de seriedad política». El doctor Stenig pasó entonces dos años sin trabajo, hasta que estableció su propio bufete de abogados en abril de 1935. Así comenzó su carrera como defensor de los perseguidos y desamparados.

Entre los clientes de Stenig esta primavera de 1943 está también Bernhard Lichtenberg. El deán berlinés celebró en agosto de 1941 una misa vespertina en la catedral de Santa Eduvigis en la que rezó por los judíos y los presos en los campos de concentración. Dos niñas escolares se escandalizaron y presentaron una denuncia. Ambas pertenecían a la Liga de Muchachas Alemanas (BDM en sus siglas en alemán) y declararon haber estado en la iglesia por casualidad. Lichtenberg fue condenado a dos años de prisión. Actualmente se encuentra en la prisión Tegel, gravemente enfermo. Por el contrario, las dos niñas que lo denunciaron recibieron incluso elogios por su vergonzoso comportamiento.

Stenig explica a sus visitantes que cualquier persona es un delator en potencia y nadie puede sentirse seguro; ese es el mensaje que quiere transmitir el Estado. Este terror del pensamiento ha de tener al pueblo asustado y alerta, con el fin de sofocar de raíz cualquier amago de rebelión.

Emmy Kreiten sacude la cabeza: su marido y ella están desesperados. Angustiada, le pregunta al abogado qué pasará ahora y qué les recomienda hacer.

Paul Stenig supone que Karlrobert será pronto trasladado de Heidelberg a Berlín. Es muy probable que lo retengan en la llamada *Hausgefängnis,* la prisión situada en el cuartel general de la Gestapo en

la Prinz-Albrecht-Strasse. Allí lo interrogarán, lo que podría durar dos o tres semanas. Después se decidirá si continúa preso y el asunto va a juicio, o si lo ponen en libertad. No, allí no podrá recibir visitas. Tampoco él como abogado tiene acceso a su cliente mientras este se encuentre en manos de la Gestapo.

Theo quiere saber qué es lo peor que podría ocurrir. Stenig les explica que todos los casos son diferentes, y es difícil decir algo concreto tan pronto. Es muy posible que todo quede en el cumplimiento de la prisión preventiva y una breve inhabilitación como músico. Sí, una prohibición temporal de actuar en público sería, en definitiva, la mejor de las soluciones. Deberían hacerse a la idea de que no verán a su Karlrobert durante un largo periodo de tiempo. La conversación llega a su fin y el abogado acompaña al matrimonio Kreiten a la puerta de salida.

Emmy Kreiten permanece de momento en Berlín, alojada en el nuevo piso de Karlrobert en la Motzstrasse. Quiere estar al lado de su «Bub», como llama a Karlrobert, y visitarlo en cuanto se lo permitan. Por el contrario, Theo regresa a Düsseldorf y mantiene allí sus posiciones. En las siguientes semanas quieren intentarlo todo y, si es necesario, remover Roma con Santiago para lograr que liberen a Karlrobert. Emmy y Theo hablan todos los días por teléfono y se informan de las últimas novedades. No saben que la Gestapo intercepta sus conversaciones ni que les abren el correo.

Desde hace apenas dos semanas, Karlrobert Kreiten se encuentra preso en Fauler Pelz, la cárcel preventiva de Heidelberg. De vez en cuando pregunta a uno de los guardias cómo va lo suyo y cuándo lo pondrán en libertad. Sin embargo, los guardias tampoco saben nada concreto y casi siempre se limitan a encogerse de hombros. A Karlrobert le cuesta soportar esta incertidumbre. Si al menos volvieran a interrogarlo, podría explicarse una vez más; pero después del primer interrogatorio no han vuelto a tomarle declaración, y tampoco puede hablar con un abogado. De modo que pasa el tiempo en su celda para tres personas, esperando al desayuno, al almuerzo y a la cena, al paseo por el patio de la cárcel, a la visita de los baños y a los controles regulares de los funcionarios de prisiones. En eso consisten sus días, en el transcurso de los cuales no ocurre nada más.

Karlrobert comparte la celda con el molinero Dürr, de unos setenta años, y con Frank Wedde, adiestrador de animales de cincuenta años. Dürr es un individuo callado y algo gruñón que no da mucha conversación. Wedde es todo lo contrario. A Karlrobert le gusta escuchar las historias de sus grandes éxitos profesionales. Entre las especialidades de Wedde se cuenta, por ejemplo, amaestrar a un águila para que deje de cazar animales vivos y regrese siempre al punto donde recibe su alimento. *Melitta,* su águila imperial, realizó en Weserbergland en el otoño de 1937 un vuelo de cinco horas y dieciséis minutos sin sacudir las alas una sola vez. Wedder añade orgulloso: hasta los periódicos informaron de aquella hazaña. Y así pasan los días.

A primera hora de la mañana del 17 de mayo de 1943, exactamente catorce días después de su ingreso en la cárcel preventiva de Heidelberg, informan a Karlrobert de que lo trasladarán a Berlín esa misma noche. Para él se trata de una buena noticia, ya que espera poder aclarar las acusaciones que pesan sobre él en un juicio regular. No ve el momento de subirse al tren que lo llevará a Berlín; ya ha perdido bastante tiempo. Karlrobert añora su querido piano, la música de Chopin, Liszt y el resto de los maravillosos compositores que él tanto adora.

Por la tarde se abre de repente la puerta de su celda e introducen a un hombre en su interior.

—Usted será mi sucesor —lo saluda Karlrobert cordial—. Esta noche me trasladan a Berlín para confrontarme con mi testigo. [10]

Karlrobert y el recién llegado entablan enseguida una animada conversación. Goldschmit-Jentner le cuenta que es escritor, fundador del Festival de Heidelberg en 1926, mientras que Karlrobert le describe su último concierto en la Beethoven-Saal de la Filarmónica de Berlín. Al cabo de un rato, Goldschmit-Jentner le pregunta por qué demonios está él, Karlrobert, en la cárcel. Este hace un par de comentarios evasivos, pero, ante la insistencia de su interlocutor, admite lo que le soltó a Ellen Ott-Monecke: «Descuelgue a ese psicópata de la pared». [11]

—¿De verdad le dijo eso? —pregunta Goldschmit-Jentner incrédulo.

Karlrobert sonríe.

Después de la cena, que comparten los cuatro presos, llevan a

Karlrobert a un puesto de guardia donde le entregan una caja de cartón con las pertenencias de las que tuvo que desprenderse a su entrada en la prisión. Karlrobert mira en su interior: una camisa, una camiseta de lana, un pantalón, un chaleco, una chaqueta, un lápiz, dos cuadernos, una agenda, un reloj de pulsera, un puñado de cupones de racionamiento, así como una cartera con ciento diez marcos imperiales y cuarenta y siete peniques. [12] Finalmente, tiene que firmar el recibo de los objetos de valor.

En la estación de Heidelberg y en compañía de dos agentes, Karlrobert sube a un tren que lo llevará a la capital del Reich pasando por Fráncfort; última parada: estación Anhalter. La Gestapo ha reservado un compartimento separado para el traslado. Karlrobert toma asiento al lado de la ventanilla, los dos policías se sientan uno frente al otro junto a la puerta. Uno de ellos le advierte que no haga tonterías. Karlrobert asiente con la cabeza.

Mientras el tren atraviesa traqueteando los campos nocturnos, Karlrobert no encuentra reposo y se pregunta qué le deparará el futuro. Sigue sin comprender lo que ha pasado. Cuando salió de Berlín hace unas pocas semanas, era un músico célebre. Ahora regresa esposado a la ciudad de sus mayores éxitos.

Solo unos cientos de metros separan la estación Anhalter del cuartel general de la Gestapo. Karlrobert conoce bien la zona, ya que también la Filarmónica se encuentra muy cerca de allí. Sin embargo, al llegar a la Askanischer Platz sus dos acompañantes no doblan a la izquierda para tomar la Bernburger Strasse, donde se levanta el templo de la música de Berlín, sino que siguen primero recto por la Saarlandstrasse, que se bifurca después en la Prinz-Albrecht-Strasse. A la derecha se encuentra el Museo de Arte Popular, enfrente, la Casa de los Pilotos, al lado, la construcción monumental del Ministerio del Aire del Reich.

La Policía Secreta del Estado forma parte de la Oficina Central de Seguridad del Reich y tiene su sede en un edificio que acogió hasta 1933 una escuela de artes y oficios. A través de las grandes ventanas la luz entra a raudales en las habitaciones de altos techos. Sin embargo, allí donde antes se enseñaba arquitectura, escultura y pintura en aireados talleres, ahora se encierra a las personas. Los dos hombres de la Gestapo conducen a Karlrobert a una habitación en la planta baja. Después de firmar en varios documentos, dan por

concluida su tarea.

Karlrobert es ahora un «caso», un asunto del que se ocupará la capital del Reich. Primero se llevan a cabo los requisitos burocráticos. Como ocurrió al ingresar en la cárcel de Heidelberg, también aquí Karlrobert tiene que entregar todos sus objetos personales, que se apuntan de nuevo en una meticulosa lista. Luego le proporcionan el reglamento de la prisión; un policía le dice con desinterés que le eche un vistazo. Karlrobert sujeta el papel con ambas manos y lo repasa con la mirada:

1. 06:00 h: hora de levantarse. Después, los presos limpian la celda. Aseo.

2. Peticiones, quejas o malestar físico: informar durante la limpieza de la celda.

3. 08:00 h: se reparte café y material para escribir. A las 18:00 h se recogerán los textos terminados.

4. Martes y viernes: días de afeitado.

5. Todos los presos deberán responder conforme a la verdad durante los interrogatorios.

6. En caso de suciedad o desperfectos en paredes o inventario, se considerará responsable al autor de los mismos; también podrá ser sancionado según las normas de la institución.

7. En caso de enfermedad repentina o necesidad de ir al baño, el recluso deberá hacerse notar empujando el cerrojo del lado derecho de la puerta.

8. De 20:00 a 06:00 h: el recluso debe yacer desvestido en su cama. Queda prohibido el uso de la cama a otras horas. [13]

El funcionario le explica: hay tres retretes para cincuenta presos; si están ocupados, toca esperar. Y cada dos días los reclusos tienen derecho a dar una vuelta por el patio. ¿Alguna pregunta? Karlrobert sacude la cabeza.

Llega la hora de fotografiar al preso Kreiten. Para ello, el agente lo conduce a una habitación cercana, sin ventanas y con una cámara de placas de madera en el centro; frente a ella: una silla giratoria de altura regulable. En un rincón espera sentado un hombre. Al parecer es el fotógrafo, pues lleva una bata de trabajo blanca similar a la que usan los artistas o fotógrafos en sus talleres. El vigilante de Karlrobert le dice entre dientes al hombre que tiene trabajo para él, a lo cual este se levanta y mira al preso de soslayo. Entonces ajusta la silla giratoria a la altura de Karlrobert y desaparece detrás de la cámara. Realiza todo esto de manera absolutamente rutinaria y con una expresión de total indiferencia. ¿Cuántos reclusos habrá fotografiado hoy? ¿Tres? ¿Cinco? ¿Cuántos este mes? ¿Veinte? ¿Treinta? Quizás fue en su momento una prometedora figura en su campo. Con un poco de

suerte, tal vez habría podido convertirse en un importante fotógrafo. Sin embargo, en lugar de dirigir un taller en la elegante Kurfürstendamm o en la Friedrichstrasse, capta por encargo de la Gestapo los atemorizados rostros de innumerables hombres y mujeres. Una vez que Karlrobert ocupa su sitio, el vigilante apaga las lámparas y enciende dos focos fijos en la pared de enfrente: una luz cegadora inunda la habitación. El fotógrafo mira por la cámara y masculla algo, a lo que el policía presiona la cabeza de Karlrobert contra el reposacabezas. Se toman tres fotografías del nuevo recluso: de frente, de lado y luego de medio perfil.

Al final llevan a Karlrobert abajo. «Abajo» es la *Hausgefängnis,* la cárcel que la Gestapo ha ordenado construir en el sótano del ala sur. El hombre de la Gestapo conduce a Karlrobert hasta un ascensor junto a la gran escalera de mármol. Cuando llegan al sótano, avanzan por un largo pasillo. Cada pocos metros cuelgan lámparas del techo que arrojan una fría luz sobre el corredor. En este calabozo hay treinta y ocho celdas individuales, así como una común, todas aseguradas con cerraduras y cerrojos.

Las celdas individuales tienen cerca de 1,70 metros de ancho y 3,50 metros de largo. A un lado hay una mesa y una silla; en la pared de enfrente, una cama de metal fija al suelo, cubierta por una fina manta. Sobre un estante descansan un cuenco de metal y cubiertos, en un rincón: una jarra de barro con agua, una palangana y una escupidera. La lámpara no se puede encender ni apagar desde el interior de la celda; por una ventana baja del edificio entra algo de luz diurna. El suelo es simple pavimento. Eso es todo.

Dentro de lo malo, Karlrobert tiene un poco de suerte. Le adjudican la única celda común de la cárcel. Esta es casi tan grande como tres individuales y ofrece espacio para tres reclusos. A menudo la ocupan por encima de su capacidad y los presos tienen que alternarse para dormir en los catres o en el suelo. La jornada en la celda común es la misma que en las demás. Sin embargo, no estás solo, puedes hablar con los compañeros de celda y hacerte partícipe de su destino. A los ojos de la Gestapo, se trata de una concesión que se le ha brindado a Karlrobert gracias, probablemente, a su fama como artista. Como la cárcel no cuenta con su propia lavandería, la mayoría de los reclusos pueden recibir paquetes de ropa de sus familiares cada cierto tiempo. También ocurre de vez en cuando que sea comida lo

que llegue a la celda, aunque para este privilegio no existe un permiso oficial. Por lo demás, quien tenga dinero, puede comprar tabaco. También se permite leer y escribir cartas, aunque el correo pasa por la censura. La Gestapo permite y retira todas estas concesiones a su absoluto capricho. ¿Qué suerte le esperará a Karlrobert?

Informe secreto del servicio de inteligencia de las SS del 17 de mayo de 1943: «En numerosos comunicados se subraya la destacada falta de despertadores en muchos círculos de la población. [...] Por ejemplo, desde Dortmund informan de que un tal Bergmann se ha ofrecido a pagar 500 marcos imperiales a quien le facilite uno. Al parecer, su mujer ha de permanecer toda la noche en vigilia para despertarlo a tiempo». [14]

Otto Prochnow fue un niño no deseado. Cuando vio la luz el 26 de diciembre de 1907 en Berlín-Schöneberg, la situación económica de sus padres era muy precaria; el niño llegaba en un tiempo poco propicio. Con gran dolor de su corazón, el padre, Otto Pabst, y la madre, Charlotte Mathilde (de soltera Kaiser), decidieron entregar al pequeño en adopción. El matrimonio Richard y Emmi Prochnow no podían tener hijos y estaban encantados de recibir al niño. Así, Otto Pabst se convirtió en Otto Prochnow.

Con veinticuatro años se afilió el 1 de agosto de 1932 al NSDAP y, poco tiempo después, entró en las SA. Cuando terminó el bachillerato, empezó primero a estudiar Derecho en la Universidad de Kiel, pero no terminó la carrera. En lugar de eso, ingresó en la Policía Secreta del Estado. Comenzó como comisario adjunto en Kassel, donde conoció a Margarete Völker, dos años más joven que él. En agosto de 1938 se casaron, y ese mismo año Prochnow entró en las filas de las SS. En abril de 1940 nació su hija, Renate. Ahora, en la primavera de 1943, el consejero penal Otto Prochnow es *Hauptsturmführer* de las SS y realiza actualmente tareas en la Oficina Central de la Seguridad del Reich en Berlín, en la sección IV A 3 («Reacción, oposición, legitimismo, liberalismo, asuntos malévolos»). Allí ocupa un despacho de altísimas paredes. Probablemente, la estancia se emplearía en su momento como estudio o taller. A través de las grandes ventanas, la

mirada vaga a una especie de parque que une los diferentes edificios de la Oficina Central de la Seguridad del Reich, más allá alcanza a distinguir la Askanischer Platz, la estación Anhalter y la ostentosa fachada del hotel Excelsior. Hasta ahora, esta zona de la capital del Reich se ha librado en su mayor parte de los ataques aéreos de las fuerzas aliadas; de cualquier manera, ya hace varias semanas de los últimos bombardeos sobre la capital.

Otto Prochnow mide 1,73 metros, pesa 72 kilogramos y tiene un cráneo ovalado. Sus ojos son grises, su pelo, rubio oscuro. Otto Prochnow es el policía que interrogará a Kreiten. [15]

Karlrobert Kreiten a su madre Emmy. Sábado, 29 de mayo de 1943:

> Mil gracias por las cositas que me enviaste, me alegraron mucho. Tus cartas son lo mejor de todo, me traen consuelo. Desde que no estoy en Heidelberg he dejado de recibir correo de Düsseldorf. ¿Solo permiten que me escribas tú? [...] Sigo calzado con los zapatos buenos que solo me pongo para los conciertos, a ver si podéis enviarme zapatos viejos desde Düsseldorf y, de paso, algunos calzoncillos limpios. La goma de los calzoncillos nuevos se ha roto. No me mandes comida en frascos, porque está prohibido tener cristal en las celdas. El ruibarbo me lo comí enseguida, pero me retiraron la leche y la mermelada. [16]

El 30 de mayo de 1943 un nuevo médico entra a trabajar en el campo de concentración y de exterminio de Auschwitz. Se trata del doctor en Medicina de treinta y dos años Josef Mengele.

Emmy Kreiten a su hijo Karlrobert. Lunes, 31 de mayo de 1943:

> ¡Ayer domingo llegó tu cartita como un saludo dominical que entrara revoloteando por la ventana! ¡Qué alegría me dio, no puedo ni describírtelo con palabras! ¡Por fin noticias de mi niño! [...] ¿Has conseguido de la contaduría de allí libros bonitos, interesantes e instructivos, o quieres que te lleve alguno de tu biblioteca? Ahora te envío el primero que encontré, un libro sobre Mozart. Enseguida te compro calzoncillos, y aquí he encontrado unos zapatos viejos tuyos, así puedes alternarlos, te envío también dos pares de calcetines. Puedes mordisquear un terrón de azúcar de vez en cuando. El azúcar es muy nutritivo. [17]

La vida que siguió después



De algún modo, la vida continúa. Después de que su casa desapareciera durante un bombardeo, los inquilinos se reúnen el 15 de junio de 1943 para comer bajo el cielo raso. «Nuevo saludo en Berlín: "¡Que siga usted aquí!"»

Emmy Kreiten no tiene buenas noticias cuando habla por teléfono con su madre, Sophie Liebergesell, en Düsseldorf el 1 de junio. Lo que Emmy no sabe es que la Gestapo de Düsseldorf está escuchando y escribe un informe sobre la conversación de las dos mujeres. El funcionario anota: Emmy ha podido hablar con Otto Prochnow. El consejero penal le ha asegurado que Karlrobert ha confesado y que ha admitido haber realizado las declaraciones sobre la crítica situación de la Wehrmacht de las que le acusa Ellen Ott-Monecke. «A la pregunta de cómo sabe él eso, contestó (Karlrobert): "De una emisora extranjera".» [1] En Heidelberg Karlrobert todavía negaba con vehemencia haber escuchado la BBC inglesa o cualquier otra «estación enemiga». El hecho de que ahora lo reconozca es un amargo revés para los esfuerzos por liberarlo. El «decreto sobre las medidas extraordinarias relativas a la radio» del 1 de septiembre de 1939 sanciona la escucha de cualquier emisora de radio extranjera. La divulgación de noticias difundidas por estas instituciones se castiga incluso en ciertas circunstancias con la pena de muerte. «En realidad, él no estaba hablando en serio», dice Emmy con seguridad.

Y ahora, ¿qué pasará? «Si no hacemos nada», coinciden las dos mujeres según el protocolo de la intervención telefónica, «esto puede durar muchísimo.» Ambas hacen planes, y la Gestapo se entera de todo. Primero le pedirán a Wilhelm Raupp, responsable de asuntos culturales de la región de Düsseldorf y un viejo amigo de la familia, que escriba al *Gauleiter* [jefe regional del NSDAP] de la misma circunscripción territorial, Friedrich Karl Florian, para solicitarle que intervenga a favor de Karlrobert. Luego quieren acudir a Wilhelm Furtwängler. El director de orquesta de fama mundial admira a Karlrobert y es un hombre influyente. También él podría interceder por el preso Kreiten. Sin embargo, su mayor esperanza es Martin Miederer, a quien los Kreiten conocen solo de manera superficial. Este jurista doctorado, promoción de 1905, es *Oberstummbannführer* en las

SS y trabaja como alto consejero del Gobierno en el Ministerio de Ciencia, Educación y Cultura. Tiene los mejores contactos, no solo con el ministro Bernhard Rust, su propio jefe, sino también con Joseph Goebbels. Miederer, gran amante de la música, podría interceder por Karlrobert ante el ministro de Propaganda. Eso piensan Emmy y su madre, pero ¿lo conseguirán?

Eva Klemperer le cuenta a su marido sobre un cartel que ha visto el 1 de junio en el centro de la ciudad. Dos personas hablan entre cuchicheos y debajo se lee: «¡Quien murmura miente!». El pasquín es parte de una campaña contra lo que los nacionalsocialistas llaman *Flüsterpropaganda,* propaganda susurrada. Para Victor Klemperer, este es un término típico de la *LTI,* la *Lingua Tertii Imperii* . Su objetivo es intimidar aún más a las personas, está seguro de ello. [2]

Todo aquel que, por ejemplo, sintonice una estación de radio extranjera y le murmure lo que oiga, sea lo que sea, a una vecina en la escalera, se convierte en culpable de «propaganda susurrada». Y eso puede llegar a costarle en el peor de los casos la cabeza.

Emmy Kreiten a su hijo Karlrobert. Miércoles, 2 de junio de 1943:

> Te envío una cartita que te escribió mamá desde Düsseldorf. Thea me dio el par de trocitos de roscón para ti, te he puesto también un poco de pan blanco y mantequilla, y dos bocadillos de queso. ¡En realidad no me permiten llevarte tantas cosas!
>
> ¿Has leído el libro sobre Mozart? ¿Fue interesante? Ayer llegó el mueble de Düsseldorf. Ahora estoy aquí sentada rodeada de cajas y tengo mucho trabajo colocándolo todo. ¿No sientes mi presencia cuando estoy tan cerca de ti? ¡Imagínate: en el mismo edificio! ¡Si tan solo pudiera verte en algún lugar por la ventana! ¡Miro y miro hasta cansarme la vista, pero nunca veo a mi querido niño! Ojalá puedas escribirme pronto otra vez. [3]

Carta de Karlrobert Kreiten a su madre Emmy. Jueves, 3 de junio de 1943.

> Me he alegrado muchísimo otra vez al ver tus dos paquetitos. Está claro que el roscón era de la señora Lohr, porque solo ella puede hacerlo tan rico. También me gustó mucho el pan de centeno, la pena es que se acabara tan rápido. [...] Todavía pienso muchas veces en Heidelberg. El día antes de mi concierto toqué todo el programa en el auditorio de la universidad, y me sentí muy en forma. El piano (Bechstein) era excelente; Mozart sonaba especialmente bien.

> Querida mamita, es para mí un enorme consuelo saber que estás aquí y recibir tus noticias cada semana. No hagas demasiados esfuerzos y tómate tu tiempo para que tu salud no sufra. Me gustaría volver a veros a todos sanos. [4]

Menú de la cocina del Berghof para Adolf Hitler. Viernes, 4 de junio de 1943:

> Almuerzo: zumo de cereza con semillas de lino molidas, sopa de cebada, pastelito de tomate, zanahorias, puré de patatas estofadas.
>
> Cena: zumo de naranja con semillas de lino molidas, gratinado de cebada, salsa de alcaparras, pan tostado, mantequilla, pasta de yema de huevo, queso dietético con pimiento. [5]

Emmy Kreiten ha conseguido llegar hasta Martin Miederer y ya ha hablado con él sobre la situación de Karlrobert. El 8 de junio, Emmy le cuenta a su marido por teléfono —de nuevo escucha la Gestapo— que, según Miederer, «la cosa no pinta muy bien». [6] A su pregunta de cuándo pueden esperar una decisión, el funcionario le ha contestado que no lo sabe, ya que aún quedan algunas cosas por aclarar y, por esa razón, siguen interrogando a Karlrobert todos los días.

Para colmo de males, ahora toda la familia está en el punto de mira de la policía secreta. Otto Prochnow pregunta a su colega de la región del Rin qué se conoce de los Kreiten en cuanto a «cuestiones políticas u otras». «Por el lado materno de la familia, parece que los antepasados del preso eran alsacianos o franceses o filofranceses», sospecha Prochnow. «¿Qué se sabe por allí?» [7] El funcionario de Düsseldorf le contesta que, aunque es cierto que existen lazos familiares con Francia, no se tiene conocimiento de ninguna actitud amistosa hacia los franceses. No obstante, Theo Kreiten ya le causó una mala impresión al afiliado del partido en Düsseldorf hace unos pocos años. «De un extranjero que disfruta de la hospitalidad de Alemania podría esperarse al menos que, en caso de que quiera ejercer una profesión, deje ver en sus actos una postura positiva hacia su país de acogida. Este no es en absoluto el caso de Kreiten, quien, por ejemplo, envió a su hijo a Viena para que se formara con el pianista judío Rosenthal.» [8] En otro pasaje escribe: «A Kreiten se le atribuyen antiguas afinidades judías, recibía visitas sobre todo de judíos». [9]

El *Gauleiter* Friedrich Karl Florian debe de estar también al tanto de estas reservas, porque se muestra poco dispuesto a interceder por Karlrobert. Cuando el funcionario de cultura Wilhelm Raupp se dirige

a él por carta con buenas palabras para Karlrobert, el *Gauleiter* transmite la misiva sin vacilar al jefe de la Gestapo en Düsseldorf. Raupp recibe una breve respuesta: «Espere nuevo aviso». [10]

El escritor Herbert Eulenburg, un amigo de los Kreiten, escribe una carta a Magda Goebbels, a quien conoce de manera superficial. «¿Quizás pueda su marido, o uno de los caballeros que trabajan con él, hacer algo por la suerte del joven artista de conducta intachable...?» Eulenburg le asegura al final su «gran aprecio y respeto» y cierra la carta «en veneración hacia todas las nobles mujeres». [11] Sin embargo, nunca recibirá una respuesta de la señora Goebbels; cabe preguntarse si la carta llegó realmente hasta ella.

—Mi querida Jenny, ¡qué burro he sido! —dice, y cierra los ojos para siempre. [12]

Estas palabras son de Hanns Heinz Ewers, que muere el 12 de junio de 1943 en su casa de la Corneliusstrasse, limítrofe con el Tiergarten de Berlín. Sentada junto a él, su secretaria, Jenny Guhl, le sostiene la mano.

Desde hace unos años reina el silencio en torno a Ewers. La prensa apenas se hizo eco de su setenta cumpleaños en noviembre de 1941, a pesar de que llegó a ser en su momento uno de los escritores más exitosos de Alemania. Hubo un tiempo en que Hanns Heinz Ewers publicaba hasta tres nuevos libros al año. Escribía novelas y novelas cortas, poemas y ensayos, guiones e informes de viajes. Sin embargo, todo eso ocurrió antes de 1933.

Las historias de Ewers suelen columpiarse al borde del abismo y tienen a menudo un elemento perturbador. Su novela *El aprendiz de brujo* del año 1909 trata sobre el delirio religioso que lleva a crucificar a una mujer embarazada en una retirada aldea de montaña en Italia. En el relato «La salsa de tomate», dos hombres se cortan en pedazos, se masacran literalmente el uno al otro. Ewers lo describe todo con tanto detalle que numerosas oyentes llegaban a desmayarse durante las lecturas públicas.

El personaje más famoso de Ewers es probablemente Mandrágora. Concebida por inseminación artificial de una prostituta con el semen de un asesino sexual, la niña Mandrágora es tan sensual y tentadora como fría e implacable. Al final, Mandrágora empuja a su

creador, el profesor de Medicina Jakob ten Brinken, al suicidio. La novela *Mandrágora* vende en vida de Ewers medio millón de ejemplares y es llevada cinco veces a la gran pantalla.

Tanto éxito provoca, por supuesto, antipatías y envidias. Para Kurt Tucholsky, Hanns Heinz Ewers es un «sádico» que solo busca espantar al lector para tener buenas ventas. [13] En otro momento, Tucholsky describe a su colega como «perfumado sadista de salón». [14] Su definición tuvo éxito entre el público, pero Ewers siguió escribiendo. Un libro tras otro.

Cuando cumple sesenta años, se afilia al NSDAP —se cuenta que Adolf Hitler en persona le da la bienvenida con un apretón de manos — y se pone a disposición de los nacionalsocialistas. Se lleva bien con Ernst Röhm, jefe de las SA, y el *Gauleiter* de Berlín, Joseph Goebbels. Escribe incluso una novela sobre Horst Wessel, el hombre de las SA asesinado, publicada en 1932. Sin embargo, un día cae en manos de Goebbels la novela *Fundvogel* [El ave encontrada], que cuenta la historia de un cambio de sexo, y entonces comienza el declive del autor hasta entonces tan mimado por el éxito. «¡Guarradas perversas!», escribe Goebbels en su diario. «Y esta bestia trabaja ahora en Horst Wessel. Hay que acabar con eso.» [15] Dos libros de Ewers acaban en la hoguera en la Opernplatz de Berlín y todos sus textos quedan prohibidos.

Cuando Martha Dodd, la hija del embajador estadounidense William Edward Dodd, conoce a Ewers a mediados de los años treinta en una fiesta, sus mejores tiempos quedan atrás. El escritor le provoca asco:

> Es un viejo con un monóculo que intenta desesperado parecer más joven; para mí, una de las personas más repugnantes que he conocido. Cuando me cogió la mano y la besó, me dio un escalofrío. La piel de las manos se le pelaba en escamas, estaba cubierta de heridas rojas y secas, las manos eran duras y asquerosas. Después no veía el momento de lavarme las mías. Era como si hubiera tocado una tortuga o un reptil especialmente repulsivo que está perdiendo la piel. También la cara parecía abotargada y con manchas, la cara de un bebedor, de un degenerado. Sus modales eran suaves, obsequiosos, de amabilidad formal, pero de una grosera impertinencia. [16]

Hanns Heinz Ewers se habría divertido tal vez ante esta drástica descripción. Tal vez.

Instrucciones de la conferencia de prensa del Gobierno del Reich, 12 de junio de 1943: «Queda prohibido informar sobre la aparición de reacciones psicopáticas, criminalidad o simulación, ni de automutilaciones entre miembros de la Wehrmacht». [17]

Quien en estos días de junio eche un vistazo a la sección de anuncios de los periódicos de Berlín podría pensar que la «guerra total» de Goebbels no ha llegado muy lejos. ¿Acaso no anunció el ministro a finales de enero que «actuaría con rigor» y que cerraría «todos los restaurantes de alta cocina, bares y locales nocturnos»? [18] Nada de eso se ha cumplido. Los populares establecimientos se anuncian como siempre para atraer a un público hambriento de distracción. Con el fin de no entrar en la categoría de «innecesarios locales de diversión», los propietarios han puesto en práctica su ingenio. El Sport-Bar en la Dorotheenstrasse se llama ahora Wiener Café, mientras el conocido Rosita-Bar se ha convertido en el Konzertcafé Rosita. En el Café Melodie han sustituido la barra por mesas corrientes, en las que se siguen sirviendo las mismas bebidas que se servían antes en la barra. Además, el dueño, Johannes Schmidt, ofrece ahora una cuidada gastronomía alemana. Esta pantomima enfurece al servicio de inteligencia de las SS. «Es evidente», señala un informe secreto, «que los locales continúan abiertos después de introducir cambios mínimos, puramente estéticos.» [19]

Por si fuera poco, en numerosos establecimientos se sigue bailando a placer. El Imperator-Bar en la Friedrichstrasse anuncia en el verano de 1943 «orquestas de primera clase», en el hotel Excelsior toca la agrupación de Mischa Lakatos, en el Café Melodie actúan dos orquestas al día, y en el Efti am Tiergarten incluso tres. [20] Todos los días, siete días a la semana.

Entre las direcciones más populares de la vida nocturna berlinesa se encuentra el Café Uhlandeck, así como el Café Melodie, ambos en la Kurfürstendamm. Como por un milagro, las bombas han perdonado hasta ahora las elegantes casas de estilo *art déco* . Desde hace dos años, Lubo D'Orio se turna para actuar con su banda en un café o en el otro. D'Orio se llama en realidad Lubomir Wapordjeff y nació en 1904 en Sofía. Estudió Música en su ciudad natal y, al igual que tantos jóvenes artistas, acabó en Berlín en busca de trabajo. Lubomir tocaba

el clarinete, el saxofón y el violín, y lo hacía tan bien que muy pronto las orquestas de la capital del Reich se peleaban por él. Así Lubomir Wapordjeff se convirtió en Lubo D'Orio. Como Bulgaria se cuenta entre los aliados del Reich alemán, puede permanecer como extranjero en Alemania también durante la guerra.

Siempre que D'Orio y su orquesta de siete miembros, entre los que se encuentra también el violinista de veintitrés años Helmut Zacharias, actúan en el Uhlandeck o en el Café Melodie, el local suele estar más lleno que de costumbre. Los músicos son conocidos por tocar realmente *hot,* algo que, por otro lado, no gusta demasiado a la policía. El swing y el jazz se consideran *undeutsch* [no alemanes], y en realidad está prohibida su reproducción, pero eso les da igual a D'Orio y a su banda. Solo en una ocasión los llevaron a una comisaría, donde tuvieron que aguantar las acusaciones de los funcionarios: que el Uhlandeck era el «mayor templo del jazz en Berlín», entre otras cosas. Sin embargo, al final los hombres quedaron libres con una amonestación. [21]

Por otro lado, Lubo D'Orio no considera una contradicción tocar *hot* y ser nazi. Hace unos años, cuando ingresó en la Unión del Reich de músicos alemanes, declaró estar afiliado a la sección exterior del NSDAP en Bulgaria desde 1933. Su número de miembro es el 91. [22]

Instrucciones de la conferencia de prensa del Gobierno del Reich, 22 de junio de 1943: « Evitar abordar el tema del trabajo a media jornada, para no hacer propaganda indeseada a su favor». [23]

Emmy Kreiten a su hijo Karlrobert, miércoles, 23 de junio de 1943:

> ¡El tiempo pasa muy despacio y te echo tanto de menos! Pero me alegro de que te envíen un pastel tan rico y de que pueda llevártelo. Pronto serán las dos y media de la noche. Ahora puede una irse a dormir con tranquilidad, ya no sonará la alarma. [24]

A las diez de la noche del 24 de junio, Victor Klemperer se encuentra de camino a casa cuando, en la Wormer Strasse, lo adelanta un puñado de jóvenes en sus bicicletas. Los chicos tienen quizás catorce o quince años. Uno se vuelve y descubre la estrella judía de Klemperer;

todos se detienen. Klemperer se acerca. En el momento en que pasa junto al grupo, le gritan:

—Le voy a dar un tiro en la nuca… Aprieto el gatillo… Colgarán en la horca al traficante…

¡Niños de catorce años! Victor Klemperer no puede creer lo que oye. [25]

«Hoy es tu cumpleaños», escribe Sophie Liebergesell el 26 de junio a su sobrino Karlrobert, «todos pensamos en ti. Esta mañana Ma ha hablado largo rato con Furtwängler. Como siempre, se mostró muy cariñoso y amable.» [26] Karlrobert Kreiten cumple veintisiete años. Es el primer cumpleaños que no puede celebrar rodeado de sus seres queridos. En lugar de eso, permanece en su celda del sótano del cuartel de la Gestapo y aguarda su suerte. Es difícil imaginar cómo se siente hoy. El padre de Karlrobert, así como la querida *Grand'maman,* se han trasladado de Düsseldorf a Berlín para estar al menos en la misma ciudad que él en su día. Solo la hermana Rosemarie sigue animando a las tropas en el frente oriental y no la esperan de regreso hasta dentro de unos días.

Karlrobert está a punto de echarse a llorar cuando el vigilante le entrega los regalos de la familia: dos camisas, un pijama, tres pañuelos, dos calzoncillos, pan de centeno y mantequilla, confitura, un pastel, fresas (abuela Sophie: «cómetelas enseguida porque les he puesto azúcar»), [27] así como libros sobre los compositores Schubert y Busoni.

«Claro que todas estas cosas le vienen bien también a mi compañero de celda», agradece Karlrobert, «con quien me llevo muy bien y que recibe también un paquetito a la semana. Es un gran alivio no tener que estar solo.» [28]

Dentro de unos pocos días, Emmy hablará de nuevo con Wilhelm Furtwängler.

«Por desgracia, la visita de Hamsun al Führer no ha ido del todo bien», anota Joseph Goebbels el 27 de junio en su diario. [29] Mientras él —Goebbels— inauguraba el día anterior la Grosse Deutsche Kunstaustellung [Gran exposición de arte alemán] en la Casa del Arte

Alemán en Múnich, el escritor noruego Knut Hamsun y Adolf Hitler se reunían en el Berghof para intercambiar ideas. Sin embargo, parece que el encuentro no salió bien. Se habla incluso de un rapapolvo que Hamsun le debió de soltar al Führer. Por lo que cuentan, Hitler abandonó la estancia hecho una furia. El incidente es más que preocupante para Goebbels, ya que sus enemigos, que no son pocos en la corte de Hitler, intentarán ahora con toda seguridad hacer responsable del escándalo al ministro de Propaganda. El hecho de que precisamente Martin Bormann, secretario de Hitler y jefe de la cancillería del partido, una persona tan influyente como intrigante, estuviera presente en el encuentro no significa nada bueno a los ojos de Goebbels. Goebbels se pregunta cómo puede haber llegado a ocurrir algo así. ¿Acaso no preparó lo mejor que pudo la reunión del dictador con el mundialmente famoso poeta? Para su seguridad, solicita el protocolo que se suele elaborar para dejar constancia de este tipo de entrevistas.

Hacía mucho tiempo que Joseph Goebbels deseaba conocer en persona a Knut Hamsun. Goebbels admira al escritor nacido en 1859, merecedor del Premio Nobel de Literatura de 1920 por su novela *La bendición de la tierra* . Goebbels se sabe de memoria este libro, así como otros títulos del autor traducidos al alemán. Hamsun es «un gigante», [30] escribe entusiasmado en su diario, «un narrador bendecido por Dios», [31] en una palabra: «el más grande de todos los escritores». [32] Después de leer por segunda vez *Vagabundos,* comenta con vanidosa humildad: «¡Fabuloso! Cuánto se puede aprender de él. Los demás somos todos unos chapuceros». [33]

No obstante, existe una razón más por la que Goebbels apoya a Hamsun: desde que Hitler llegó al poder, el noruego pasa por ser partidario y seguidor del nacionalsocialismo. Ya en 1934 dejó clara su postura. Cuando le pidieron firmar una petición en la que se proponía a su colega, el por entonces escritor preso Carl von Ossietzky, para el Premio Nobel de la Paz, declinó hacerlo: «Si el Gobierno ha decidido abrir campos de concentración, usted y el resto del mundo deberían entender que hay una buena razón para ello». [34] A Hamsun no parecía interesarle si Ossietzky sufría torturas y terribles martirios en los campos de Sonnenburg, junto a Küstrin, y Esterwegen, en el norte de Emsland. Pero, por si fuera poco, se burló del prisionero indefenso llamándolo «ese loco en el campo de concentración». [35] Para no pocos

admiradores de Hamsun, esto constituyó un pecado imperdonable, al que, por otro lado, seguirían otros. En abril de 1940 el Ejército alemán entró en Noruega y ocupó el país. También entonces Hamsun se posicionó consecuentemente en apoyo a la estrategia militar alemana e incluso recibió con buenos ojos la ocupación de su país natal. No cabe duda: Knut Hamsun es no solo como escritor muy del gusto de Joseph Goebbels.

La tarde del 18 de mayo de 1943, Hamsun y su mujer Marie visitaron al matrimonio Goebbels en Berlín. El ministro de Propaganda se mostró profundamente emocionado por el encuentro de más de dos horas con su ídolo, a pesar de que la conversación discurría con dificultad, ya que Hamsun no entiende alemán y, además, está casi sordo. Su mujer debía traducir al noruego lo que decía Goebbels y gritárselo al oído al autor. Sin embargo, también Goebbels parece haber impresionado a Hamsun. Una vez de regreso en casa, le envió su medalla del Premio Nobel como señal de aprecio: «No conozco a nadie que haya escrito y hablado con tanto tesón por el bien de Europa y la humanidad como usted, señor ministro del Reich». [36]

Cuatro semanas más tarde, Hamsun viajó a Viena para hablar como invitado de honor en un congreso de la Unión de Asociaciones Nacionales de Periodistas. En esta confederación están representados casi todos los países aliados con Alemania u ocupados por ella. El objetivo del congreso era destacar la importancia de un periodismo nacional para el resultado de la guerra. Después de unas breves palabras de saludo, Hamsun pidió a un acompañante que leyera el manuscrito de su discurso. En él Hamsun glorificó a Hitler como un «reformador» y denunció una infiltración judía en la sociedad alemana. Se oyeron desordenadas protestas de los ingleses, que alcanzaron su apogeo tras la frase: «¡Inglaterra ha de hincar la rodilla!». [37] Tormenta de aplausos.

La noticia del golpe de Hamsun se extendió a toda velocidad; también llegó al Berghof, donde acababa de llegar Joseph Goebbels para discutir con Hitler sobre algunas cuestiones de actualidad. Entusiasmado, el ministro de Propaganda le habló al Führer sobre la visita de Hamsun en Berlín, así como sobre el discurso en Viena. ¿Y si recibiera al anciano escritor para charlar con él una hora? En realidad, Hitler no tenía ningún interés en encontrarse con «líricos y épicos», como le gustaba llamarlos, pero aceptó la propuesta de Goebbels. Tal

vez sintió curiosidad, tal vez solo quisiera contentar a su ministro. Quién sabe.

El encuentro entre Hamsun y Hitler tuvo lugar al fin a primera hora de la tarde del 26 de junio. Goebbels había viajado a Múnich por otros compromisos, así que no podía asistir a la entrevista. Se extendió la alfombra roja para Hamsun y su acompañante noruego, Egil Holmboe. Además de Martin Bormann, Otto Dietrich —jefe de prensa del Reich—, el *Brigadeführer* de las SS Walter Hewel y varios funcionarios de la cúpula del Ministerio de Propaganda, también estuvieron presentes incluso las secretarias de Hitler y uno de sus oficiales adjuntos, así como su ayudante de cámara. En total debía de haber unas doce personas en la estancia cuando Hitler entró en la amplia sala del Berghof y saludó a Hamsun. Después de que les sirvieran té y galletas, Hitler le dijo a su invitado:

—Me siento, si bien no por completo, fuertemente unido a usted; nuestras vidas son tan similares, en cierto modo. [38]

Sin embargo, Hamsun no tenía ganas de charlas superficiales. Quería hablar sobre política, en especial sobre el comisario del Reich Josef Terboven, designado por Hitler y odiado por los noruegos debido a su brutalidad. Hitler no había contado con eso. Cuando emprendió un monólogo, Hamsun lo interrumpió:

—Su forma de ser no va con nosotros. No soportamos ese carácter prusiano, ¡y luego están los fusilamientos! ¡Estamos hartos! [39]

Hitler no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran e intentó continuar su soliloquio sobre la «lucha decisiva» de Europa, pero Hamsun no se rendía:

—¿Por qué tenemos que vivir los noruegos con esta inseguridad?

A Hitler se le había acabado la paciencia.

—No existía ninguna necesidad de constituir un gobierno en Noruega —ladró a su invitado—, si lo hicimos fue por buena voluntad. De cualquier modo, los lloriqueos de los países ocupados son totalmente irrelevantes en comparación con el enorme sacrificio de sangre que tiene que realizar el pueblo alemán.

—Es como si estuviéramos hablando solos —replicó Hamsun descontento.

Hitler había tenido suficiente.

—Sí, de modo que: caballeros —dijo, se levantó y abandonó la sala.

La audiencia había terminado. [40]

Una vez que Hamsun y Holmboe hubieron abandonado el Berghof, Hitler estalló de rabia y gritó que no deseaba volver a hablar con «ese tipo de gente» jamás.

Joseph Goebbels ya ha recibido el protocolo del encuentro. «Es una auténtica vergüenza», escribe en su diario. «Hamsun ha intentado poner al Führer contra las cuerdas.» Y continúa: «Su mayor reproche fue que Terboven es una persona sin estudios. Claro que eso sacó al Führer de sus casillas, sobre todo porque no podía negarlo por completo». [41]

Un baile al borde del abismo



El saxofonista italiano Tullio Mobiglia y su orquesta se cuentan entre las estrellas de la vida nocturna de Berlín. En la primera mitad del año 1943 actúan casi a diario en el Konzertcafé Rosita en la Bayerischer Platz. «¿Ya tiene planes para más tarde? Al señor Mobiglia le gustaría conocerla.»

El 3 de julio de 1943 Karlrobert Kreiten lleva ya casi nueve semanas arrestado. Cuando el vigilante le lleva el almuerzo a las doce han pasado, para ser exactos, sesenta y un días y cuatro horas. Claro que Karlrobert tiene miedo de lo que esté por llegar. Sin embargo, lo que más le enoja de su situación en estos momentos es el valioso tiempo que está perdiendo. Nueve semanas de su vida en las que se ve obligado a permanecer entre rejas en lugar de ocuparse de su música y de dar conciertos. A veces también le resulta insoportable la falta de perspectiva: no saber cómo continuará su caso.

A través de las ventanas del sótano, por las que entra algo de luz diurna en las celdas, se ven las botas de los hombres de las SS que patrullan el edificio. Algunos prisioneros intentan distraerse contando los pasos de los guardias y formando luego pares de números amigos con los que jugar mentalmente. De vez en cuando se oyen en medio de la noche pasos que se acercan para detenerse de pronto ante una de las celdas. Una llave gira en la cerradura, los centinelas ordenan a uno de los reclusos que los acompañe. Horas más tarde se repite el proceso; la persona que antes recogieron regresa a su mazmorra. Cuando los agentes se alejan, se oye a través de las paredes el quedo sollozo del torturado. Karlrobert se ha librado hasta ahora, gracias a Dios, pero ¿por cuánto tiempo?

Generalmente, los presos de la *Hausgefängnis* pueden salir al patio media hora cada dos días. Durante ese tiempo no les permiten hablar entre sí. Sin embargo, en cuanto se distraen los guardias, los reclusos intercambian en secreto algunas palabras: de qué centinela hay que cuidarse, qué funcionario tiende a hacer la vista gorda y otras cosas más. Entre los hombres y mujeres que se encuentran en el patio hay algunos extranjeros: checos, franceses, húngaros. A pesar de que todas estas personas no se conocen y no saben nada los unos de los otros, están condenados a compartir un destino.

A diferencia de algunos presos, Karlrobert disfruta de ciertos

privilegios. Le permiten recibir alimentos y objetos de necesidad personal, y también puede, por lo general, salir a tomar aire todos los días. No obstante, los sesenta y un días y cuatro horas y la incertidumbre constante son una pesadilla en sí misma. ¿Cuándo acabará?

De repente, la cosa va más rápido de lo esperado. Después de interrogar a Karlrobert durante semanas, Otto Prochnow cree saber exactamente qué ocurrió en marzo en el piso de Ellen Ott-Monecke. Al fin y al cabo, el acusado ha confesado haber hecho las declaraciones que se le imputan, a pesar de que no quería decir lo que se le entendió. Para Prochnow, el caso Kreiten está resuelto. No le importa la motivación que llevó a Karlrobert a expresarse como lo hizo, ni la seriedad de sus palabras; el hecho es que llevó a cabo dichos comentarios, y eso es lo decisivo para Otto Prochnow. En cuanto a la valoración de los actos de Karlrobert, se trata de una cuestión que debe decidir el tribunal, en opinión de Prochnow. De modo que escribe su informe final, y el 6 de julio de 1943, un martes, el juzgado de primera instancia de Berlín emite una orden de detención. Ese mismo día, Karlrobert Kreiten abandona la custodia de la Gestapo e ingresa en la prisión policial en la Alexanderplatz.

La «Rote Burg» [Castillo Rojo], como se conoce la cárcel policial de Berlín en el lenguaje popular, sirve, por lo general, como estación de paso para los otros centros penitenciarios de la capital del Reich. Para quien se encuentre aquí dentro lo peor suele estar aún por venir. Karlrobert acaba en una celda común, hacinado con otras ciento cincuenta personas. El aire es asfixiante y huele a sudor. Se oyen todos los idiomas posibles, ya que entre los reclusos hay también extranjeros que han caído de algún modo en las redes de la policía. Aunque se alegre de haber abandonado el cuartel de la Gestapo, Karlrobert, siente que su nuevo paradero es la antesala del infierno. Pasea la mirada en torno suyo. Ve rostros marcados de heridas; algunas personas lloran, otras dan impresión de apatía, la mayoría parece atemorizada. En medio de esta multitud Karlrobert descubre de repente a un hombre que cree conocer. Al principio solo lo ve de perfil, pero cuando se le acerca, el hombre se vuelve y ambos se miran a los ojos. Es un amigo de Karlrobert, Pál Kiss.

Pál tiene nueve años más que Karlrobert y es también pianista. Nacido en la húngara Tolna, vive en Berlín desde finales de los años veinte. Aquí estudió en el Stern'sche Konservatorium con Claudio Arrau, que se convertiría más tarde también en profesor de piano de Karlrobert. Después de ganar el Premio Mendelssohn en 1932, comenzó una exitosa carrera que lo llevó incluso a grabar discos en Londres. Tocó con la Filarmónica de Berlín y, el año anterior, con la Orquesta Estatal de Prusia bajo la batuta de Herbert von Karajan. Con el tiempo, Pál y Karlrobert, ambos contratados por el famoso gestor de conciertos Curt Winderstein, se conocieron y entablaron amistad. Como no comparten repertorio, hasta ahora nunca se han importunado el uno al otro en su carrera profesional. Pál adora la música de Haydn, Mozart, Bartók y Kodály, mientras que Karlrobert aprecia, junto a Chopin, a compositores como Debussy, Ravel y Prokófiev. Aun así, ambos sienten igual devoción por las piezas para piano de Franz Liszt.

Es posible imaginar cómo los reclusos Pál Kiss y Karlrobert Kreiten se acuclillan ahora juntos en la prisión policial de Berlín y se cuentan sus historias. También a Pál lo han denunciado, si bien por diferentes motivos que a Karlrobert. Alguien descubrió su gran secreto, uno que él había logrado ocultar por mucho tiempo y con gran éxito: Pál Kiss es judío. El camuflaje funcionó varios años casi a la perfección, ya que Pál se presentaba como un artista ejemplar que incluso daba conciertos en beneficio de las juventudes hitlerianas. Sin embargo, cuando se mudó con su novia «aria» Charlotte an der Heiden a una vivienda en común, lo acusaron de repente de cometer *Rassenschande* [desgracia racial]. El 2 de junio lo detuvieron. Pál no tiene ni idea de quién ha podido traicionarlo. No entiende nada y se lamenta: «¿Por qué me tienen que castigar con la muerte», escribe en una carta, «solo porque no nací en una familia que cumpliera los requisitos actuales? ¿Por qué he de compartir el destino de una raza a la que no me unía ni me une lazo alguno?». [1]

El 8 de julio, es decir, al cabo de solo dos días, trasladan a Karlrobert de nuevo, esta vez a la prisión en la Lehrter Strasse, en el barrio Moabit. Pál Kiss permanece en la cárcel en la Alexanderplatz.

Karlrobert Kreiten a sus padres, jueves, 8 de julio de 1943:

> Habéis hecho un gran trabajo encontrándome tan rápido. Ahora he de tener paciencia unos pocos días más. Me alegro de no estar ya con la Gestapo, porque ahora mi caso avanza ya por las vías judiciales y en algún momento llegará un veredicto. [...] Estuve 2 días en la Alexanderplatz. Ya os contaré a quién me encontré allí. [...] Aquí tengo una agradable y pequeña habitación con vistas a los andenes de la estación de Lehrter y me siento bastante bien. Solo que no pasa una noche sin pulgas. [...] ¿Cómo estáis todos? ¿Ya ha regresado Rosemarie? ¿Tenéis suficiente espacio en el piso? ¡¡Qué alegría cuando pueda estar otra vez allí con vosotros!! Pronto dejaré de creer que algún día vuelva a estar en libertad. ¡Más de 2 meses de prisión preventiva es mucho tiempo! [2]

Cuando Tullio Mobiglia llegó a Berlín hace más de dos años y se estableció aquí, comenzó una nueva era para no pocos amantes de la música. El italiano de treinta y dos años —elegante porte, cabellos peinados hacia atrás con estricta precisión y bigote de pincel— es uno de los mejores saxofonistas de jazz y directores de orquesta de su tiempo. Sin embargo, en un principio nadie habría podido vaticinar su éxito. Nacido en Carezzano, un pueblucho tranquilo en el norte del Piamonte italiano, Tullio recibió una sólida formación en el conservatorio de Génova, pero luego tuvo que dedicar sus primeros años a compromisos irrelevantes para mantenerse a flote. Viajó unas pocas veces a Estados Unidos como miembro de una orquesta de barco, después actuó un tiempo en el casino de San Remo. No fue hasta su llegada a Berlín cuando surgió la chispa y, desde entonces, su carrera solo conoce una dirección: hacia arriba. Sí, parece que el público de la capital lo hubiera estado esperando únicamente a él.

En el verano de 1943, Tullio Mobiglia y su sexteto tocaban en el Konzertcafé Rosita en la Bayerischer Platz. Hasta hace poco, toda la ciudad conocía este local como Rosita-Bar, pero el propietario cambió el nombre del establecimiento para evitar que las autoridades lo cerraran. Desde que Goebbels proclamó la «guerra total», la vida nocturna es víctima de una estricta vigilancia. Sin embargo, aparte del nuevo nombre, el sitio no ha cambiado mucho.

La manera en que tocan Tullio Mobiglia y sus hombres está en boga en Berlín. A menudo se trata de jazz americano tradicional que él disfraza con algún título alemán inventado. [3] La canción «Joseph, Joseph» de las famosas Andrew Sisters se convierte en «Sie will nicht Blumen und nicht Schokolade» [Ella no quiere flores ni chocolate]. [4] La pieza original está prohibida en Alemania, ya que tanto los escritores del texto, Sammy Cahn y Saul Chaplin, como la

compositora, Nellie Casman, son judíos. Sobre la canción «A-Tisket, A-Tasket», de Ella Fitzgerald, Tullio aplica sin dudarlo las líneas de una canción infantil: «Laterne, laterne» [Farol, farol]. Por si acaso, los músicos cortan los encabezados de las partituras para que los títulos originales queden indescifrables. Por supuesto, la Cámara de Música del Reich inspecciona el bar con regularidad. A pesar de eso, por lo general se reconoce a los controladores desde lejos, con sus maletines y sus caras agrias, de manera que el estudiante que esté haciendo guardia en esos momentos frente a la puerta tiene siempre suficiente tiempo para avisar a los músicos. Cuando los agentes entran en el bar suena «You Can't Stop Me from Dreaming», convertido en «Rosamunde». [5]

Tullio se describe a sí mismo como el saxofonista más guapo del mundo. Antes de todas sus actuaciones se peina el bigotito negro que perfila su labio superior. Cuando sale al pequeño escenario con su americana blanca, el público ya está rendido a sus pies. Hasta hace poco, el guitarrista Heinz Schumann pertenecía también a la banda de Tullio. El berlinés de diecinueve años aprendió primero fontanería, pero su mayor pasión era el swing. Antes de formar parte de la orquesta de Tullio, Heinz ya tenía algunas actuaciones en su haber, por lo que era conocido en algunos locales. Tullio se limitaba a decir que era de Milán. El hecho de que no hablara ni una palabra de italiano pero sí un cerrado berlinés no interesaba a nadie. Sin embargo, había algo que nadie podía descubrir: Heinz era judío.

Durante las pausas, Tullio enviaba a su atractivo y joven amigo a determinadas mesas, para que hiciera la corte a las damas allí sentadas. «¿Ya tiene planes para más tarde?», preguntaba entonces Heinz. «Al señor Mobiglia le gustaría conocerla.» [6] Un día conoció a una francesa que no sabía pronuncia la «h» de Heinz y que lo bautizó entonces con el sobrenombre de «Coco». Sin embargo, en marzo de 1943 el disfraz cayó de repente. Heinz Schumann fue arrestado y deportado al campo de concentración Theresienstadt.

El éxito de Tullio en Berlín no se le pasa por alto al director de Deutsche Gramophon y su empresa afiliada. Este año, «Tullio Mobiglia und sein Bar-Orchester», como pone en las etiquetas de los discos de goma laca, ha hecho ya unas diez grabaciones. La última sesión tuvo lugar a principios de junio, pero ese día también grabaron el foxtrot «Melodía en F». Se trata de una versión de la obra homónima para

piano de Antón Rubinstein. Sin embargo, Tullio la interpreta con tanto swing que el resultado parece una pieza completamente nueva. De cualquier modo, nadie debería percatarse de que se trata de un homenaje secreto al gran compositor y pianista ruso del siglo XIX. Rubinstein era judío y su música está prohibida en el Tercer Reich.

Cada dos por tres llegan hasta Joseph Goebbels quejas de que la orquesta toca demasiado *hot* . Al principio las considera exageradas, pero cuando Hans Hinkel, uno de sus trabajadores de más confianza, viene con la misma cantinela, Goebbels escucha a mediados de mayo de 1943 algunos discos. «Es cierto que la música es moderna, pero no la llamaría *undeutsch»,* apunta el ministro en su diario. «Si solo nos guiáramos por los deseos de los burgueses y los antiguos, la música alemana se habría acabado con la polka renana y el vals.» [7]

La cárcel en la Lehrter Strasse se edificó en la década de 1840. En aquella época se consideraba un paso muy avanzado alojar a los presos en celdas individuales en lugar de en espacios comunes como hasta entonces. Por muy moderna que fuera en su momento, la sólida construcción con las cinco alas en forma de estrella está hoy ajada sin remedio.

La institución consiste en cuatro plantas que rodean un alto patio de luces. Entre los pisos se han instalado redes de alambre para que los posibles suicidas desistan de saltar. Las celdas individuales miden unos diez metros cuadrados y están equipadas con una cama de hierro, una pequeña mesa, un taburete y una especie de armario. No cuentan con agua corriente ni retrete; los presos tienen que lavarse con el agua de un cántaro de piedra y usar un cubo.

Las celdas, al igual que el edificio entero, tienen un aspecto descuidado y sucio. La calefacción está anticuada y en invierno falla constantemente, de modo que es imposible calentar por mucho tiempo la vieja mole, menos aún durante heladas severas. En los gruesos muros se ha extendido la humedad, que apesta a moho. También agobia el ruido ensordecedor: las voces, los portazos, golpeteos, el ruido de llaves… Todo retumba sin obstáculo a través de las plantas abiertas. Especialmente desagradables para los reclusos resultan los omnipresentes chinches. En las armaduras de hierro de las camas, en las rendijas de las puertas o entre las grietas de los muros: esos bichos

anidan por todas partes. Hace unos pocos años, la dirección de la cárcel intentó acabar con ellos mediante unos polvos venenosos, aunque sin éxito. Fue imposible vencer a la plaga de chinches, así que al fin capitularon. Casi todos los prisioneros se quejan de piernas o brazos cubiertos de picaduras, algunos sufren reacciones alérgicas y les salen hinchazones.

La jornada en la prisión de la Lehrter Strasse no tiene parangón en cuanto a monotonía se refiere. Karlrobert se levanta en torno a las seis de la mañana y ejercita un poco los dedos. Para ello se imagina que la mesa de su celda es un piano de cola y la superficie, el teclado. Se sienta enfrente, coloca las manos sobre el mueble y mueve los dedos como si estuviera tocando un instrumento de verdad. Bach, Mozart, Chopin, Liszt o Ravel: como Karlrobert se sabe de memoria todo su repertorio, no necesita ninguna partitura. Ensayando de este modo tan insólito intenta mantenerse en forma para el momento en que lo liberen, cuando por fin vuelva a dar conciertos. A las siete llega el desayuno, que consiste en sucedáneo de café y una rebanada de pan seco. Cada dos días lo acompaña una cucharada de melaza. A las doce le traen un cuenco de sopa. Los presos tienen que realizar trabajos forzados varias horas al día. Algunos cortan y empaquetan papel higiénico, otros fabrican cepillos y escobas, y otros más elaboran esterillas de paja. Karlrobert hace bolsas con forro interior.

La cena de las seis de la tarde contiene de nuevo una rebanada de pan acompañada de una taza de café aguado. Tres veces a la semana una sopa sustituye el sucedáneo de café, y a veces se descubre en la bandeja un pedacito de salchicha, si bien a menudo maloliente. No son pocos los reclusos que pierden entre quince y veinte kilos en un mes. Al contrario que en la prisión de la Gestapo en la Prinz-Albrecht-Strasse, aquí Karlrobert no puede recibir nada de comida. Tiene que sobrevivir con lo poco que le dan allí. Por lo general, se va a la cama con hambre.

Cuando Emmy, Sophie y Rosemarie llegan en tren urbano procedente del oeste a la parada de Lehrter Stadtbahnhof, la prisión se yergue inmensa a su izquierda. Una oscura construcción de ladrillo recocido que recuerda a una enorme ciudadela con sus torres, sus almenas y sus troneras, así como sus imponentes puertas. En algún lugar detrás de

los altos muros está Karlrobert, que aguarda impaciente la visita de su madre, su abuela y su hermana. A diferencia de los calabozos en la Prinz-Albrecht-Strasse, aquí está generalmente permitido recibir visitas de familiares una vez al mes, si bien estos tienen que solicitar un permiso de visita a la fiscalía responsable. En caso de que se conceda, lo que ocurre de manera totalmente caprichosa, ya que las autoridades no están obligadas a hacerlo, los familiares reciben un papel llamado «permiso para conversar», con el que tienen que personarse en la cárcel un día determinado. Este martes, 13 de julio de 1943, ha llegado ese día por fin.

Las tres mujeres avanzan por la Lehrter Strasse hacia la entrada principal del edificio. Con cada paso que dan aumenta la ilusión por el reencuentro y, al mismo tiempo, la preocupación de tener que dejar a Karlrobert allí solo de nuevo después de la visita, de que no pueda simplemente volver con ellas a casa. ¿Qué aspecto tendrá? ¿Cómo le habrán tratado estos últimos meses en prisión? Emmy pudo encontrarse un momento con su hijo en la cárcel de Heidelberg, pero Sophie y Rosemarie no lo ven desde principios de mayo.

A la izquierda de la entrada hay una oficina en la que los visitantes tienen que informar de su llegada. Después, un funcionario los conduce a través de un patio hasta una puerta de cristal: la verdadera entrada principal de la prisión. Allí han de personarse en otro despacho y mostrar su permiso de visita. Una vez que se comprueba su validez —el proceso parece durar una eternidad—, llevan a Emmy, Sophie y Rosemarie a una sala de reuniones. En la habitación no hay más que unas pocas sillas y las ventanas, al igual que todas las demás del edificio, están enrejadas. Un policía recuerda a las mujeres de nuevo que no está permitido hablar del caso. Ni una palabra sobre la acusación que pende sobre el recluso, sobre la investigación o el arresto. Si esto no se cumple, la visita se interrumpirá de inmediato. Luego abandona la sala. Unos minutos más tarde se abre la puerta y Karlrobert entra escoltado en la habitación.

En Bayreuth se inaugura el 15 de julio el Festival de Música Richard Wagner de este año. Por deseo expreso de Hitler, Wilhelm Furtwängler es el director de orquesta y los decorados son obra de Wieland, sobrino de Wagner. Al ser lo que se denomina «festival en tiempos de

guerra», los conciertos tendrán lugar ante un público escogido. Se trata sobre todo de soldados heridos acompañados del personal sanitario correspondiente, así como trabajadores de la industria militar, aunque su transporte a la provincia de Franconia exige mucho esfuerzo. El propio Hitler ha cancelado su participación por compromisos relacionados con la guerra; su última visita a Bayreuth fue en el verano de 1940.

Furtwängler ha pasado por algunas turbulencias personales. El divorcio de su primera mujer, Zita —la pareja vivía separada desde 1931—, avanzaba con tanta dificultad que al final tuvo incluso que pedir ayuda a Joseph Goebbels. «Tiene algunos problemas familiares», anota el ministro con sequedad en su diario a finales de mayo. «Lo ayudaré a superarlos.» [8] Goebbels mantiene su palabra. Así Furtwängler quedó libre para casarse con su nuevo amor, Elisabeth Ackermann. Pocos días antes del Festival de Bayreuth, la pareja —la novia tiene treinta y dos años, el novio, cincuenta y siete— se casa en Potsdam. Hitler sabe lo que vale Furtwängler, de modo que el regalo de bodas ha de estar en consonancia. «El Führer quiere regalarle una casa», escribe Goebbels. «Tiene en muy alta estima a Furtwängler. Lo considera el primer músico de la nación.» [9]

La política cultural nacionalsocialista necesita estrellas internacionales como Wilhelm Furtwängler, que es plenamente consciente de su posición excepcional. El hecho de que sea indispensable le permite acceder a Hitler y a Goebbels cuando quiera, también para asuntos personales. Así, el director de orquesta mantiene desde hace bastante tiempo una reyerta con su joven colega Herbert von Karajan, cuyo éxito en la capital del Reich es una espina para él. Furtwängler se ha presentado ya varias veces en el Ministerio de Propaganda para quejarse de Karajan con amargura. «La pelea entre Furtwängler y Karajan no tiene fin», se lamenta Goebbels el 13 de julio. «Estos directores de orquesta empiezan a ponerme enfermo con sus aires de *prima donna.*» [10]

No se sabe si Wilhelm Furtwängler —«el primer músico de la nación»— intercedió por Karlrobert Kreiten ante Goebbels o ante Hitler. En cualquier caso, ni en los diarios de Goebbels ni en los de Furtwängler se menciona intercesión alguna.

Emmy Kreiten a su hijo Karlrobert, sábado, 17 de julio de 1943:

> Mi querido niño:
>
> Estás muy pálido, voy a pedirle un certificado médico al doctor de Estrasburgo que te auscultó y te hizo una radiografía la última vez. Esperamos que te den algo más de alimento cuando vean que no estás bien de los pulmones. Nos gustaría traerte algo al menos una vez por semana, pan, mantequilla, etcétera, pero está prohibido. Solo de pensar en esto yo tampoco soy capaz de comer apenas. Ay, cariño, todos lo estamos pasando tan mal, en especial *Grand'maman* y papá están muy preocupados por ti. [11]

En la Lothringer Strasse, no muy lejos de la orilla del Elba a su paso por Dresde, Victor Klemperer se cruza con un anciano. Va bien vestido —parece un alto funcionario retirado—, lleva una perilla blanca y aparenta unos setenta años. El desconocido se acerca decidido a Klemperer de tal modo que este no puede sortearlo. Entonces le tiende la mano y le dice con solemne dignidad:

—He visto su estrella y lo saludo. Repruebo este ostracismo de una raza y muchos otros hacen lo mismo.

—Muy amable —responde Klemperer agradecido—. Pero usted tiene prohibido hablar conmigo; a mí podría costarme la vida y a usted llevarlo a la cárcel.

El hombre responde: solo deseaba —y debía— decírselo. Luego sus caminos se separan. Ocurrido el 18 de julio de 1943. [12]

Karlrobert Kreiten a sus padres, jueves, 22 de julio de 1943:

> Después de vuestra visita estuve todo el día de buen humor, pero al día siguiente me sentí con la moral baja. Sin embargo, ahora estoy sereno de nuevo y espero veros a los dos y a todos mis seres queridos en libertad antes de que acabe el año. [...] El jueves de la semana pasada estuvo aquí el abogado. Solo hablé un poco con él. Creo que primero tiene que leer las actas y luego le podré explicar todo con detalle. [13]

Agonía



En algún lugar de Berlín. Los transeúntes leen una disposición oficial en una columna de anuncios. «Para el término “evacuado” se ha de emplear “trasladado a otra residencia”.»

«Sobre Berlín pesa un caluroso y sofocante día de verano», escribe Joseph Goebbels en su diario el 29 de julio. «La atmósfera está como cargada de electricidad. Las noticias nos desbordan.» [1] Los hechos a los que Goebbels alude con cautela: en la capital del Reich ha estallado el pánico. La noche del 25 de julio, las fuerzas aliadas comienzan la Operación Gomorra, una serie de duros ataques aéreos sobre Hamburgo que, en menos de una semana, reducen a cenizas un sesenta por ciento de la ciudad. Bombas incendiarias de fósforo provocan tormentas de fuego que no se extinguen en varios días. Miles de personas mueren abrasadas, se asfixian o fallecen en los refugios antiaéreos. Se suceden escenas terribles en las que personas en llamas saltan desesperadas a los canales de la ciudad.

Un gran número de berlinesas y berlineses ven en la destrucción de Hamburgo un mal presagio. Si bien el principal puesto de vigilancia antiaérea del Ayuntamiento de Berlín ha registrado ya ciento veinte alarmas aéreas desde el comienzo de la guerra, la ciudad junto al Spree se ha salvado hasta el momento de una catástrofe como la sufrida en Hamburgo. Sin embargo, ahora cabe preguntarse: ¿será Berlín la próxima? ¿Y si no dejan piedra sobre piedra, como en Hamburgo? La incertidumbre de no saber si tendrá lugar un ataque o cuándo se producirá destroza los nervios de los ciudadanos.

El régimen incluso aviva el pánico de manera involuntaria cuando, el 1 de agosto, Goebbels, en su función como comisario del Reich para la Defensa, ordena arrojar en toda la ciudad octavillas que animan a la población a abandonar Berlín. Los rumores brotan y se multiplican como setas: el Gobierno ya no puede enfrentarse a los ataques, Berlín está perdida, sálvese quien pueda. Decenas de miles de personas abarrotan las estaciones de trenes de larga distancia y esperan conseguir un billete. Reina el caos.

¿Y Goebbels? Desde principios de mes parece que ya no tiene la sartén por el mango. «Los sucesos de esta semana le han quitado el

habla a él también»: los informes secretos de las SS citan esta opinión ampliamente extendida entre los ciudadanos. [2] Sin embargo, al ministro le da igual. Goebbels prefiere dejar de prestar atención a determinados avisos: «Los ingleses recuperan fuerzas para pulverizar Berlín. Dicen que a la capital del Reich solo le queda una o dos semanas de vida. Pero han afirmado eso tantas veces que creo que solo quieren destrozarnos los nervios. De cualquier modo, voy a ordenar que no me pasen más noticias de este tipo. No pienso dejar machacarme los nervios por periodistas ingleses». [3]

También Theo Kreiten ha llegado a Berlín desde Düsseldorf, pues el 4 de agosto, un miércoles, Emmy, Rosemarie y él tienen otra visita en la cárcel. Cuando Theo ve a su hijo por primera vez desde que lo arrestaron, se siente conmocionado y apenas consigue reprimir las lágrimas. «¿Tenéis un bocadillo para mí?», es lo primero que Karlrobert pregunta a sus padres. [4] Con enorme esfuerzo consigue Theo ocultar su angustia; lo último que quiere es cargar a su hijo con el peso de su propio desaliento. Solo una vez que han regresado de la cárcel al piso de Karlrobert en la Motzstrasse lo invaden los sentimientos. La imagen de su hijo deprimido y en los huesos en esa prisión hace que se derrumbe en el sentido literal del término. Emmy no está mucho mejor. «Mamá tiene muy mal aspecto últimamente», confía Rosemarie a su hermano en una carta, «¡se fue a la cama a las 2:30 y a las 7 ya estaba levantada de nuevo!» [5]

Para colmo de males, ahora los Kreiten tienen que organizar su evacuación de Düsseldorf. Si bien la casa en la Rochusstrasse se ha salvado hasta ahora de las bombas, después de que los últimos ataques hayan convertido el centro histórico de Düsseldorf en un campo de escombros, solo parece cuestión de tiempo que las bombas los expulsen a ellos también. Por eso, la familia quiere mudarse con todas sus pertenencias a Obermodern, en Alsacia, a la que los unen lazos familiares. Allí, a los pies de los Vosgos, esperan estar a salvo. Emmy y Theo regresarán a Renania dentro de una semana para comenzar con los preparativos, mientras Rosemarie se queda apostada en Berlín.

La planeada mudanza llega en muy mala hora, ya que la situación judicial de Karlrobert sigue sin aclararse. Además, todos aquellos que podrían interceder por él han desaparecido. El

responsable de asuntos culturales Wilhelm Raupp había escrito al menos una carta a finales de mayo al *Gauleiter* de Düsseldorf, pero este solo le había respondido con largas. Después de perderlo todo y librarse por los pelos de la muerte el 12 de julio durante el bombardeo más duro sufrido por Düsseldorf hasta la fecha, Raupp ha huido con su mujer a Silesia; bastante tiene con lo suyo en estos momentos. Del *Gauleiter* Friedrich Karl Florian no se puede esperar nada, del alto consejero del Gobierno Martin Miederer no han vuelto a recibir noticias, y también Wilhelm Furtwängler guarda silencio.

Poco antes de que Emmy y Theo partan de Berlín, contratan a un abogado más, el doctor Kurt Behling. Nacido en 1906, este jurista apoyará a su colega Paul Stenig durante la preparación del esperado proceso. En realidad, no hace mucho tiempo que Behling se juró a sí mismo no volver a aceptar un caso de delito político. Después de trabajar cinco años como abogado defensor en el Tribunal Popular, a principios de 1943 tenía los nervios destrozados. No soportaba ya la ira y los bramidos de Freisler, ni el hecho de que este humillara constantemente a los acusados y pervirtiera la ley. Entonces se encontró un día por casualidad con el anciano jurista *Geheimrat* doctor Hans Ponfick. «¿Qué pensaría usted de un médico que se negara a entrar en un lazareto?», le preguntó este. [6] Después de este encuentro, el esbelto y delgado caballero de frente alta retomó su actividad como abogado defensor.

Emmy Kreiten a su hijo Karlrobert, viernes, 6 de agosto de 1943:

> Igual que estábamos contentos de volver a verte, sobre todo papá, que hacía tanto tiempo que no te veía, ¡igual nos dolió el corazón también de verte tan pálido y demacrado! Estabas acostumbrado a una comida buena, abundante y sustanciosa, y también en el cuartel de la Gestapo recibías muchos paquetes de alimentos, así que el cambio fue demasiado severo para ti y tu estado de salud. [...] Olvidé preguntarte si ya puedes dormir por las noches o si aún tienes chinches. También puedes informar de eso a la dirección, me han dicho. Esta mañana estuve en Alt-Moabit, muy cerca de ti. Sin que yo lo notara, con la cabeza en otro sitio, me encontré de repente en el número 3 de la Lehrterstrasse. Me quedé allí largo tiempo observando el edificio, pero por más que busqué no distinguí ningún III o IV piso en el que se supone que estás alojado. La construcción entera cuenta solo con dos plantas, ¡a excepción de una torre! Sobre las ramas más altas de un árbol alto y verde junto a la parada del tranvía maullaba un gatito. Fíjate: ¡él también estaba atrapado, el pobre! [7]

A primera hora de esta mañana de domingo, Ruth Andreas-Friedrich y su compañero Leo Borchard se ven arrancados del sueño con brusquedad. En la calle frente a su casa se oyen botas, luego suena un redoble de tambores como el de un desfile militar. Ruth y Leo yacen en su cama uno frente al otro. Abren soñolientos los ojos y se miran. Es el 8 de agosto de 1943.

—¡Berlineses! ¡Berlinesas! —grita alguien fuera con voz ronca—. El enemigo persiste despiadado en su terror aéreo contra la población civil alemana. Se requiere con urgencia y en interés de todos que quien no esté obligado a permanecer en Berlín por motivos profesionales o de otra índole, es decir: mujeres, niños, jubilados, etcétera, se traslade a zonas menos amenazadas por un ataque aéreo. [8]

Entretanto, el espectáculo también ha despertado a la hija de dieciocho años de Ruth, Karin.

—¿Habéis oído? —pregunta elevando la voz desde la habitación contigua—. El señor Goebbels se pone nervioso en Berlín.

—Yo me quedo aquí —dice Ruth, tan decidida como soñolienta.

—Yo también —farfulla Leo, y se gira hacia otro lado.

«Volviendo a casa me ofendieron unos insultos de un muchacho bien vestido y de aspecto inteligente de unos once o doce años», se lamenta Victor Klemperer el 17 de agosto en su diario. El chico parece proceder de una casa respetable. Si Hitler no fuera canciller, el profesor Klemperer no estaría obligado a llevar una estrella judía ni a pasearse en pantalones dados de sí. Se vería que se trata de un caballero importante. Probablemente ese mocoso le saludaría con un cortés «¡Buenos días, profesor!». Quizás incluso acudiría dentro de unos años a las clases del profesor Klemperer sobre literatura francesa. Sin embargo, los nazis están en el poder, así que el niño grita: «¡A matarlo! ¡Un viejo judío, un viejo judío!». Cuando llega a casa, el suceso no lo deja tranquilo. «Ese chico ha de tener padres que apoyen lo que enseñan en la escuela y en los *Pimpfen* [sección para niños de entre 10 y 14 años dentro de las juventudes hitlerianas].» [9]

Por la radio transmiten el 19 de agosto a las 20:20 h una grabación de *Variationen über ein Kinderlied* [Variaciones sobre una nana infantil]

para piano y orquesta op. 25, de Ernst von Dohnányi. Dohnányi estudió con un alumno de Franz Liszt y es uno de los pianistas más famosos de la actualidad. También es un compositor de éxito, ya que sus sinfonías, conciertos para piano y piezas de música de cámara disfrutan de gran popularidad y son interpretadas por los músicos más prestigiosos. El hijo de Ernst von Dohnányi, Hans, es jurista y ha trabajado hasta hace poco contra Hitler. El 5 de abril, sin embargo, fue arrestado por la Gestapo y se encuentra detenido desde entonces.

La grabación transmitida esta tarde se tomó el 6 de abril en la Haus des Rundfunks de Berlín. Toca la Orquesta Sinfónica de Radio de Berlín, bajo la dirección de Walter Lutze. El pianista se llama, por cierto, Pál Kiss, que sigue preso en la cárcel policial en la Alexanderplatz.

Karlrobert Kreiten a su familia, viernes, 20 de agosto de 1943:

> El otro día recibí las cartas de mamá, de Anneli y de la abuela desde Düsseldorf. Fue para mí como un día festivo, porque vuestras cartas son mi única alegría aquí dentro. Fuera vuelve a hacer buen tiempo y calor. Mariposas amarillas revolotean en el huerto y llegan a veces hasta mi ventana. Oh, libertad, ¡eres la mayor felicidad!
>
> Ya voy mejor con la comida. Por desgracia, nunca me dan ensalada o algo de verdura, así que la alimentación (pan y sopa, y patatas una vez a la semana) no es muy equilibrada.
>
> Por cierto, querida mamita, tienes razón. Los 4 edificios A, B, C, D solo tienen 3 plantas, pero el sótano también cuenta, así que son 4 en total. Los muros son tan gruesos que durante una alarma aérea no existe ningún peligro, a menos que la bomba nos caiga encima. Pero de algo así tampoco estás seguro en el sótano. [...] No quiero hablarle al médico de mis problemas de estómago. Espero no estar aquí encerrado mucho más tiempo. ¡Qué ganas tengo de trabajar y de dar conciertos de nuevo! [10]

Instrucciones de la conferencia de prensa del Gobierno del Reich, 20 de agosto de 1943: «Para el término “evacuado” se ha de emplear “trasladado a otra residencia”». [11]

Informes sobre la alarma aérea n.º 126 el lunes, 23 de agosto de 1943, y el martes, 24 de agosto de 1943:

> Oscurecimiento de las ventanas: 23:27 h
>
> Peligro aéreo: 23:35 h

Alarma aérea: 23:41 h
Fin del peligro aéreo y cese de alarma: 02:35 h
Reducción del oscurecimiento: 02:49 h [12]

El 25 de agosto de 1943, Erich Kästner anota en su diario: «Nuevo saludo en Berlín: "¡Que siga usted aquí!"». [13]

Informe secreto del servicio de inteligencia de las SS del 26 de agosto de 1943:

> Los resultados militares desde la rendición de Sicilia, las repetidas retiradas de Járkov, los constantes ataques masivos soviéticos en casi todos los frentes y los frecuentes bombardeos sobre ciudades alemanas, en especial también sobre la capital del Reich, han hecho crecer la preocupación y el temor ante el futuro en toda la población. [...] Es habitual encontrar personas que, como los demás, cumplen todos los días con su deber lo mejor que pueden, pero que llevan en el fondo de sus corazones la amarga certeza de que ya no podremos ganar la guerra, y así lo reconocen en las conversaciones más privadas con viejos amigos y conocidos más cercanos. [14]

Victor Klemperer ha oído el 26 de agosto una nueva broma: «Quien consiga afiliar al partido a diez personas más, tiene derecho a darse de baja; quien atraiga a veinte nuevos miembros recibe un certificado de que jamás estuvo en sus filas». [15]

Mientras tanto, el doctor Paul Stenig y el doctor Kurt Behling ya han podido examinar las actas sumariales. Como experimentados abogados defensores, no se hacen ilusiones sobre el peligro en el que se encuentra su cliente: Karlrobert será acusado con toda probabilidad de *Wehrkraftzersetzung* [desestabilización de la fuerza militar].

En el Tercer Reich, este delito se comete cuando alguien «intenta minar o desmoralizar públicamente la voluntad del pueblo alemán o del pueblo aliado de autoafirmarse y defenderse». [16] Karlrobert habría atacado con sus palabras la «voluntad de defenderse» de Ellen Ott-Monecke. Por otro lado, según la ley, el acto solo se convierte en delito cuando se comete públicamente. En realidad, no fue el caso aquel día de marzo en la vivienda de la calle Lützowufer. Sin embargo, la jurisprudencia señala que también se puede aplicar la ley en caso de que las declaraciones se realicen ante un círculo cerrado o

limitado de interlocutores, pero corriendo el peligro de que lleguen a oídos de más personas. Ya que la señora Ott-Monecke se dedicó a extender su conversación con Karlrobert por el edificio, es previsible que el fiscal impute el crimen como un acto público.

Todo esto no significa nada bueno para Karlrobert. Por si fuera poco, un decreto del 29 de enero de 1943 ordena que también casos menores de «desmoralización de la fuerza militar» se asignaran al Tribunal Popular y no, como hasta ese momento, a la audiencia territorial del correspondiente estado federal. A pesar de todo, la ley deja abierta una pequeña puerta trasera por la que Stenig y Behling seguramente pretendan colarse. El fiscal general del Reich tiene la jurisprudencia para asignar determinados procesos a la fiscalía general de la respectiva audiencia territorial. Para evitar un juicio ante el Tribunal Popular, los abogados de Karlrobert han de intentarlo todo para que la Fiscalía del Reich delegue el proceso.

Lo que Stenig y Behling no saben es que, hace tan solo un par de días —el 13 de agosto—, Thierack, el ministro de Justicia del Reich, ha insistido a través de una orden circular en que se penalice sin paliativos la «desestabilización de la fuerza militar». Según palabras de Thierack, son especialmente peligrosos los acusados de este crimen cuyas declaraciones podrían tener un peso significativo debido a su reputación, formación o posición profesional. Tales «traidores» deberán recibir un castigo rápido y enérgico. [17] ¿Será posible que la fama como artista de Karlrobert se convierta al final en su perdición?

¿Cómo le va a Hans Rosenthal? La abuela Agnes se pasa de vez en cuando para llevar a su Hansi pan y patatas; aparte de eso, Hans vive de las raciones de alimentos que Ida Jauch comparte con su protegido. A pesar de lo mucho que le alegran las visitas de la abuela, Hans teme que alguien la vea o la siga. Vive en un estado de miedo permanente. Cada vez que alguien se acerca al cenador, Hans aguanta la respiración en su escondite. Cualquier estornudo, tos o carraspeo podría traicionarlo. Un día cae una bomba en el vecindario y las ventanas del cenador se hacen añicos; poco después, unos hombres de la dirección del NSDAP en el distrito informan a la señora Jauch de que pasarán por su casa con el fin de inspeccionar los daños.

—Hansi, tenemos que dejar que venga esta gente —dice la señora

Jauch en tono tranquilizador—. Acuéstate debajo del colchón. Sobrevivirás.

La inspección es una pesadilla para Hans. Escondido debajo de la cama, oye a los hombres entrar en el cenador y en su trastienda. Luego se sientan en la cama. Hans se queda paralizado de terror. Por si acaso, tiene consigo un cuchillo. «Si me descubren», piensa, «¡me llevo a uno de ellos al otro mundo!» Cuando uno de los hombres cambia de repente de postura, un muelle del colchón le presiona el pecho. Hans está a punto de perder el conocimiento. Sin embargo, lo peor son las ganas de toser provocadas por el polvo que cubre el suelo. Reprimirlas se convierte en un tortura infernal. «Querido Dios, ¡que se vayan de una vez!», piensa Hans. Al cabo de unos minutos, los hombres se levantan y abandonan el cenador. De momento, Hans sigue seguro. Estos instantes, recordaría más tarde, «le hicieron envejecer varios años de golpe». [18]

Hans Rosenthal solo puede salir del cenador por la noche, durante una alarma aérea. Mientras todos corren a sus sótanos con la llegada de los aviones ingleses, el joven de dieciocho años sale de su escondrijo. A veces simplemente se acuesta sobre la hierba con los brazos cruzados bajo la nuca y observa los aparatos que cruzan el cielo de Berlín. «Si los pilotos de allá arriba supieran», reflexiona, «cómo me siento aquí abajo, cómo me alegran con su vuelo…» [19] En ocasiones piensa en su amigo Ralph Bendheim, del que hace tanto tiempo que no sabe nada.

Se distrae un poco de la monotonía con la lectura diaria del *Berliner Morgenpost,* que una conocida le pasa a la señora Jauch. Hans le arranca a esta todos los días el periódico de las manos. Aunque contenga en su mayor parte propaganda nazi, no deja de ser para él un importante vínculo con el mundo exterior. El día en que la señora Jauch le consigue una radio de emergencia, Hans no cabe en sí de gozo. Acostado en su catre, intenta recibir las diferentes emisoras, lo que consigue con mayor o menor éxito. A veces no oye por sus auriculares más que un rumor ininteligible, pero a menudo tiene suerte y el programa en cuestión se oye con nitidez. En medio de la noche, una vez que las emisoras alemanas ya están apagadas, coloca la aguja del buscador en BBC Londres. La voz de la libertad. De vez en cuando, Hans escucha también discursos del ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, y piensa: así debe de sonar el demonio. Varias veces

se jura a sí mismo: si sobrevive a la guerra, quiere salir sin falta por la radio. Porque tiene algo que decirle al mundo; antes de nada, que los judíos no son peores personas que todos los demás.

Plötzensee



El infierno sobre la Tierra. Al acabar la guerra, de la casa III de la prisión de Plötzensee solo quedan en pie los muros externos. Al lado, con las puertas abiertas, está el cobertizo donde se llevaban a cabo las ejecuciones. «Recorrió este último camino contenido y tranquilo, murió bien.»

El 1 de septiembre de 1943, Paul Stenig y Kurt Behling ya no saben cómo continuar. Sus estrategias de defensa se derrumban con estrépito ante esta única frase: «Solicito contra el acusado Karlrobert Kreiten la celebración de un juicio oral ante el Tribunal Popular, la perpetuación de la prisión preventiva y la asignación de un abogado defensor». A lo largo de siete páginas, el fiscal Karl-Heinz Domann ha redactado con detalle los cargos contra Karlrobert y ha entregado el documento a su jefe, el fiscal general del Reich, Ernst Lautz, para que lo firme. Según el texto, Karlrobert «ha intentado minar o desestabilizar en público la voluntad del pueblo alemán para autoafirmarse y defenderse»; además, también «se ha pronunciado con hostilidad sobre el Führer, el Gobierno del Reich y la política de prensa y de propaganda». [1]

La acusación de Domann se apoya en los datos proporcionados por Karlrobert durante los interrogatorios, así como en las declaraciones de Ellen Ott-Monecke. Curiosamente, también menciona a Otto Prochnow como testigo. Este no puede corroborar las afirmaciones que se le imputan al acusado porque no estaba presente durante la conversación, pero el fiscal no pierde el tiempo con tales insignificancias. «El acusado ha confesado en esencia», resume Domann. «Respecto a los puntos que refuta, su culpabilidad queda probada por las fidedignas declaraciones de la señora Ott-Monecke. Las afirmaciones del inculpado de que la revolución estallará en Alemania dentro de dos o tres meses, de que el Führer, Göring, Goebbels y Frick serán decapitados, de que la Segunda Guerra Mundial significa la ruina para Alemania sirven para minar y desestabilizar la voluntad del pueblo alemán para autoafirmarse y defenderse.»

Por qué quiere asignarle a Karlrobert un defensor de oficio a pesar de que este cuenta con sus dos propios abogados es un misterio.

«Una nueva bendición para la hora de la comida», escribe Erich Kästner el 1 de septiembre en su diario: «Ven, Jesús, sé nuestro invitado y come con nosotros, si es que tienes marcos». [2]

A la mañana siguiente, 2 de septiembre de 1943, un guardia entra en la celda de Karlrobert. Murmura que tiene algo que entregarle. Luego mira su reloj de bolsillo y anota la hora en un formulario, probablemente un acta de notificación; entrega a Karlrobert el resto de las hojas y sale de la habitación. Al principio, Karlrobert no sabe qué pensar. Su mirada recorre nerviosa la primera página del compendio. Lee las palabras «acta de acusación» y «Tribunal Popular», luego «secretaría del juzgado del Primer Senado» y, finalmente, «citación para el juicio que tendrá lugar el 3 de septiembre de 1943 a las 14 horas ante el Primer Senado del Tribunal Popular». [3] Karlrobert piensa estupefacto: mañana. El juicio tendrá lugar al día siguiente, viernes.

El giro de los acontecimientos toma a Karlrobert absolutamente por sorpresa. En realidad, ahora debería hablar con sus abogados con el fin de que lo prepararan lo mejor posible para lo que le espera. Seguro que también le gustaría informar a sus padres en Düsseldorf. Quién sabe, quizás la decidida Emmy podría llamar a Wilhelm Furtwängler para pedirle que interceda ante Goebbels con la esperanza de evitar el juicio.

Sin embargo, nada de eso ocurre. Ni los abogados Stenig y Behling ni los familiares reciben la noticia del inminente proceso. Dejan a Karlrobert solo con el acta de acusación.

Cuando Roland Freisler monta por la mañana en su coche oficial frente a su villa en la Habelschwerdter Allee del pacífico Dählem y el chófer lo lleva al Tribunal Popular en la Bellevuestrasse, tiene la sensación de dirigirse al frente. Freisler se considera un «soldado político»; como le ha asegurado a Hitler, su puesto militar está en la sala de audiencias. Hace tiempo que no tiene vida privada. Rara vez ve a su mujer, Marion, y a sus dos hijos, Roland y Harald. Freisler está convencido de ello: cuando se trata de la «victoria final», la familia pasa a segundo plano.

La mañana del 3 de septiembre se ocupará del caso de dos camareros que, a principios de agosto, charlaron sobre la desastrosa situación de la guerra en un restaurante en Prusia Oriental. Ambos aseguraron aquel día que Hitler solo podía confiar ya en sus SS, y estas desaparecerían pronto bajo el ataque de Göring y su Ejército del Aire. No es más que un evidente sinsentido y prueba de una absoluta falta de conocimiento de las relaciones de poder en el Reich. Por lo tanto, se podría tomar a los dos camareros por un par de infelices con una probable copa de más. No así Roland Freisler. Su actitud durante el juicio es altanera y arrogante. Incluso las preguntas sobre la identidad y el currículo de los inculpados están sembradas de comentarios parciales llenos de sarcasmo. El juez no se esfuerza en absoluto por controlar sus prejuicios. Para él, Erich Perbandt, de cuarenta y nueve años, y su colega diez años mayor, Richard Buchwald, son criminales peligrosos. «Este tribunal no piensa descartar la pena máxima solo porque se trató de una única conversación», sostiene al final Freisler para motivar su sentencia, «ya que considera este diálogo un inminente peligro para nuestro Reich, en caso de que sentara escuela. Por esta razón es necesario acabar con firmeza y desde el principio con tales conversaciones [...]. Y por eso, el Tribunal Popular condena a ambos a muerte.» [4]

Mientras Freisler anuncia su fallo sobre los dos camareros, unos guardias sacan a Karlrobert de su celda y, encadenado de pies y manos, lo meten en un coche policial verde. El trayecto de la prisión a la Bellevuestrasse en la Potsdamer Platz es corto, el viaje dura solo unos pocos minutos. El Tribunal Popular está ubicado en un edificio que fue en su momento el instituto Königliche Wilhelms-Gymnasium. De aquí salió una larga lista de importantes pensadores y artistas, entre ellos los escritores Walter Mehring, Theodor Wolff y Kurt Tucholsky, el químico Franz Oppenheim, el industrial y político Walther Rathenau y el compositor Manfred Gurlitt. Sin embargo, de eso hace ya mucho tiempo. En el lugar donde en su día se estudió latín, griego y francés, se analizó a los grandes clásicos y se enseñó la tabla de multiplicar, se encuentra hoy el doctor en Derecho Roland Freisler en su puesto militar.

Una vez en la Bellevuestrasse, conducen al preso Kreiten a una sala de reuniones, donde un hombre con una toga de abogado espera ya a Karlrobert. El desconocido se presenta como el doctor Gustav

Schwarz, y ha sido asignado como abogado defensor de Karlrobert. No tienen mucho tiempo para hablar del caso, pero Schwarz cuenta con una amplia experiencia en asuntos de índole política. No está claro si ha tenido oportunidad de ver las actas. Paul Stenig y Kurt Behling, así como los padres de Karlrobert, siguen sin sospechar que el proceso dará comienzo en breve.

Poco antes de las dos conducen a Karlrobert a la gran sala de audiencias, donde ha de tomar asiento en el banco de los acusados. Temeroso, recorre la estancia con la mirada. Sentados a izquierda y derecha lo vigilan centinelas, en la hilera delante de él se sienta el doctor Schwarz. Frente a ellos se encuentra, evidentemente, la zona de la fiscalía. Varios ujieres se ocupan de las últimas preparaciones.

En la pared sobre la mesa del juez destaca una gigantesca águila imperial con una cruz gamada entre las garras. Por algunas ventanas abiertas entra aire fresco. Hace algo menos de veinte grados, una temperatura un poco baja para la época del año.

Los espectadores intercambian palabras en voz baja. Luego una puerta se abre y cinco hombres entran con ligereza en la sala. Todos los presentes se ponen en pie. Los hombres se colocan detrás de la mesa del juez y levantan el brazo derecho. Un decidido *Heil Hitler!,* luego breve correr de sillas. Una vez que todos se han sentado reina un tenso silencio durante unos instantes. Karlrobert mira inseguro al frente. Podría conocer de los periódicos al hombre en el centro. Es Roland Freisler, presidente del Tribunal Popular y presidente del Primer Senado. Los otros cuatro —Martin Stier, director de un tribunal regional, Paul Heinsius, *Brigadeführer* del Cuerpo de Motoristas Nacionalsocialistas, el *Hauptgemeinschaftsleiter* Emil Winter y el *Ortsgruppeleiter* Koch [ambos rangos políticos del NSDAP]— le resultan seguro desconocidos. Stier, de cuarenta años, ya participó en febrero junto a Freisler en la condena de los hermanos Scholl y de Christoph Probst; los otros tres son jueces legos. Como representante de la Fiscalía General del Reich, se encuentra también presente Karl-Heinz Domann, autor del acta de acusación.

Una vez que el presidente ha repasado los datos personales del procesado, va directo al grano. [5] ¿Cómo se le ocurre, pregunta a Karlrobert, intentar confundir a una «crédula nacionalsocialista» como Ellen Ott-Monecke en su fe en el Führer? Karlrobert replica que sus palabras no tenían esa intención. Solo transmitió rumores que había

oído en sus largos trayectos en tren. Con ello no pretendía más que fastidiar a la señora Ott-Monecke, que no sabía absolutamente nada de política. «¡Como si hubiera alguna diferencia entre extender rumores y presentarlos como hechos!», escribiría Freisler más tarde para motivar su sentencia.

> ¿Y qué excusa hay más tonta que decir que solo deseaba fastidiar a la señora Ott-Monecke como compañera de partido?; en especial teniendo en cuenta que él mismo está en lista de espera para afiliarse. No, lo que ha hecho es una ruin agresión a la credibilidad de una compatriota alemana. Con ello ha atacado públicamente nuestra fuerza para autoafirmarnos con valentía en nuestra lucha decisiva (§ 5 KSSVO). Públicamente, puesto que cualquiera ha de contar con que un compatriota alemán que oiga algo así se lo comunique a la persona responsable del partido o del Estado más próxima, al igual que hizo la señora Ott-Monecke. Públicamente también porque nuestro Reich nacionalsocialista quiere que todos los compatriotas se impliquen en política y porque cualquier declaración política forma parte del pensamiento político de nuestro pueblo, para bien o, como en el caso del comportamiento de Kreiten, para mal. Quien actúe como Kreiten se comporta exactamente como querrían nuestros enemigos; se convierte en un peón de su guerra psicológica contra la posición de nuestro pueblo (§ 91b StGB).

Cuando Gustav Schwarz señala que su cliente es extranjero, Freisler lo interrumpe sin contemplaciones. «Este grave delito no queda de ningún modo atenuado por la circunstancia de que —a pesar de haber nacido y crecido en Alemania— el acusado tenga la ciudadanía holandesa debido a que su padre es holandés. Tanto menos cuanto que el propio Kreiten se considera alemán, ya que solicitó hace algunos años su ingreso en el NSDAP.»

Después de gritar, insultar y despreciar al joven desde el tribunal durante un tiempo, Freisler parece haberse quedado a gusto. Como si hubiera perdido de repente el interés por el teatrillo escenificado por él mismo, anuncia que el tribunal tiene ya la información necesaria para hacerse una opinión. Freisler y los otros cuatro jueces, que no han dicho una palabra, se retiran a deliberar. Karlrobert toma de nuevo asiento en el banco de los acusados.

¡Cuánto significaría para él que sus padres o su hermana estuvieran ahora a su lado! ¡Cómo le gustaría mirar a los ojos a su madre, la persona a la que más quiere en el mundo, para encontrar en ellos consuelo! En lugar de eso, se encuentra completamente solo. ¿Habrá alguien sentado entre el público que lo haya escuchado tocar en concierto alguna vez? Hace unos pocos meses la gente lo vitoreaba en la Beethoven-Saal, y hoy solo despierta lástima. El semblante de

Gustav Schwarz es serio. ¿Qué podría decirle a su protegido? Después de todo, acaban de conocerse. ¿Debería darle ánimos y decirle que todo saldrá bien? ¿Puede un abogado mentir a su cliente?

Los cinco jueces no deliberan en verdad sobre el caso durante la pausa; la sentencia de Freisler ya estaba decidida cuando emprendió el camino al tribunal por la mañana. Al cabo de un rato, los jueces regresan a la sala. Freisler pronuncia la sentencia:

> En nombre del pueblo alemán: Karlrobert Kreiten ha intentado, en medio de la guerra total, desestabilizar a traición la valiente resistencia de una compatriota alemana insultando vilmente al Führer, vaticinando la revolución y recomendando alejarse del nacionalsocialismo, ayudando con ello a nuestros enemigos. Este hombre ha perdido su dignidad para siempre. En el marco de nuestra lucha actual —y a pesar de todos sus logros como artista— constituye un peligro para nuestra victoria. Ha de ser castigado con la muerte. Nuestro pueblo quiere marchar hacia su victoria fuerte y unido. El condenado se hará cargo de los costes.

Instrucciones de la conferencia de prensa del Gobierno del Reich, 3 de septiembre de 1943: «Aprovechamos la ocasión para pedir que no se señale en comunicados propagandísticos como judíos a artistas que no lo sean, aunque estos se encuentren en el bando enemigo». [6]

En algún momento de la tarde suena el teléfono en el piso de Karlrobert en el número 10 de la Motzstrasse. Quizás Rosemarie piense que se trata de una llamada de su madre desde Obermodern. También podría esperar que el doctor Stenig o el doctor Behling llamaran con alguna novedad, o que un amigo de la familia quisiera preguntar por Karlrobert. En cualquier caso, Rosemarie no sospecha nada cuando levanta el auricular del teléfono.

—¿Quién es? —pregunta.

—Eso no importa —dice una voz desconocida. Luego, esta pronuncia una frase que hace que Rosemarie sienta el suelo desaparecer literalmente bajo sus pies—: Karlrobert Kreiten acaba de ser condenado a muerte por el Tribunal Popular.

Antes de que Rosemarie pueda pronunciar una palabra, el desconocido cuelga el teléfono.

En un principio, la joven toma el aviso como una macabra equivocación. Si de verdad el juicio hubiera tenido lugar hoy, habrían avisado primero a los abogados y a la familia. Tiene que tratarse de un

malentendido. Sin embargo, ¿y si el desconocido dijera la verdad?

Rosemarie avisa de inmediato a los abogados, quienes, a su vez, se ponen en contacto con la administración de justicia. No tardan en descubrir que lo inimaginable es real. Una vez que se ha fallado la sentencia, trasladan a Karlrobert de regreso a su celda. Allí aguarda los acontecimientos. Primero lo llevarán probablemente a la cárcel de Plötzensee, donde los condenados a muerte esperan en un barracón denominado «la casa de la muerte». A partir de ahora ya no está permitido que reciba visitas. Sin embargo, durante la noche siguiente ocurre algo que hará que todo cambie.

Informe sobre la alarma aérea n.º 130 el viernes, 3 de septiembre de 1943, y el sábado, 4 de septiembre de 1943:

> Oscurecimiento de las ventanas: 23:15 h
> Peligro aéreo: 23:20 h
> Alarma aérea: 23:23 h
> Fin del peligro aéreo y cese de alarma: 01:58 h
> Reducción del oscurecimiento: 02:17 h [7]

La noche del 4 de septiembre doscientos noventa y cinco aviones británicos atacan Berlín y arrojan novecientas seis toneladas de bombas. Se trata del ataque más duro de los aliados sobre la capital del Reich hasta la fecha. Afecta en especial a los barrios céntricos de Mitte, Tiergarten, Wedding, Charlottenburg y Wilmersdorf. Mueren un total de setecientas once personas, treinta y cinco mil pierden sus hogares. Los daños son enormes. Además de innumerables edificios de viviendas y fábricas, también el hospital Rudolf-Virchow queda parcialmente destruido. «Durante el ataque me comunican que la Casa de la Ópera y el Teatro Schiller están en llamas», escribe Joseph Goebbels en su diario. «Envío equipos fuertes de bomberos para intentar salvar ambos edificios.» [8]

Lo que el ministro aún no sabe en estos momentos: el ataque aliado ha alcanzado la cárcel situada en el barrio de Plötzensee. Bombas explosivas sacuden los fundamentos del edificio de la casa III, en el que aguardan los presos condenados a muerte. Manos invisibles arrancan de sus goznes puertas de alta seguridad y los muros exteriores se resquebrajan y se abren en enormes agujeros. Las

detonaciones son tan potentes que el techo de la sala de ejecuciones anexa a la casa III sale volando por los aires y la guillotina cae al suelo descuajada de su anclaje. Las llamas amenazan con alcanzar los edificios adyacentes. En medio del caos, tres presos franceses se fugan mientras se traslada a los demás a los otros edificios del centro penitenciario. Celdas ocupadas normalmente por una persona contienen ahora hasta seis prisioneros. Cuando esto llega a oídos del ministro de Justicia Otto Georg Thierack, este encarga a su trabajador Wolfgang Mettgenberg que supervise la situación y le presente propuestas para solucionar el problema. Y así toma su rumbo el desastre.

Cuando Emmy y Theo Kreiten se enteran del juicio y condena de su hijo, lo dejan todo y parten hacia Berlín de inmediato. Allí se encuentran el 4 de septiembre con los abogados. Paul Stenig y Kurt Behling se muestran especialmente meditabundos. Emmy quiere saber qué pueden hacer ahora: algo se podrá hacer, cómo van a quedarse de brazos cruzados. El doctor Stenig señala que la situación es grave: «Las penas de muerte no requieren confirmación para ser ejecutadas», cita el párrafo correspondiente de la Ley de Enjuiciamiento Criminal del Reich. Y continúa: «Sin embargo, la ejecución solo se llevará a cabo cuando el órgano capacitado para ejercer el derecho de gracia confirme no querer ejercerlo». [9]

¿Comprende Emmy lo que esto significa? Ella lo mira con ojos interrogantes. Behling le explica: el único órgano capacitado para ejercer el derecho de gracia es el Führer. Y hasta que Hitler no deniegue clemencia, la sentencia no podrá llevarse a cabo. En otras palabras: tienen que llegar de alguna manera hasta Hitler.

Sin embargo, esa no es tarea fácil. Hitler se encuentra en estos momentos en su cuartel general Wolfsschanze, en Prusia Oriental. Los abogados opinan: lo mejor que pueden hacer es presentar una solicitud formal de clemencia en la Cancillería del Führer. Además, Theo intentará pedir de nuevo clemencia del *Gauleiter* de Düsseldorf, Friedrich Karl Florian, a través de su viejo amigo Wilhelm Raupp. La palabra de un hombre como Florian tendría mucho peso, o eso esperan. Asimismo, Theo tiene la intención de pedir ayuda a Fritz von Borries. El compositor de cincuenta años ostenta, desde hace un

tiempo, el cargo de consejero del departamento de música del Ministerio de Propaganda y es un gran admirador de Karlrobert. Quizás podría facilitarles el contacto con Joseph Goebbels.

Es sábado, así que las autoridades y demás oficinas están cerradas. Sin embargo, a primera hora del lunes, Theo, Emmy y Rosemarie se pondrán manos a la obra. En cualquier caso han recuperado una chispa de esperanza.

Sin embargo, hay algo que Stenig y Behling no pueden saber: Hitler ha decretado hace unas horas una orden que el jefe de la Cancillería del Reich, Hans Heinrich Lammers, hace llegar al ministro de Justicia, Thierack: «El Führer ha subrayado la importancia de acelerar la decisión sobre el cumplimiento de las sentencias de muerte. Así y mientras dure la actual situación de elevado peligro de ataques aéreos, el Führer le permite prescindir de solicitar la conformidad o la postura de otros órganos respecto a la cuestión de la clemencia y decidir personalmente la ejecución de las penas de muerte». [10]

Así como el consejero consistorial Karl Mettgenberg fue un hombre temeroso de Dios para quien no había nada más importante que la misericordia y la compasión, para su hijo Wolfgang nada es tan importante como la ley. Nacido en 1882, Wolfgang Mettgenberg está considerado un experto en el terreno del derecho internacional. Su especialidad es el derecho de extradición, que regula las circunstancias en las que una persona buscada con orden de arresto puede ser enviada a otro país. Desde 1920 trabaja para el Ministerio de Justicia del Reich, recientemente en la posición de director ministerial de una sección para delitos políticos. Entre sus tareas se encuentra la de inspeccionar los lugares donde se llevan a cabo las ejecuciones. En diciembre del año pasado presenció una de ellas: «Quería comprobar si se realizaba de un modo humano, digno y adecuado, así que vencí mi repulsa interna y asistí a la ejecución». [11] No encontró nada que objetar. Mientras se respeten las leyes vigentes, él está en paz con el mundo. Dicho sea de paso, no es miembro del NSDAP.

La tarde del 6 de septiembre, Wolfgang Mettgenberg recibe la orden de presentarse ante Otto Georg Thierack. El ministro de Justicia no se siente bien, por lo que la reunión transcurre en su casa; quiere

que Mettgenberg le cuente cómo sigue la situación en Plötzensee. «Según los resultados de mi visita, es necesario aliviar Plötzensee con rapidez y en profundidad», responde este. [12] Propone acelerar los procedimientos prescritos de clemencia, para que las ejecuciones de los condenados a muerte puedan tener lugar en los próximos días. Según él, lo mejor sería que los respectivos consejeros presentaran brevemente su caso y el ministro decidiera en el momento si se concede clemencia o no.

Thierack se muestra de acuerdo y encarga a su secretario de Estado, Curt Rothenberg, la decisión sobre las solicitudes de gracia. El ministro exige a gritos que el asunto esté terminado al día siguiente, aunque Rothenberg tenga que trabajar toda la noche.

Entretanto, Emmy y Theo Kreiten siguen creyendo que aún les queda algo de tiempo. El miércoles, 8 de septiembre, Emmy y Rosemarie quieren presentar una solicitud oficial de gracia en la Cancillería del Führer. Mientras Hitler no haya tomado ninguna decisión, no le pasará nada a su Karlrobert.

Martes, 7 de septiembre de 1943. A primera hora de la mañana, un guardia entra en la celda de Karlrobert y le ordena que recoja sus cosas sin pérdida de tiempo. El hombre aclara entre gruñidos que lo trasladan a otra prisión y se va. Karlrobert mete en una pequeña maleta la ropa y los libros que Emmy había podido llevarle, así como las cartas de su familia. Al cabo de un rato regresan dos guardias, lo esposan y se lo llevan. El trayecto de la prisión al centro penitenciario de Plötzensee dura apenas veinte minutos. Allí hay que rellenar primero una hoja de ingreso. Como dice el policía de servicio: para hacer las cosas bien. En la casilla «Tipo y duración del arresto», el funcionario escribe la palabra «pena de muerte». [13] Ya son las ocho de la mañana.

Aproximadamente a esa misma hora suena el teléfono en la vivienda de servicio del alto consejero del Gobierno Paul Vacano. Vacano es, desde hace quince años, director del centro penitenciario de Plötzensee. Le informan de que el doctor Thierack está al aparato; es algo urgente. En verdad no ocurre todos los días que un ministro de Justicia del Reich llame en persona a uno de sus subordinados, en especial cuando se trata de Thierack, quien lleva su Ministerio con

rigurosa autoridad. El jurista de cincuenta y cuatro años tiene fama de hombre brutal cuya falta de escrúpulos solo se ve superada por la grosería de sus modales. Vacano desprecia a su superior y lo llama en privado «perro de presa». De modo que el alto consejero del Gobierno no espera nada agradable cuando coge el auricular y saluda a Thierack. La conversación enseguida se vuelve airada y al cabo de poco rato ambos están gritando. Vacano cuelga con violencia y sale corriendo de su casa. [14]

—¡Pero eso es una locura! —estalla Peter Buchholz—. ¡No puede usted permitirlo! [15]

Buchholz es, por lo general, la tranquilidad en persona. Sin embargo, lo que acaba de decirle Paul Vacano lo ha sacado de sus casillas. Va de un lado a otro como un animal salvaje encerrado en el despacho de Vacano. También está presente Harald Poelchau, que observa a los dos estupefacto. Peter Buchholz es el director espiritual católico en Plötzensee; Poelchau, su colega homónimo protestante. Ambos sacerdotes hacen lo que pueden por acompañar en sus últimos días a los hombres y mujeres condenados a muerte. Reciben cartas de despedida y las sacan del centro a escondidas, escuchan cuando los presos desean confesarse ante la inminencia de la muerte, rezan oraciones y hacen llegar despedidas a los familiares.

—Además, es imposible llevar a cabo esta vergonzosa orden —añade Buchholz al cabo de un rato—. ¡La guillotina ardió durante el último ataque!

Pronuncia esta última frase como si acabara de tener una inspiración. Sin embargo, la supuesta idea salvadora resulta ser un malentendido. Paul Vacano, que confía en ambos religiosos y no esconde ante ellos su rechazo al nacionalsocialismo, aclara que nadie ha hablado de la guillotina. Thierack ha ordenado que se ahorque a los sentenciados a muerte. Vacano pide a los religiosos que se preparen para lo peor: cuando empiece a oscurecer darán comienzo las ejecuciones.

Heinz Drewes, director del departamento de música en el Ministerio para la Ilustración Popular y Propaganda: «Entonces encargué al señor

Von Borries que se pusiera de inmediato en contacto con el Ministerio de Justicia para dejarles constancia de la valía artística de Kreiten. Yo mismo llamé al director de la sección jurídica del Ministerio de Propaganda para preguntar qué podíamos hacer nosotros por Kreiten. Me respondieron que el asunto no tenía nada que ver con la música y que no era asunto mío. Por desgracia, los esfuerzos del señor Von Borries [...], como él me contó más tarde, fueron infructuosos». [16]

En la cárcel de Plötzensee reina por la tarde una actividad febril. Presos a los que se había encargado retirar los daños del bombardeo reciben de repente la orden de regresar a sus celdas. Eso significa, por lo general, que Wilhelm Röttger se aproxima. También Victor von Gostomski debe volver a su mazmorra. A sus treinta y cinco años, lleva ya largo tiempo preso en Plötzensee, donde sirve de ayudante en la iglesia de la prisión. Antes de que el vigilante cierre la puerta de su celda, Peter Buchholz se cuela un instante en su interior.

—Van a colgarlos a todos —le suelta angustiado. [17]

El cura se va sin que Gostomski le pueda preguntar a qué se refiere. El miedo paraliza de pronto a Gostomski. ¿«Todos» son los presos condenados a muerte? ¿O también los que, como él, cumplen una pena de prisión? Cuando Victor von Gostomski mira por la ventana ve casualmente a tres hombres de oscuro atravesar el patio de la cárcel en dirección al barracón donde tienen lugar las ejecuciones. Lo han reconstruido de manera apresurada y provisional después del ataque aéreo.

Wilhelm Röttger es desde el año anterior verdugo en el «distrito de ejecuciones IV», al que pertenece también Plötzensee. De cuarenta y nueve años, Röttger es originario de Hannover y cerrajero de formación. Al no encontrar empleo en su profesión, en 1925 entró a trabajar como ayudante en una empresa funeraria, antes de ponerse en 1940 al servicio de Friedrich Hehr, verdugo de Hannover. Así fue como empezó a matar. En Berlín Röttger vive en el barrio de Moabit; en Sängerklause, su bar habitual, conoció a los hermanos Richard y Arnold Thomas, a los que después contrató como ayudantes. Röttger está casado y tiene un hijo.

La ejecución de la pena de muerte es un asunto lucrativo para Röttger y sus ayudantes. Röttger recibe una remuneración fija de tres

mil marcos, a los que hay que añadir la gratificación de treinta marcos que reciben el verdugo y cada uno de sus ayudantes por las ejecuciones en Berlín. En caso de que los tres tengan que trabajar fuera de la capital, Röttger cobra incluso sesenta marcos por cada ejecutado, mientras que sus ayudantes perciben cada uno cuarenta marcos.

También los guardias en Plötzensee se benefician de las ejecuciones. Por cada reo que conducen de su celda hasta el lugar de la ejecución reciben ocho cigarrillos por cabeza. «Un día», recordaría Victor von Gostomski más tarde, «oí discutir a dos guardias. Uno acusaba al otro de haberse colado en el turno de ejecuciones para quedarse con los cigarrillos que le correspondían al primero.» [18]

En la sala de ejecuciones Röttger y sus asistentes comienzan sus preparativos. Röttger inspecciona en particular el soporte de hierro y los ganchos montados en él. Están construidos de manera que sean movibles. Para que el condenado a muerte no vea los cuerpos colgando de los que ya han sido ejecutados, los empujan a un lado hasta ocultarlos detrás de unos telones negros antes de descolgarlos al cabo de un tiempo.

Mientras tanto, el fiscal Hans Stoltz se ha instalado en el despacho del director de la cárcel, Paul Vacano. Cada pocos minutos suena el teléfono, que Stoltz coge con evidente nerviosismo. Al otro lado de la línea habla un consejero del Ministerio de Justicia del Reich; este menciona al fiscal los nombres cuyas solicitudes de gracia han sido denegadas por el secretario de Estado Curt Rothenberg. Stoltz anota a mano los nombres en una hoja de papel. Cuando ya tiene unos cuantos nombres, entrega la lista a los guardias de servicio, que van a recoger en sus celdas a los respectivos presos.

Cerca de las siete y media comienzan las ejecuciones. Los delincuentes se alinean unos detrás de otros en grupos de ocho personas. Esperan con el torso desnudo y las manos atadas a la espalda, inseguros aún de lo que les va a ocurrir. Entonces Harald Poelchau y Peter Buchholz se presentan ante ellos.

—Queridos amigos —dice Buchholz con voz temblorosa—. Ha llegado el momento. En pocos instantes estaréis frente a vuestro Señor... [19]

No todos comprenden al momento lo que el sacerdote quiere decir, ya que entre ellos hay muchos extranjeros —sobre todo checos y

franceses— que no dominan el alemán. Pero los que han entendido el significado de sus palabras se sienten al mismo tiempo incapaces de discernirlas. Algunos permanecen inmóviles con la mirada clavada en el vacío, otros se desmoronan, no son pocos los que se echan a llorar. Uno grita:

—Pero ¡aún no he recibido respuesta a mi petición de gracia!

Otro chilla aterrado:

—¡Es un error! ¡Me han confundido con otro!

Otro más se arroja al suelo y empieza a bramar hasta que cuatro funcionarios se lanzan sobre él y se lo llevan.

Al fin empiezan a llamarlos por el nombre de ocho en ocho. A intervalos de pocos minutos los conducen a la sala de ejecuciones. Entre los que se quedan atrás se oyen de vez en cuando susurros intercambiados con los dos religiosos, una oración en voz baja. Karlrobert Kreiten se encuentra en algún lugar en medio del grupo. Cuando el padre Buchholz llega hasta él, tiene lugar una breve conversación. «Puedo asegurarles esto», escribirá más tarde Buchholz a Emmy y Theo:

> Recorrió este último camino contenido y tranquilo, murió bien. Por desgracia yo no tenía mucho tiempo para pararme con cada uno de ellos, pero recuerdo bien a su Karlrobert, porque enseguida se dirigió a mí, reconocí el apellido Kreiten y su destino me afectó en particular. Por eso le presté especial atención, anoté sus deseos, saludos para los suyos, sus padres, *Grand'maman* y su hermana, escuché sus últimos remordimientos y pesar y rezamos una breve oración; lo preparé así para su encuentro con Dios. [20]

Röttger y sus ayudantes se ven una vez obligados a interrumpir su tarea debido a unas bombas que caen cerca con estruendo. Encierran a los presos de nuevo en sus celdas hasta que vuelven a conducirlos a la sala de ejecuciones poco tiempo después.

Ya han dado las diez y media, es noche cerrada y las temperaturas han bajado. Los hombres tienen frío. De vez en cuando más bombas en los alrededores iluminan la oscuridad. Entonces se adivinan como en la luz de un *flash* los contornos de los edificios colindantes y se ven caras atemorizadas mientras los haces de luz de los reflectores antiaéreos cortan el cielo. De repente llaman a Karlrobert Kreiten.

Dos funcionarios agarran a Karlrobert de los brazos y lo conducen a la sala de ejecuciones, iluminada débilmente por unas pocas velas,

ya que todo el centro debe permanecer a oscuras por el peligro aéreo. En el centro de la habitación se distingue con algo de esfuerzo una cortina negra, ante ella dos hombres detrás de una sencilla mesa de madera; uno de toga negra es juez, el otro parece ser un fiscal. También se ve a una persona de bata blanca que debe de ser el médico del centro. Uno de los hombres explica con brevedad que se ha denegado el indulto.

En ese momento se descorre la cortina con un ruido sibilante y aparecen los hermanos Thomas. Cogen a Karlrobert del brazo y lo llevan a la parte trasera de la sala. El suelo muestra un agujero allí donde se encontraba hasta hace poco la guillotina. En el lado izquierdo hay un lavabo fijo en la pared. Ante la ventana espera sobre una especie de pedestal Wilhelm Röttger, que parece sostener algo entre las manos. Al llegar, los dos hombres hacen girar a Karlrobert ciento ochenta grados, de modo que este mire en dirección a la entrada. Röttger se encuentra ahora a su espalda; le coloca con la rapidez del rayo un nudo corredizo en torno al cuello y lo ajusta, mientras los hermanos Thomas levantan a Karlrobert medio metro sobre el suelo. Al final de la soga hay un nudo que Röttger sujeta ahora a un gancho montado en el soporte de hierro sobre su cabeza. En ese instante sus ayudantes dejan caer el cuerpo de Karlrobert. Al contrario que en el caso de la llamada «caída larga», que causa la muerte por desnucamiento, en la «caída corta» practicada por Röttger se interrumpe el suministro de sangre al cerebro mediante la compresión de las arterias carótidas y vertebrales. Al cabo de diez segundos Karlrobert pierde el conocimiento, mientras espasmódicas convulsiones atraviesan su cuerpo. La agonía dura entre cinco y diez minutos, luego sobreviene la muerte. Un funcionario anota la hora del fallecimiento para poder informar más tarde en el registro civil de Charlottenburg a cuya competencia corresponde la cárcel de Plötzensee: 7 de septiembre de 1943, 22:50 horas. [21]

Con ayuda del gancho movible, empujan a un lado el cadáver de Karlrobert Kreiten para hacer espacio al siguiente delincuente. Cuando ya cuelgan ocho muertos como si fueran reses de matadero, los descuelgan y depositan en una habitación contigua. Una vez que Wilhelm Röttger y los hermanos Thomas han ejecutado de esta manera a un total de ciento ochenta y seis personas, ya hace tiempo que amaneció en Berlín un nuevo día. Röttger informa sobre las ocho

de la mañana: están exhaustos y necesitarían una pausa. La tarde del 8 de septiembre se reanudan las ejecuciones. En total, 125 checos, 57 alemanes, 32 franceses, 11 belgas, 8 holandeses, 7 polacos, 5 austriacos y 5 ciudadanos soviéticos encuentran la muerte hasta el 10 de septiembre. Entre las doscientas cincuenta víctimas hay también seis hombres cuya ejecución no había sido decretada en absoluto. Cuando se descubre esta «equivocación», el Ministerio de Justicia pone en marcha una investigación para aclarar lo sucedido. Sin embargo, Otto Georg Thierack no pierde el tiempo con este tipo de daños colaterales. El ministro declara estas ejecuciones legales con efecto retroactivo.

La mañana del 8 de septiembre de 1943, Emmy y Rosemarie acuden a la Cancillería del Führer en el número 4 de la Vossstrasse, para presentar una solicitud de clemencia para Karlrobert. El funcionario que atiende a las dos mujeres les asegura que el proceso se ha puesto en marcha. En el instante en que se presenta una solicitud de gracia, la ejecución de la pena queda aplazada hasta que se toma una decisión. Enseguida se informará al Ministerio de Justicia del Reich.

Emmy y Rosemarie se sienten de momento aliviadas, pues creen haber ganado un tiempo valioso. Para su seguridad, se dirigen ahora al Ministerio de Justicia, que se encuentra a un tiro de piedra de la Cancillería, para entregar allí una copia de la petición. Sin embargo, los funcionarios responsables cuyos despachos les mencionan en la entrada del edificio fingen no estar disponibles. Durante un rato, las dos mujeres recorren confundidas los pasillos hasta que se encuentran por azar con un fiscal que las invita a entrar en su despacho. Cuando Emmy le explica de qué se trata, el hombre parece desconcertado por un instante y abandona la habitación. Al cabo de unos minutos regresa y les informa, claramente afectado, de que la sentencia ya se cumplió la noche anterior.

Emmy Kreiten a la directiva del centro penitenciario de Plötzensee, en Berlín, 11 de septiembre de 1943:

> Mi hijo Karlrobert Kreiten estuvo preso en su cárcel hasta que se ejecutó su condena el 7-9-43. Solicito que se me haga entrega de sus prendas y objetos

personales, así como su correspondencia. Dirijan el envío por favor a la siguiente dirección:

Obermodern (Unterelsass)
Adolf Hitlerstrasse 175.

Heil Hitler!
Emmy Kreiten [22]

Cuando Emmy envía estas líneas a la cárcel, el cadáver de su hijo yace aún junto a los restantes doscientos cuarenta y nueve muertos en el cobertizo junto a la sala de ejecuciones. Allí se amontonan unos encima de otros los cuerpos pálidos y desfigurados. Ya han empezado a descomponerse y en algún momento es tal el hedor que desprenden que los habitantes de la prisión comienzan a protestar.

Al cabo de unos doce días hace su aparición Fritz Pachaly. Pachaly tiene casi sesenta años, el cuerpo pequeño y rechoncho y un cuello de toro, y trabaja en el Instituto de Anatomía de la Universidad de Berlín. Desde 1935, el director de la universidad, Hermann Stieve, colabora estrechamente con el Ministerio de Justicia del Reich; tienen un acuerdo ventajoso para ambas partes: el profesor tiene a su disposición los cadáveres de los ejecutados para sus experimentos médicos y, a cambio, los funcionarios no se ocupan de retirarlos. Fritz Pachaly es el hombre para este trabajo sucio. El hecho de que arranque a los muertos todas las muelas de oro para quedarse con ellas es algo que se tolera en silencio.

Por encargo de Stieve, Pachaly comienza ahora su tarea de trasladar los cuerpos al Instituto de Anatomía en la Luisenstrasse. Cuando el funcionario de Justicia Walter Strelow pasa un día por azar junto al cobertizo, alcanza a ver con disgusto cómo Pachaly le sierra la cabeza a un cadáver. Al parecer, no había conseguido hacerse con los dientes de oro de manera más convencional. [23]

Pasados algunos días todos los cadáveres han desaparecido. Nunca se aclarará qué hizo Stieve con ellos. Más tarde, los cuerpos —o lo que queda de ellos— se incineran en el crematorio de Wilmersdorf. Las cenizas reciben sepultura anónima en diferentes cementerios de Berlín.

Comunicado en el *12 Uhr Blatt* del 15 de septiembre de 1943:

> El 7 de septiembre de 1943 se ejecutó al pianista de 27 años Karl-Robert Kreiten, procedente de Düsseldorf, a quien el Tribunal Popular sentenció a muerte por favorecer al enemigo y desestabilizar la fuerza militar. Mediante difamaciones, calumnias y exageraciones, Kreiten intentó influir en la postura confiada y esperanzada de una compatriota, mostrando una actitud que lo excluye de la comunidad del pueblo alemán. [24]

También los diarios de Dresde se hacen eco de la noticia de la sentencia y ejecución de Karlrobert Kreiten. Cuando Victor Klemperer, en su búsqueda de términos para su *LTI,* lee el breve texto en un periódico, se detiene ante la expresión *Wehrkraftzersetzung* [desestabilización de la fuerza militar]. «*“Kraft”* y no *“Macht”[Wehrkraft:* fuerza militar; *Wehrmacht:* ejército]», reflexiona sorprendido. «De modo que no se trata de instigar al ejército en sí, sino de algo completamente general. La más mínima expresión de derrotismo basta.» [25]

Informe secreto del servicio de inteligencia de las SS del 16 de septiembre de 1943:

> Los comunicados publicados en los últimos días en todos los periódicos sobre las sentencias a muerte dictadas contra derrotistas atraen cada vez mayor atención. Se percibe que satisface ver que por fin se toman medidas y que no solo se penaliza al «hombre pequeño». En especial en los círculos de compañeros del partido consideran que esa es la única manera de «tapar la boca» a charlatanes malintencionados. Se observa que los compatriotas alemanes consideran estas sentencias como ejemplos de advertencia. [26]

Werner Höfer está indeciso. Mañana sábado tiene que entregar el texto para su nueva columna en la redacción del *12 Uhr Blatt* y aún no tiene la más remota idea de qué escribir. No le queda mucho tiempo, el artículo saldrá el próximo lunes, 20 de septiembre. Höfer podría tematizar la liberación de Benito Mussolini (el «Duce» fue destituido y arrestado a finales de julio), pero los periódicos ya están llenos de comunicados sobre esa arriesgada y exitosa acción. El *Hauptsturmführer* de las SS Otto Skorzeny, jefe de la operación, está en boca de todos. ¿Qué puede añadir él, Werner Höfer, redactor y soldado en el «frente interno»? También podría analizar *Zirkus Renz,* la última película de Terra-Filmkunst GmbH. La cinta se estrenó hace unos pocos días y desde entonces la gente acude en masa a los cines. La protagonista es Bettina, una joven huérfana a la que acogen los

artistas Renz y Harms. Los tres viajan a Berlín para fundar allí su propio circo. Con el paso de los años, consiguen presentar al público de la capital un exitoso programa, pero entonces los dos hombres se enamoran de Bettina, ya adulta. Después de una dura pelea, Harms abandona la empresa en común y empieza a trabajar con la concurrencia. Un dramático suceso vuelve a unir a los dos y en la pista del circo se decide el futuro del Circo Renz y el amor de Bettina. Los papeles masculinos corren a cargo de los favoritos del público René Deltgen (Renz) y Paul Klinger (Harms), mientras que Angelika Hauff, de tan solo veinte años, interpreta a Bettina.

Sin embargo, Werner Höfer tampoco quiere escribir sobre eso. La historia es demasiado banal, demasiado apolítica. Entonces capta su interés un aviso del 10 de septiembre: Heinz Drewes, jefe de la sección de música en el Ministerio de Propaganda de Goebbels, declaró, con ocasión de un encuentro con los primeros alcaldes de las ciudades más afectadas por la guerra, que es imprescindible mantener viva la música. Las personas necesitan alimentar su alma y su espíritu, y por eso la ligera musa de un Franz von Suppé y de Karl Millöcker debe cobrar de nuevo el protagonismo que se merece. Höfer reflexiona. ¿Acaso no informaron todos los periódicos suprarregionales hace unos días sobre la ejecución de un joven músico? Werner Höfer ha encontrado por fin su tema: la posición y la responsabilidad del artista en tiempos de guerra.

Höfer se sienta a su escritorio, retira la funda de su máquina de escribir, coloca una hoja de papel y teclea:

> Y, sin embargo, un reciente informe sobre el severo castigo impuesto a un artista indigno revelaba con qué severidad se trata al artista que extiende dudas en lugar de fe, calumnias en lugar de confianza, desesperación en lugar de serenidad. Hoy en día nadie debería mostrarse comprensivo si se perdonara el error de un artista pero no el del más simple de los compatriotas. El pueblo exige que precisamente el artista, con su refinada sensibilidad y su influyente autoridad, cumpla su deber con la misma sinceridad y valentía con la que lo hace cualquiera de sus desconocidos camaradas de otros gremios profesionales. ¡La fama obliga! [27]

Victor Klemperer quiere leer un libro que siempre ha evitado. Se publicó por primera vez hace dieciocho años, en el verano de 1925. Jamás se habría imaginado el profesor Klemperer que tomaría siquiera el pesado libro entre las manos; el mero contacto le habría repugnado. Sin embargo, ahora, a finales de septiembre de 1943, investiga la

lengua del Tercer Reich. Por eso, sobre su mesilla de noche en la *Judenhaus* hay una copia de *Mi lucha* de Adolf Hitler. Es cierto que no ha llegado muy lejos en la lectura: «Después del turno de noche cuatro horas de sueño, antes aseo, después aseo y limpiar colinabos, dos comidas… ¿Qué me queda para el diario y Hitler?». [28]

La vida que siguió después



Werner Höfer es una institución en el periodismo de la Alemania de posguerra. Durante más de treinta y cinco años, y domingo tras domingo, dirige su programa Internationalen Frühschoppen *, en animada charla y bebiendo vino del Mosela. Cuando en diciembre de 1987 Der Spiegel revela el trabajo de Höfer en el Tercer Reich, su carrera está acabada. «No hay otra salida, ya no se puede confiar en él.»*

Robert Dorsay tiene treinta y nueve años. Morirá dentro de pocas horas. En el pasado había sido un conocido actor, cabaretista y cantante con una treintena de películas en su haber. Sin embargo, si ahora —octubre de 1943— se muestra alguna de ellas, su nombre no aparece en los créditos. Ni al principio ni al final. Ya no se puede mencionar que trabajara en su momento con celebridades como Zarah Leander, Heinz Rühmann, Luis Trenker y Gustaf Gründgens. Es como si Robert Dorsay hubiera muerto ya. Mientras se acurruca en su celda, piensa en cómo ha llegado hasta aquí. ¡Ojalá hubiera mantenido la boca cerrada! ¡Y ojalá nunca hubiera escrito esa carta!

Sin embargo, hasta hace pocos años, Dorsay gozaba de las simpatías de Goebbels. El ministro de Propaganda acudió a finales del verano de 1938 a una actuación del KadeKo, el Kabarett der Komiker en la Lehniner Platz, y disfrutó mucho de los divertidos números de Dorsay. Al parecer, aquel día llegó a llorar de la risa. Estaba tan entusiasmado que al final intentó convencerlo para que se afiliara al partido. A través de Hans Hinkel, el secretario general de la Cámara de Cultura del Reich, le dijo que por favor se uniera al NSDAP. El funcionario añadió melifluo que hacía falta gente como él; pero Dorsay rechazó la propuesta. Hinkel volvió a intentarlo poco tiempo después, y de nuevo les dio calabazas. Parece que esta vez Dorsay expresó su negativa con poca diplomacia, porque Hinkel respondió enfadado al terco artista: «¡El ministro se lo tomará muy mal, señor Dorsay!». [1]

Y eso fue lo que hizo Goebbels. En julio de 1939, el Ministerio de Propaganda prohibió a Robert Dorsay participar en el rodaje de nuevas películas, lo que puso fin a su carrera cinematográfica. Siguió actuando en diferentes locales de variedades hasta que la organización de tiempo libre *Kraft durch Freude* (KdF) [Fuerza a través de la alegría] lo obligó a participar en actos de animación para las tropas. Durante una actuación como invitado en Bruselas se encontró casualmente con

Hans Hinkel. «Sí, Dorsay, podría haberse ahorrado todo esto», lo incordió este. «Hoy seguiría rodando películas si se hubiera afiliado al partido.» [2] Y la situación aún fue a peor, porque a mediados de 1942 Dorsay fue llamado a filas. Si bien como conductor se salvó del combate directo, como soldado tuvo que integrarse en la jerarquía militar. Durante sus números de cabaret, Dorsay solía reírse del Ejército, y ahora él mismo formaba parte del sistema. Debía obedecer, lo que le costaba un esfuerzo evidente. Prefería ser el alma de la fiesta rodeado de sus camaradas y contar chistes sobre Hitler y Goebbels. También en marzo de 1943 contó una broma sobre el Führer en el restaurante del Deutsches Theater de Berlín. ¿Y si lo oye un espía de la Gestapo? Sin embargo, Dorsay era extremadamente despreocupado; al parecer, ni se le pasaba por la imaginación que pudieran delatarlo.

A finales de marzo de 1943, Dorsay comete un error de graves consecuencias. En una carta a un conocido se mofa de su situación actual como soldado: «En realidad, me enoja no poder ayudar a nuestro querido Führer en su batalla final, qué rabia. Me habría encantado sacrificar la vida por el NSDAP. [...] Cuándo acabará esta idiotez». Y añade: «Los malísimos ingleses parecen tener gran interés en Berlín. Cada vez vienen con más frecuencia, estupendo». Para acabar hace un par de comentarios hostiles sobre Joseph Goebbels y Hermann Göring. [3]

Por una fatal coincidencia la carta no llega a su destino, sino que acaba en la comandancia de la Wehrmacht. Las autoridades inician entonces una investigación durante la que se identifica a Dorsay como autor de la carta. A principios de junio lo acusan de «desestabilizar la fuerza militar» y lo encarcelan en la prisión preventiva del Ejército en el barrio berlinés de Tegel. Al principio parecía que saldría bien parado, ya que el consejo de guerra especial se limita a decretar a principios de agosto una pena de reclusión de tres años. Sin embargo, el mariscal de campo Wilhelm Keitel, presidente jurisdiccional para la Wehrmacht, considera la sentencia demasiado leve y remite el caso al Tribunal de la Comandancia de las Fuerzas Armadas.

En agosto el caso debió de llegar a oídos de Joseph Goebbels, porque este escribe en su diario: «En los sectores del cine y del teatro empiezan a notarse nombres en los que ya no se puede confiar; creen ver el cielo abierto y se muestran atrevidos. Voy a poner todo mi empeño en encontrar un caso ejemplar para llevarlo a juicio». [4] No

tarda mucho en encontrar en la persona de Robert Dorsay el ejemplo que desea. Quizás el ministro de Propaganda ya ha oído también los chistes que el actor suele contar sobre él y sobre Hitler. De cualquier manera, Goebbels quiere venganza. El 8 de octubre, Robert Dorsay es condenado a muerte en un segundo juicio. Entonces da comienzo una carrera contra el tiempo. La mujer de Dorsay, Louise, y su abogado ruegan a famosos contemporáneos, Gustaf Gründgens entre ellos, que intervengan ante Goebbels; en vano. «Muchos actores berlineses están intercediendo a su favor», anota el ministro con frialdad, «pero no dejaré que me confundan. Los artistas no disfrutan de libertad para insultar y difamar durante la guerra. También ellos tienen que seguir las normas generales del orden y de la disciplina nacional; si no lo hacen, pierden la cabeza igual que cualquier otro ciudadano.» [5]

Robert Dorsay espera su ejecución desde hace tres semanas. Louise no puede visitarlo desde que se pronunció la sentencia. La mañana del 29 de octubre se precipitan los acontecimientos. Un vehículo de la policía lo traslada de la prisión de la Wehrmacht hasta el lugar donde se llevan a cabo las ejecuciones en Plötzensee. En su celda, Dorsay le dicta testamento a su abogado. Está atado de pies y manos. Las horas pasan con una dolorosa lentitud. En algún momento alguien llega para afeitarle la coronilla y dejar libre la nuca para la cuchilla de la guillotina. Poco antes de las cinco, dos guardias van a buscarlo. Los funcionarios le quitan las esposas por un momento y le indican que se despoje de la camisa y se cambie los zapatos por unos zuecos que le facilitan. Dorsay hace lo que le ordenan. Entonces los guardias lo conducen a través del patio de la cárcel hasta el cobertizo donde tienen lugar las ejecuciones. Los zuecos de madera tabletean sobre los adoquines. [6]

Una vez en la entrada se comprueba brevemente su identidad y se lee la sentencia de nuevo. Luego se pronuncian las palabras:

—¡Verdugo, cumpla con su deber!

Son las cinco de la tarde.

En estos instantes, Joseph Goebbels se encuentra en su casa de vacaciones en Lanke, al noroeste de Berlín. El ministro celebra hoy su cuarenta y seis cumpleaños. Su mujer, Magda, y sus seis hijos en común lo sorprenden con una fiesta familiar; por la noche se espera a algunos invitados. Antes de que estos lleguen, Goebbels dispone de unos pocos minutos para echar un vistazo al correo. «Últimamente

recibo muchísimas cartas, lo que me permite deducir el interés con el que la mayor parte del pueblo y, en especial, del frente sigue mi trabajo. Esto me proporciona una sensación de profundo alivio; me demuestra que también en estos tiempos difíciles estoy en el camino correcto y que innumerables personas de bien de todo el Reich siguen mi trabajo con afecto e implicación personal.»

Este 29 de octubre de 1943 un funcionario de la caja del tribunal de Berlín redacta una factura de costes dirigida a los herederos del pianista Karlrobert Kreiten. [7] Por el juicio ante el Tribunal Popular se les exige una tasa que asciende a trescientos marcos. Cada día de los sesenta y tres que Karlrobert pasó en prisión cuesta 1,50 marcos, lo que suma un total de 94,50 marcos; el arresto en el cuartel de la Gestapo es gratuito. Por la solicitud del abogado defensor de oficio les cobran 122,40 marcos. Por la ejecución de Karlrobert requieren casi la misma cantidad: 122,18 marcos. En total, Emmy y Theo Kreiten tienen que pagar 639,20 marcos en un plazo de ocho días.

Instrucciones de la conferencia de prensa del Gobierno del Reich, 17 de diciembre de 1943: «Un periódico alemán ha defendido en un largo reportaje la tesis de que el interior de la Tierra constituye un espacio hueco en el que fluye la corriente del Golfo en el Polo Norte. Este ejemplo lleva a indicar que es necesario controlar también lo que escriben los periodistas no políticos, para no correr el riesgo de caer en el ridículo». [8]

«El pánico se apodera de todo Dresde», confía Victor Klemperer a su diario el último día del año 1943. Después de los duros ataques aéreos del 4 de diciembre sobre Leipzig, en los que bombarderos aliados arrojaron casi 1400 toneladas de bombas explosivas e incendiarias sobre la ciudad ferial, muchos habitantes de Dresde se preguntan cuándo le tocará a su ciudad. «Hoy no queda aquí nadie que no se sienta con un pie en la tumba. El hecho de que Dresde se haya salvado hasta ahora de las bombas sorprende cada vez más.» Y añade: «Ambos estamos exhaustos. No preparo más que un par de patatas cocidas

para los dos. Acabamos de tomar un café y queremos acostarnos cuanto antes. ¡Nochevieja 1943!». [9]

Ellen Ott-Monecke lleva medio año sufriendo la misma pesadilla: sale de su casa a la calle Lützowufer de Berlín, donde se encuentra con un muchacho. El niño está como clavado en la acera y observa estoico el edificio. Cuando ve a Ellen Ott-Monecke, el chico grita: «¡Asesina!». La señora Ott-Monecke intenta alejarse deprisa, pero con cada paso que da aparecen de repente más personas. Pronto se siente rodeada y tiene que detenerse. Todos la señalan con el dedo y le gritan igual que el muchacho: «¡Asesina!». Hombres, mujeres y niños, mayores y jóvenes: todos profieren esta única palabra sin parar. Gritan tanto que sus voces retumban por las calles y los ecos se funden en una poderosa acusación: ¡Ellen Ott-Monecke es una asesina!

Cuando Ellen Ott-Monecke despierta de su angustioso sueño, se dice que eso no es cierto. Ella no es ninguna asesina, solo hizo lo que debía, algo inevitable en tiempos de guerra. No obstante, aunque en la vida real nadie la insulta ni la señala con el dedo, ella cree percibir el reproche en las miradas de sus vecinos. Se reprende a sí misma. ¿¡Por qué se dejó enredar en esta historia!? ¡Que esto le haya pasado justo a ella, que siempre quiere hacerlo todo bien!

A principios de marzo de 1944 escapa a casa de su hermana en la pequeña ciudad de Klingenberg, en Baja Franconia. Huye de las bombas que caen del cielo como granizo, reduciendo Berlín cada vez más a cenizas. Por el contrario, la idílica localidad de Klingenberg, a orillas del Meno y rodeada de viñedos, se ha librado hasta ahora de la guerra. Allí Ellen espera dejar atrás sus pesadillas. ¡Ojalá pudiera olvidar «esta historia», que es desde hace tiempo la de ella!

El hostal Goldenes Fass es un bonito edificio de arenisca del siglo pasado compuesto de dos plantas. Adam Spall, el propietario, atrae a sus clientes con calefacción central y agua corriente —caliente y fría— en toda la casa. Ellen Ott-Monecke ocupa una habitación en el piso superior. Además de ella, también están hospedados un joven ingeniero de Offenbach y un anciano. Ya se ha cruzado con ambos varias veces en las escaleras, y los ha visto en el comedor durante el desayuno.

La noche del 10 de marzo de 1944, Ellen Ott-Monecke se acuesta

a las once. Unas dos horas más tarde, hacia la una menos cuarto, se despierta con la sensación de que alguien le está haciendo cosquillas en la nariz con una pluma. Sin embargo, la impresión engaña. Lo que le irrita la nariz es un espeso humo que se cuela por las rendijas de la puerta. Cuando los bomberos llegan al cabo de pocos minutos, el fuego ya se ha extendido por todo el edificio. Huir por las escaleras es imposible. Ellen abre las dos hojas de la ventana y se sube a la repisa. Un bombero apoya una escalera contra la fachada y le grita que espere: subirán a rescatarla. [10]

Ellen está como paralizada. Mientras el edificio arde en llamas, ella mira apática al vacío.

—¿Me oye? —grita el bombero, que comienza a trepar por la escalera.

Ella no contesta. Cuando al salvador no le quedan más que unos pocos metros, Ellen Ott-Monecke da un paso al frente.

Pál Kiss ha vivido un infierno. Después de seis meses de arresto en la prisión policial de la Alexanderplatz, en diciembre de 1943 lo trasladan a un supuesto *Arbeitserziehungslager* [campo de educación laboral] en Berlín-Wuhlheide, donde deberá permanecer siete meses. Después, en julio de 1944, cambia a un campo de acogida en la Grosse Hamburger Strasse en el distrito berlinés de Mitte. «Ya llevo una semana aquí, en un agujero que comparto con otros 42 presos, desnudo bajo un calor insoportable y con la mínima alimentación», escribe a un conocido. «El sufrimiento parece incluso haber secado las lágrimas. Apatía.» [11] Sin embargo, lo peor está aún por venir. A principios de septiembre de 1944 lo deportan a Auschwitz junto a otras cuarenta personas. Las últimas señales de vida datan de diciembre: Pál pide en una carta que le envíen partituras, ya que quiere preparar un concierto para las personalidades del campamento. Música a las puertas de la muerte. «Parece que recibió un envío», recuerda su pareja Charlotte an der Heiden, «pero el segundo me lo devolvieron por ausencia de remitente.» [12]

A mediados de enero de 1945, las SS comienzan a desalojar el complejo de campamentos. Unas sesenta mil personas son enviadas

bajo heladoras temperaturas de hasta quince grados bajo cero en varias columnas hacia el oeste. Quien se encuentre demasiado débil recibe un tiro por el camino. Hacia el 18 de enero, también Pál Kiss abandona el campamento en compañía de otros miles de presos, entre ellos su amigo Günther von Martiny, a quien ha conocido en Auschwitz. Pál siente menguar sus fuerzas con cada kilómetro que avanza la marcha de la muerte. Va perdiendo poco a poco posiciones en la columna. A la altura de la pequeña localidad de Pless, en Alta Silesia, Pál Kiss se encuentra ya al final de la fila. Ya no puede dar un paso más. Günther von Martiny se preocupa por su amigo. Lo busca en vano entre el gentío. Cuando al fin se vuelve una vez más, ve cómo un hombre de las SS mata a Pál Kiss de un disparo.

El *Oberstabsarzt* [alto rango alemán de médico militar] doctor Rolf Schleicher tiene una dura tarea ante sí: quiere salvarle la vida a su hermano Rüdiger. Rüdiger Schleicher es uno de los conspiradores del 20 de julio de 1944. Si el atentado contra Hitler hubiera tenido éxito, el experimentado jurista administrativo Schleicher se habría hecho cargo de la nueva organización aeronáutica alemana. Sin embargo, las cosas no salieron así. A principios de octubre, Rüdiger Schleicher fue arrestado y ayer, 2 de febrero de 1945, el Primer Senado del Tribunal Popular, bajo la presidencia de Roland Freisler, lo condenó a muerte. Al oír la noticia, Rolf emprende de inmediato el camino de Stuttgart a Berlín.

Tiene que hacer lo imposible. El tiempo apremia, ya que las distancias entre las condenas y las ejecuciones son cada vez más cortas. Rolf sabe que necesita hablar con «lo más alto», no con funcionarios subordinados del ministerio que no harían más que darle largas. Lo mejor que puede hacer es dirigirse personalmente a Otto Georg Thierack. Al fin y al cabo, el ministro de Justicia del Reich puede aplicar el derecho de indulto. Thierack podría, o en eso confía Rolf, eliminar la sentencia de Freisler de un plumazo. El hecho de que el edificio del Ministerio de Justicia esté en su mayor parte destruido por las bombas que cayeron en diciembre del año pasado no le impide seguir con su plan. En algún lugar en medio del paisaje de escombros de la Wilhelmstrasse debe de encontrarse el ministro.

El *Oberstabsarzt* doctor Rolf Schleicher está a punto de salir de la

parada de metro en la Potsdamer Platz cuando se dispara la alarma aérea a las 10:39. De inmediato busca refugio bajo los túneles del metro junto a los otros pasajeros. Durante la siguiente hora y media más de novecientos cincuenta aviones americanos sobrevuelan la ciudad repartidos en dos grandes olas y arrojan más de dos mil toneladas de bombas explosivas, así como doscientas cincuenta toneladas de bombas incendiarias. Las consecuencias son devastadoras: cerca de veinticinco mil personas pierden la vida, veinte mil resultan heridas y ciento veinte mil quedan sin hogar.

—¡Un médico! ¡Necesitamos un médico! —grita alguien una vez que los bombarderos se han alejado.

Rolf Schleicher acude a la llamada y lo conducen al patio del cercano Tribunal Popular, sito en la Bellevuestrasse, donde la metralla ha alcanzado a un hombre. El techo del edificio arde en llamas, las ventanas han estallado en añicos y un espeso humo contamina el aire. El herido yace en el suelo, rodeado de algunos hombres de toga. Rolf Schleicher exige a los presentes que se aparten. Entonces se inclina sobre el hombre y lo mira a la cara. Cuando lo reconoce, se siente desfallecer. Le asaltan pensamientos que no debería tener ningún médico. Le toma el pulso. Está muerto. Cuando se incorpora y uno de los presentes le pide que se identifique, Rolf contesta:

—Soy el hermano del inocente a quien ayer este hombre condenó a muerte. [13]

Así cambian los tiempos: hasta hace un año aún temblaban los presos de la Gestapo frente a Otto Prochnow cuando este los interrogaba, los hostigaba y consideraba culpables. Sin embargo, ahora —mediados de marzo de 1946— el mismo Prochnow se encuentra preso.

Otto Prochnow huyó a Kiel durante los últimos días de la guerra. Allí lo detuvo una unidad especial inglesa que lo trasladó al tristemente célebre centro de interrogatorios OSDIC en Bad Nenndorf, al oeste de Hannover. El servicio secreto no se anda con contemplaciones con los presos detenidos allí; muchos reclusos reciben golpes y abusos. También Prochnow es interrogado durante días. Quieren saber cómo funcionaba la Oficina Central de Seguridad del Reich, de qué se encargaba su sección y qué ha sido de sus antiguos colegas. Otto Prochnow da una impresión contradictoria. El

oficial que lo interroga escribe en su informe final de marzo de 1946:

> El preso es una criatura escurridiza y rastrera sin carácter ni ideales y que carece de valor, tanto corporal como moral. Como funcionario parece haber permanecido fiel a su personalidad, evidentemente orgulloso de su propia eficiencia, muy contento de que nunca le exigieran tomar decisiones importantes y por completo indiferente ante lo que ocurriera fuera de su limitado horizonte. El preso no es capaz de pensar con claridad; durante el interrogatorio fue difícil conseguir declaraciones claras y concisas. Su memoria no pasa de ser mediocre. Asumo que los datos obtenidos son ciertos, ya que el preso se esfuerza por agradar, y considero que es demasiado cobarde para mentir u ocultar información. [14]

En algún momento de la primavera de 1946 dejan a Otto Prochnow en libertad. Luego, su rastro se pierde en la espesura de la posguerra.

A finales de 1946, Theo y Emmy, Rosemarie y el pequeño Edgar, de cinco años, así como la *Grand'maman* Sophie continúan viviendo en Obermodern. El abastecimiento de alimentos funciona mejor en Alsacia que en la bombardeada Düsseldorf, de modo que, a primera vista y en comparación, la familia se encuentra bien. No padecen hambre y tienen un techo sobre sus cabezas.

Después de más de tres años, sigue sin pasar un solo día en el que los Kreiten no piensen en Karlrobert, no hablen de él, no lo extrañen. Theo ha elegido su propio camino para superar su tristeza. Bajo el título *Wen die Götter lieben* [A quien los dioses aman], ha escrito un libro sobre su hijo que saldrá pronto a la luz en una editorial de Düsseldorf. Mientras tanto, Rosemarie está llena de odio y rabia. «Las dos denunciantes que viven aún continúan a sus anchas», escribe al antiguo abogado de Karlrobert Kurt Behling, «ya va siendo hora de que respondan por sus actos.» [15] Más aún: Rosemarie desearía denunciar al Reich alemán y exigirle una indemnización de cuatro millones de marcos imperiales, como hace saber a Behling; sin embargo, este rechaza la idea. El abogado argumenta que el Reich alemán ya no existe; por otro lado, lo que sí pueden hacer es denunciar a las señoras Passavant y Windmöller por crímenes contra la humanidad según la ley n.º 10 del Consejo de Control Aliado. En efecto, Emmy y Theo Kreiten presentan el 10 de octubre de 1946 una denuncia sobre esta base, y la fiscalía del Tribunal Regional de

Düsseldorf comienza sus investigaciones. Cuando Annemarie Windmöller recibe la noticia de la denuncia, intenta contactar de inmediato con Christine von Passavant. «Creo que Tini también se alegraría de recibir mi carta», escribe a una conocida común de ambas, «ya que a las dos nos esperan tiempos difíciles.» [16]

Annemarie y Hermann Windmöller dejaron Berlín a finales de marzo de 1945 para mudarse a Lengerich, en la región de Tecklenburger Land, entre Münster y Osnabrück, donde se alojan con la familia de Annemarie en la casa de los abuelos de esta. Allí tiene lugar un primer interrogatorio policial a finales de enero de 1947. Cuando le preguntan por su profesión, Annemarie responde «ama de casa»; su marido, en su momento todo un secretario de Estado, ha de conformarse con un simple «trabajador». Annemarie Windmöller tiene ahora cincuenta y dos años. A Berlín —a la «zona este»— no quieren volver bajo ningún concepto. Lengerich es su nuevo hogar.

La señora Windmöller se hace la inocente: no, ella no tuvo nada que ver con el asunto del pianista. Todo fue obra de la propia Ott-Monecke. «Me exigió que le mostrara el modo de denunciar a ese joven», explica en el protocolo. «Yo rechacé denunciarlo porque no lo conocía. Además, Ott-Monecke siempre me pareció una persona que se exaltaba con demasiada facilidad. Pero como no dejaba de preguntarme, le dije que debería hablar del caso con la señora Von Passavant, que trabajaba en el Ministerio de Propaganda y tenía conexiones con la Cámara de Cultura del Reich.» Un par de días más tarde, Christine von Passavant la llamó —a ella, Annemarie Windmöller—, y le reclamó una denuncia escrita por parte de la señora Ott-Monecke. Como Ellen Ott-Monecke no disponía de máquina de escribir, ella, la señora Windmöller, le ofreció, en un gesto de afecto vecinal, «acudir a mi piso y dictarme la declaración». Eso fue todo. Más no podía añadir. Y en absoluto es ella consciente de culpabilidad alguna. [17]

Mientras que Annemarie Windmöller niega cualquier responsabilidad ante la policía, en una carta de octubre de 1947 a su amiga Christine von Passavant muestra su verdadero rostro: «Tuve incluso por azar la oportunidad de participar en un homenaje a ese gran artista, tan prematuramente ejecutado. ¡Un amigo de la casa K. [reiten] lo organizó sin que lo supieran mis familiares con motivo de un concierto en su villa! Un bonito gesto, ¿verdad?». [18]

Una vez que Christine von Passavant toma asiento frente al fiscal doctor Hermann Jager y la auxiliar de Justicia Theissen, el doctor Jager abre una libreta gris y pregunta con la mirada a la señorita Theissen si está preparada. La auxiliar de Justicia, que tiene que redactar el acta, asiente con la mirada. Entonces, el fiscal comienza a dictar:

—Düsseldorf, 14 de mayo de 1947. Por citación judicial presta declaración la señora Christine von Passavant, divorciada señora Schwab, de soltera Debüser, nacida el 4 de junio de 1891 en Colonia. ¿Correcto?

La señora Von Passavant dice que sí.

Como ya hiciera Annemarie Windmöller, también Christine von Passavant se muestra ingenua: la han involucrado en este desagradable asunto sin motivo.

—Yo nunca tuve trato personal con la señora Ott-Monecke, ni fui jamás a su casa; tampoco ella estuvo en la mía. De modo que no existía una relación personal entre nosotras. Únicamente la veía en los encuentros del grupo de canto. Mi marido y yo éramos amigos del matrimonio Windmöller, más o menos desde el principio de la guerra, y nos visitábamos a menudo.

El doctor Jager le pregunta entonces el porqué de la denuncia actual. Passavant explica que un día recibió una llamada telefónica de la señora Ott-Monecke. Muy nerviosa, le habló de un músico que se alojaba unos días en su casa y que había pronunciado tales insultos contra Hitler y el partido que ella se sentía incapaz de repetirlos por teléfono. La señora Ott-Monecke quería saber qué se podía emprender contra ese joven. Pronto daría un concierto en la Filarmónica y ella consideraba necesario impedirlo. Ella, Christine von Passavant, no quiso tener nada que ver con el asunto y le recomendó a la señora Ott-Monecke que se dirigiera a la Cámara de Cultura del Reich. Ella no podía hacer nada, las respectivas cámaras eran responsables de los artistas.

—Al poco rato me llamó también la señora Windmöller —continúa Passavant su interrogatorio—. Me dijo que la señora Ott-Monecke había acudido a ella totalmente desconcertada para pedirle ayuda. Ella misma, la señora Windmöller, consideraba las

declaraciones muy graves y me preguntó si no se podía hacer algo desde el Ministerio de Propaganda para impedir ese concierto.

El doctor Jager insiste: ¿realmente dijo eso la señora Windmöller? Christine von Passavant asiente con la cabeza.

—Ese mismo día recibí más llamadas sobre el mismo tema, en particular el día después del concierto. Repetidas veces se trataba de la señora Ott-Monecke o de la señora Windmöller, pero también llamaban otras mujeres, miembros, en mi opinión, de la Liga de Mujeres, que ya sabían de las palabras de Kreiten.

En algún momento se sintió sobrepasada por tantas llamadas, así que le pidió a su colega Margot Röhrmann que mintiera para disculparla.

Christine von Passavant continúa su relato: el Viernes Santo de 1943, la señora Ott-Monecke la llamó incluso a su casa. Le contó que había leído en el *Völkischer Beobachter* que Karlrobert Kreiten emprendería una gira musical por Italia invitado por el Ministerio de Propaganda. Según ella, había que impedirlo a toda costa. Sin embargo, ella, Passavant, deseaba que la dejaran en paz, así que le recomendó poner todo por escrito, de otro modo no se podría hacer nada. Ya el martes después de Pascua llegó, a través del correo interno del Ministerio, una denuncia escrita dirigida al consejero del Gobierno, el doctor Immanuel Schäffer. No obstante, Schäffer decidió no tramitar el documento y dejar que se resolviera solo.

La señora Ott-Monecke no se quedó tranquila. Dos o tres días más tarde —es decir, el jueves o el viernes después de Pascua—, se presentó en un terrible estado de nervios en la oficina de Christine von Passavant para preguntar cómo iba el asunto.

—Dijo que esa mañana se había detenido ante el retrato del Führer, que había debatido con su propia conciencia y le había prometido al Führer que obraría como le ordenaba su conciencia.

Entonces la señora Ott-Monecke se dirigió a la Gestapo para presentar una denuncia oficial contra Kreiten. Por cierto que el consejero del Gobierno doctor Schäffer también tuvo que soportar preguntas desagradables de la Gestapo: por qué su departamento no había tramitado la denuncia y cuestiones similares. Finalmente, Christine von Passavant declara en el protocolo que Ellen Ott-Monecke fue la única culpable de aquella tragedia. Ella misma, desde luego, no tiene nada que reprocharse. [19]

El doctor Jager pregunta a la señorita Theissen si lo ha apuntado todo. La auxiliar de Justicia asiente. El fiscal se retira las gafas con ambas manos, las dobla y las coloca en su estuche.

En las semanas siguientes, Hermann Jager interroga a numerosos testigos en colaboración con sus colegas de la fiscalía competente de Colonia a la que se remitió el proceso a mediados de 1947. Con considerable esfuerzo se interpela a antiguos inquilinos del número 1 de la calle Lützowufer, hablan con Margot Röhrmann —que confirma bajo juramento las declaraciones de su antigua colega Christine von Passavant—, así como con funcionarios de la desaparecida Cámara de Música del Reich y miembros de la familia Kreiten. Emmy jura y perjura que Ellen Ott-Monecke le aseguró que las señoras Windmöller y Von Passavant la instigaron a presentar la denuncia. No tiene pruebas, sobre todo ahora que la señora Ott-Monecke ya no puede pronunciarse sobre el tema. Por desgracia, Emmy se confunde y se contradice a medida que pasa el tiempo: quién sabe, tal vez los recuerdos de aquellos dolorosos días estén jugándole una mala pasada, o quizás ella misma esté adornando algunos hechos para que resulten más convincentes. De cualquier modo, los funcionarios que investigan el caso empiezan a dudar de la coherencia de sus declaraciones. Emmy se siente cada vez más acorralada y llega a inculpar a uno de los fiscales de confabular con Christine von Passavant. Claro que tampoco puede probarlo. «El hecho de que la señora Kreiten esté perdiendo el dominio de sí misma solo puede beneficiarnos», escribe el abogado de Christine von Passavant a su cliente. [20]

Annemarie Windmöller y Christine von Passavant coinciden en señalar a Ellen Ott-Monecke como única culpable; sin embargo, y a pesar de la seguridad con que se expresan, tampoco sus declaraciones están libres de incoherencias. Una de las dos miente, pero ¿quién? La mayoría de los testigos confirman que Ott-Monecke y su amiga Windmöller eran fanáticas nacionalsocialistas. Pero ¿basta eso para una condena?

Poco antes de las navidades de 1948, el fiscal general de Colonia cierra la investigación. Como Karlrobert era de nacionalidad holandesa, el Gobierno militar británico tiene que aprobar la resolución; no obstante, este coincide con los colegas de Colonia:

«Consideramos igualmente que no existen pruebas convincentes sobre las que apoyar este caso; la investigación puede cerrarse». [21] El abogado de Emmy interpone de inmediato un recurso, que desestiman en marzo de 1949. «Si bien existe cierta sospecha contra la demandada Windmöller», admite el fiscal general, «las pruebas obtenidas no bastan para condenarla con la seguridad requerida. Contra la demandada Von Passavant no hay pruebas suficientes; más bien queda absuelta por la declaración jurada de la testigo Röhrmann.» [22]

De ese modo queda impune el asesinato judicial de Karlrobert Kreiten. Christine von Passavant alias Tiny Debüser y Annemarie Windmöller nunca rinden cuenta de sus actos. Christine von Passavant enferma de cáncer y muere en octubre de 1957. Annemarie Windmöller sobrevive a Karlrobert cuarenta y siete años. Muere en julio de 1990, a la edad de noventa y cinco años en Lengerich.

Paul Stenig y Kurt Behling, los abogados de Karlrobert, continúan trabajando como juristas después de la Segunda Guerra Mundial. Stenig ocupa el cargo de fiscal general en el juzgado berlinés de Tiergarten antes de abrir de nuevo su propia notaría. Muere en 1952 en Berlín. No deja de ser irónico que precisamente Kurt Behling defienda a algunos nacionalsocialistas de alto rango en los procesos de Núremberg, entre ellos Hans Schlegelberger, el antiguo secretario de Estado en el Ministerio de Justicia. Después Behling se establece en Berlín y más tarde en Hamburgo, donde muere en 1975.

Es muy posible que Paul Stenig y Kurt Behling se hayan cruzado de nuevo con Karl-Heinz Domann en los primeros tiempos de posguerra. Domann, quien redactó como fiscal el acta de acusación contra Karlrobert Kreiten, puede continuar en un principio sin problemas con su carrera tras la caída del Tercer Reich. Ocupa el cargo de fiscal en Westberlin. Sin embargo, cuando se divulga su participación en sentencias de muerte, lo suspenden de sus funciones en 1959. Domann muere diez años más tarde en Berlín.

Martin Stier, director de un tribunal regional que intervino, entre otros, en las condenas a muerte de los hermanos Scholl, Christoph Probst y Karlrobert Kreiten, fallece el 6 de febrero de 1945, solo tres días después de que muriera su jefe Roland Freisler, víctima de un

ataque aéreo aliado.

Otto Georg Thierack, ministro de Justicia de Hitler, se suicida en prisión en octubre de 1946; en septiembre de 1959 su antiguo secretario de Estado Curt Rothenberger sigue sus pasos. Wolfgang Mettgenberg, antiguo colaborador de Thierack, es condenado en Núremberg a diez años de cárcel y muere en abril de 1950 en la prisión de Landsberg.

El 20 de abril de 1945, Wilhelm Röttger acciona por última vez el resorte que deja caer la cuchilla de la guillotina. Luego huye a Northeim, a unos noventa kilómetros al sur de Hannover, donde ya había sido evacuada su mujer. Allí nadie sospecha que el nuevo vecino ha decapitado o ahorcado a unas dos mil personas. A principios de mayo de 1946, Röttger sufre un infarto cerebral y es trasladado al hospital. Allí se descubre que el hombre de cincuenta y dos años padece sífilis en estado avanzado. «Se observaron cambios psíquicos significativos», anota en su informe el médico que lo trató, «que se manifestaban en una completa desorientación, lloro incontrolado y similar. Se planificó darle el alta hospitalaria y designarlo paciente dependiente.»[23]

Sin embargo, el *Hannoverschen Neuesten Nachrichten* descubre la identidad del enfermo y publica un artículo sobre «el verdugo del 20 de julio». Detienen a Röttger y lo ingresan en el hospital de la prisión, donde su estado empeora con rapidez. «Según mi diagnóstico, tengo la impresión de que la "justicia terrenal" ha llegado demasiado tarde en el caso de R.», escribe el médico del centro.[24] Wilhelm Röttger muere poco tiempo después, el 6 de septiembre de 1946 a las dos de la mañana.

Theo y Emmy Kreiten regresan de Alsacia a Düsseldorf en 1950 y se mudan junto a la *Grand'maman* Sophie a un piso de nueva construcción en la Wasserstrasse. Theo retoma la enseñanza y escribe reseñas musicales mientras su mujer lleva la casa con la hospitalidad de siempre. Los Kreiten organizan a menudo conciertos, invitan a lecturas, reciben a artistas e intelectuales. Su nuevo hogar no tarda en convertirse en uno de los puntos de encuentro cultural de la ciudad junto al Rin.

La hermana de Karlrobert, Rosemarie, se divorcia de Bruno

Musolf en 1945 y se casa cuatro años más tarde con Helfrid von Studnitz, un antiguo coronel de las tropas blindadas alemanas a quien conoció en Rusia. No obstante, tampoco este matrimonio dura mucho tiempo y se divorcian en 1953. Rosemarie von Studnitz emigra un año más tarde a Estados Unidos con su hijo Gilbert, nacido en 1950. Allí se establece en Los Ángeles, donde funda una editorial de libros de arte. Durante los años siguientes regresa a Alemania con regularidad en compañía del pequeño Gilbert. Edgar Musolf, el hijo del primer matrimonio de Rosemarie, crece mientras tanto con sus abuelos en Düsseldorf.

Theo Kreiten muere en enero de 1960, Sophie Liebergesell, la *Grand'maman,* le sigue un año más tarde, y Rosemarie von Studnitz fallece en 1975 en Los Ángeles. Emmy Kreiten continúa siendo parte de la sociedad cultural de Düsseldorf hasta su muerte, a los noventa y un años, en enero de 1985.

¡Werner Höfer ya no entiende nada en absoluto! Como anfitrión del programa *Internationaler Frühschoppen,* cree haberse comprometido de verdad con el periodismo liberal. Desde agosto de 1953 conversa todos los domingos con seis periodistas de cinco países sobre la situación en el mundo en general y, en especial, en Alemania. Höfer es extremadamente vanidoso, así que la conversación siempre gira también en torno a él mismo. Conduce la tertulia, concede o quita la palabra, interrumpe con elegancia a renombrados y renombradas colegas y cambia de un tema a otro como un auténtico acróbata de la lengua. Mientras tanto, fuman y beben vino del Mosela. Werner Höfer y su programa gozan de popularidad. A la edición número mil acude incluso el entonces canciller alemán Willy Brandt a los estudios para felicitarle en persona. De manera que ¿por qué demonios pone *Der Spiegel* esta vieja historia de nuevo sobre el tapete? Justo ahora, en diciembre de 1987, poco antes de Navidad. ¿Acaso él, Höfer, no ha dicho ya todo lo que tenía que decir?

En efecto, Werner Höfer se ha pronunciado varias veces durante los años pasados sobre su participación en el Tercer Reich. En la primavera de 1962, Albert Norden, miembro del Politburó del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED) y jefe de Propaganda de la RDA, sacó a la luz el texto de Höfer sobre aquel

«artista indigno». El autor reaccionó a la defensiva: la redacción introdujo cambios en su texto sin informarle y sin su consentimiento. «No hace falta que señale que el nombre y el caso Kreiten no se mencionan en absoluto.» [25] Esos son los argumentos que Höfer lleva décadas repitiendo, y la estrategia funciona sorprendentemente bien. Incluso cuando el *Bild am Sonntag* entrevista en febrero de 1948 a Emmy Kreiten, que ha cumplido ya ochenta y cuatro años, y la citan diciendo: «Si Höfer estuviera hoy frente a mí, ¡lo enviaría a paseo!», [26] Höfer continúa a sus anchas.

Habría sido fácil reconocer que las afirmaciones de Höfer no eran muy creíbles con una simple lectura completa del mencionado artículo. El texto se refiere deliberadamente y de forma dramática al caso Kreiten. Si no lo mencionara, faltaría el sentido, el artículo quedaría fragmentado. De modo que ya en 1962 deberían haberlo sabido, pero por entonces las cosas no se miraban tan de cerca. Un año después de la construcción del Muro de Berlín no se quería aceptar que Albert Norden y el SED pudieran provocar la caída de un apreciado periodista de Alemania Occidental. Höfer se aprovecha con habilidad de esta circunstancia cuando afirma, año tras año, que estos ataques no se dirigen a él sino a la televisión liberal de la República Federal. Ahí radica la garantía de supervivencia de Höfer.

Sin embargo, son otros tiempos en diciembre de 1987. Dos años antes, Helmut Kohl condujo al presidente estadounidense Ronald Reagan a un cementerio militar en Bitburg en el que junto a soldados alemanes yacen también miembros de las Waffen-SS. La visita corta, planeada como un gesto de reconciliación entre antiguos enemigos de guerra, se convierte en un fracaso. Numerosos historicistas acusan a Kohl de corromper la Historia y quitarle gravedad. De cualquier modo, la polémica sigue aún reciente cuando los responsables de la Westdeutscher Rundfunk (WDR), la cadena de radio y televisión que produce *Frühschoppen,* lee en la nueva edición de *Der Spiegel* del 14 de diciembre de 1987 la destrucción pública de su número uno. «No hay otra salida, ya no se puede confiar en él», concluye la revista de Hamburgo. [27] Los días de Höfer a la cabeza del *Frühschoppen* están contados. A esto hay que añadir que él —que tiene ya setenta y cuatro años— parece estar cada vez más senil. La WDR quiere librarse de él. El 17 de diciembre, el director artístico Friedrich Nowottny le presenta un ultimátum a su colega. Cinco días más tarde, este mismo

anuncia su retirada: «Ruego a la WDR que se ahorre, por su bien y por el mío, cualquier tipo de manifestación pública en ocasión de mi setenta y cinco cumpleaños y a la hora de mi muerte». [28] Werner Höfer muere en noviembre de 1997 en Colonia.

—¿Puedes imaginarte una vida conmigo? —pregunta Adolf Friedländer a la joven en el campo de concentración de Theresienstadt. [29]

Margot Bendheim asiente sin decir palabra. Ambos han sufrido terribles experiencias y nunca hablarán mucho sobre ello en los siguientes más de cincuenta años de su vida en común. «Sí, los dos habíamos pasado por lo mismo y teníamos que afrontar la pérdida de nuestros familiares», recuerda Margot. «Para mi marido fue muy doloroso poder ayudar a su tía pero no a su madre, que no sobrevivió al viaje en un vagón de tren a Auschwitz.»

El hermano de Margot, Ralph, y su madre, así como Rachela Meisner, son deportados a Auschwitz el 29 de enero de 1943. A la madre y a la señora Meisner las matan poco después de llegar; Ralph muere apenas cuatro semanas más tarde, el 24 de febrero. Entretanto, Margot, de veintiún años, ya vive en la clandestinidad en Berlín, tiene que cambiar constantemente de alojamiento, duerme hoy aquí y mañana allí. Tres veces escapa por un pelo de la Gestapo. En abril de 1944 la detienen judíos *Greifer,* colaboradores de los nazis. La deportan a Theresienstadt, donde conoce a Adolf Friedländer, once años mayor que ella. Después de la liberación en julio de 1946, el matrimonio toma un barco que los lleva a Nueva York. Ninguno de los dos quiere tener nada que ver con Alemania nunca más. Margot encuentra trabajo como modista de arreglos y más tarde como agente de viajes. Adolf tiene varios empleos en organizaciones judías.

No obstante, de vez en cuando suena el teléfono en Nueva York y al final de la línea está Berlín. El hombre que la llama desde Alemania es una estrella que con su «Entonces usted opina que… ¡estupendo!» entusiasma a generaciones enteras, pero eso Margot solo lo sabe de oídas. En Nueva York no puede ver ningún canal alemán. Y regresar a Alemania, aunque fuera por una breve visita, sería absolutamente impensable, sobre todo para su marido, Adolf. Sin embargo, las llamadas de Hans siempre son algo especial. «Hans Rosenthal me dijo

a menudo: “¿Quién no conocía a Ralph? Él era el primero de la clase”. Conversamos muchas veces por teléfono después de la guerra. Siempre hablábamos de Ralph, intercambiábamos recuerdos. Hans Rosenthal me contaba a menudo sobre sus muchos escondites en Berlín, él también vivió en la clandestinidad, como yo.» [30] Margot y Hans no se encontraron nunca en persona, siempre sería una amistad telefónica entre el viejo y el nuevo mundo. Hans Rosenthal enferma de cáncer y fallece en febrero de 1987, pocos meses antes de que el pasado alcance a Werner Höfer.

Cuando Adolf Friedländer muere en Nueva York a finales de 1997, justo un mes después del fallecimiento de Werner Höfer, Margot vuelve a tomar las riendas de su vida. Seis años más tarde visita de nuevo su ciudad de nacimiento, invitada por el Senado de Berlín. Varios viajes suceden al primero, y las estancias cada vez se alargan más, hasta que en 2010 deja su vivienda en Nueva York y se muda definitivamente a Berlín. Ella misma dispone por internet su nuevo apartamento en una elegante residencia de ancianos. Margot Friedländer tiene en esos momentos ochenta y ocho años. Una vez establecida en Alemania cuenta su historia, también una crónica del año 1943. Organiza encuentros culturales en los que lee fragmentos de su autobiografía *Versuche, dein Leben zu machen* [Intenta hacer tu vida], ofrece con regularidad charlas en escuelas, habla con periodistas y ante todo tipo de públicos. Con sorprendente vitalidad construye y cuida nuevas relaciones. En noviembre de 2021 celebra su centenario en compañía de cien amigos. Tres años antes, cuando la nombran ciudadana de honor de la ciudad de Berlín, dice en su discurso de agradecimiento: «Hitler, Göring y Goebbels también fueron ciudadanos de honor. Hoy se revolverían en sus tumbas, si las tuvieran. Porque una judía a la que no reconocían como persona, a la que deseaban matar, algo que casi lograron, es hoy ciudadana de honor». [31]

¿Y si Karlrobert Kreiten hubiera alcanzado esa bíblica edad? ¿Quizás se hubiera celebrado con gran pompa su centenario en junio de 2016? Quizás el presidente de la República, Joachim Gauck, habría dado una recepción en honor al pianista más importante de nuestro tiempo, se le habría rendido homenaje y premiado con una orden. Quizás el

mismo maestro se habría sentado al piano con ocasión de su cumpleaños. Quizás. Es fácil imaginarse la escena. Sin embargo, la Historia quiso que ocurriera de otra manera.

Con ocasión del centésimo cumpleaños de Karlrobert, un sello musical de Colonia publicó un cedé con todas sus grabaciones conservadas, producidas entre 1934 y 1938 en el Institut für Phonotechnik de Düsseldorf. Es música de piano de otra época: poética y virtuosa a un tiempo, libre y llena de ímpetu juvenil. Se entiende por qué el profesor de Karlrobert, Claudio Arrau, lo consideraba un genio y por qué el público se rendía a sus pies. Cuando la melancólica *Nocturno* de Frédéric Chopin toca a su fin, cuesta creer lo que se oye. De repente suena la voz de un joven que parece llegar del más allá. En un perfecto acento renano dice: «He interpretado *Nocturno en do sostenido menor* de Chopin. Karlrobert Kreiten, Düsseldorf, octubre de 1934».

Apéndices

Fuentes

Arolsen Archives, International Center on Nazi Persecution International Tracing Service

0.4, 075/0767a: Disposiciones para la realización de las ejecuciones

Archivo Federal de Berlín

R 2/101754: expediente personal del doctor Paul Stenig
R 22/1318: Ministerio de Justicia del Reich
R 55/22729: formulario personal de Christine von Passavant
R 55/24384: expediente personal de Christine von Passavant
R 3017/4240: expediente del proceso penal contra Karlrobert Kreiten
R 3017/5416: expediente del proceso penal contra Erich Perbandt
R 3017/20099: expediente del proceso penal contra Karlrobert Kreiten
R 3001/80575: expediente personal de Hermann Windmöller
R 9361/I/2554: NSDAP-Formulario de Wilhelm Ott-Monecke
R 9361-II/1209193: expediente de Hermann Windmöller
R 9361-III/155678: expediente de Otto Prochnow
R 9361-III/548557: expediente personal de Otto Prochnow
R 9361-V/25878: expediente de Theodor Kreiten
R 9361-V/55727: expediente de Rosemarie Kreiten
R 9361-V/84018: expediente de Lubo D’Orio (Lubomir Wapordjeff)
R 9361-VI/8956: expediente de Werner Höfer
R 9361-IX Kartei / 31420848: Willy Ott-Monecke
R 9361-IX Kartei / 48881183: Annemarie Windmöller
R 9361-IX Kartei / 48881205: Hermann Windmöller
PERS 6/193333: expediente personal de Willy Ott-Monecke Sammlung BDC / NS -Frauenschaft
ZSG 102: Colección Fritz Sänger sobre la política de prensa del Estado

Nacionalsocialista

Archivo Federal de Coblenza

N 1253: Propiedad de Kurt Behling
N 1262: Propiedad de Fritz Sänger

Monumento a la Resistencia Alemana

Expediente del preso Karlrobert Kreiten

Archivo del cuerpo de bomberos Klingenberg am Main 1864 e. V.

Informe sobre la intervención del cuerpo de bomberos 10/11-03-1944

Archivo del Institut für Zeitgeschichte München

ED 106, vol. 52: propiedad de Walter Hammer
ED 106, vol. 53: propiedad de Walter Hammer
ED 180, vol. 6: propiedad de Hermann Göring
NG 1007

Archivo Regional de Baden-Württemberg, Archivo Regional General de Karlsruhe

503 n.º 85: Formulario de ingreso de Karlrobert Kreiten en la prisión de la Gestapo

Archivo Regional de Berlín

Expediente personal de Paul Stenig
P Rep. 559 n.º 46: acta de defunción de Karlrobert Kreiten

Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, Sección Renania

RW 0058 n.º 36180: cuartel general de la Gestapo en Düsseldorf
Gerichte Rep. 231 n.º 88

Archivo Regional de Baja Sajonia, Sección Hannover

Nds. 761 Hannover, n.º 3/095: expediente del enfermo Wilhelm Röttger

Propiedad particular

Propiedad de Hermann Unger

Archivo Estatal de Núremberg

Procesos de Núremberg, documento NG 213: Wolfgang Mettgenberg
Procesos de Núremberg, documento NG 435: Walter Strelow
Procesos de Núremberg, documento NG 696: Wolfgang Mettgenberg
Procesos de Núremberg, documento NG 797: Hugo Suchomel

Stadtmuseum Düsseldorf

Propiedad de la familia Kreiten

The U.S. National Archives and Records / College Park, MD

Bibliografía

Amend, Christoph: «Margot Friedländer. “Ich bin nicht bitter“», *Zeitmagazin,* n.º 44/2021.

«An der Richtstätte kein Hitler-Gruß», *Der Spiegel,* n.º 8/1979.

Berthold, Willi: *Die 42 Attentate auf Adolf Hitler,* Viena, 1997.

Blasius, Rainer: «Auf dem richtigen Gleis», *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 10 de agosto de 2009, pág. 7.

Boberach, Heinz (ed.): *Meldungen aus dem Reich . Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS 1938-1945,* vols. 12-15, Herrsching, 1984.

Braun, Konstanze: *Dr. Otto Georg Thierack (1889-1946),* Fráncfort del Meno, 2005.

Brysac, Shareen Blair: *Mildred Harnack und «die Rote Kapelle». Die Geschichte einer ungewöhnlichen Frau und einer Widerstandsbewegung,* Berlín, 2003.

Chaussy, Ulrich, y Gerd R. Ueberschär: *«Es lebe die Freiheit!». Die Geschichte der Weißen Rose und ihrer Mitglieder. Ergänzt um historische Dokumente,* Fráncfort del Meno, 2013.

Demps, Laurenz (ed.): *Luftangriffe auf Berlin. Die Berichte der Hauptluftschutzstelle 1940-1945,* Berlín, 2012.

Diedrich, Torsten: *Stalingrad 1942/1943,* Stuttgart, 2018.

Die Justiz. Monatsschrift für Erneuerung des deutschen Rechtswesens, vol. VII, cuaderno 10/11, Berlín, 1932.

Dodd, Martha: *Nice to meet you, Mr. Hitler! Meine Jahre in Deutschland 1933 bis 1937,* Berlín, 2005.

Doerner, Karl (ed.): *Reichsstrafprozessordnung. Nebst Gerichtsverfassungsgesetz und den wichtigsten Nebengesetzen,* Berlín, 1943.

Dolezal, Joseph: *Im Todeshaus. Oberregierungsrat Paul Vacano,* Berlín, 2013.

Ebert, Jens (ed.): *Feldpostbriefe aus Stalingrad,* Gotinga, 2003.

Elbers, Helmut: *Intentionen, Entstehungsprozess und Wirkung von Victor*

Klemperers «LTI», Duisburgo, 1999.
Fischer-Hupe, Kristine: *Victor Klemperers «LTI. Notizbuch eines Philologen». Ein Kommentar,* Hildesheim, 2001.
«Freisler verstand ihn nicht», *Der Spiegel,* n.º 51/1947.
Friedländer, Margot: *Versuche, dein Leben zu machen. Als Jüdin versteckt in Berlin,* Reinbek bei Hamburg, 2010.
Fröhlich, Elke (ed.): *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 1.ª parte, vol. 1/III, Múnich, 2004.
—: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 1.ª parte, vol 2/II , Múnich, 2004.
—: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 1.ª parte, vol. 2/III, Múnich, 2006.
—: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 1.ª parte, vol. 3/II, Múnich, 2001.
—, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 1.ª parte, vol. 4, Múnich, 2000.
—: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 3, Múnich, 1994.
—: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, Múnich, 1993.
—: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 8, Múnich, 1993.
—: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 9, Múnich, 1993.
—: *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 10, Múnich, 1994.
«Frühschöppner Höfer im Zwielicht», *Bild am Sonntag,* 19 de febrero de 1978.
Gersdorff, Rudolf-Christoph Freiherr von: *Soldat im Untergang,* Fráncfort del Meno, 1977.
Gostomski, Victor von, y Walter Loch: *Der Tod von Plötzensee,* Meitingen, 1969.
Gottschalk, Maren: *Wie schwer ein Menschenleben wiegt. Sophie Scholl. Eine Biografie,* Múnich, 2020.
Gribbohm, Günter: «Der Volksgerichtshof», *Juristische Schulung,* 1969, págs. 55 y sigs. y págs. 109 y sigs.
Gundlach, Anton, y Albert Panzer: *Peter Buchholz. Der Seelsorger von Plötzensee,* Meitingen, 1964.
Hassell, Ulrich von: *Vom anderen Deutschland. Aus den nachgelassenen Tagebüchern 1938-1944,* Fráncfort del Meno, 1964.
Höfer, Werner: «Künstler – Beispiel und Vorbild», *12 Uhr Blatt,* 20 de septiembre de 1943.
Huber, Wolfgang (ed.): *Die Weiße Rose. Kurt Hubers letzte Tage,*

Múnich, 2018.

Hüttl, Tina, y Alexander Meschnig (eds.): *Uns kriegt ihr nicht. Als Kinder versteckt – jüdische Überlebende erzählen,* Múnich, 2013.

Jochmann, Werner (ed.): *Adolf Hitler, Monologe im Führer hauptquartier 1941-1944* . Dibujos de Heinrich Heim, Múnich, 2000.

Kästner, Erich: *Das blaue Buch. Geheimes Kriegstagebuch 1941-1945,* Zúrich, 2018.

Kater, Michael: *Gewagtes Spiel. Jazz im Nationalsozialismus,* Múnich, 1998.

Klemperer, Victor: *LTI. Notizbuch eines Philologen,* Stuttgart, 2020.

—: *Tagebücher 1942,* Berlín, 1999.

—: *Tagebücher 1943,* Berlín, 1999.

Kopp, Roland: *Vorgeschichte und Durchführung des Kriegsgerichtsverfahrens gegen Robert Dorsay im Jahr 1943,* Gotinga, 2019.

Kreiten, Theo: *Wen die Götter lieben. Erinnerungen an Karlrobert Kreiten,* Düsseldorf, 1947.

Krenek, Ernst: *Im Atem der Zeit. Erinnerungen an die Moderne,* Viena, 2012.

Krüger, Peter: «Etzels Halle und Stalingrad. Die Rede Görings vom 30.1.1943», en: Joachim Heinzle y Anneliese Waldschmidt (eds.), *Die Nibelungen. Ein deutscher Wahn, ein deutscher Albtraum. Studien und Dokumente zur Rezeption des Nibelungenstoffs im 19. und 20. Jahrhundert,* Fráncfort del Meno, 1991, págs. 151-192.

Kube, Alfred: *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich,* Múnich, 1987.

Kugel, Wilfried: *Der Unverantwortliche. Das Leben des Hanns Heinz Ewers,* Düsseldorf, 1992.

Lange, Eitel: *Der Reichsmarschall im Kriege,* Stuttgart, 1950.

MacDonogh, Giles: «Otto Horcher. Caterer to the Third Reich», *Gastronomica,* vol. 7, n.º 1 (invierno de 2007), págs. 31-38.

Mangoldt, Ursula von: *Auf der Schwelle zwischen Gestern und Morgen. Begegnungen und Erlebnisse,* Weilheim, 1963.

Maser, Werner, y Harald Poelchau: *Der Mann, der tausend Tode starb,* Rastatt, 1982.

Matthäus, Jürgen, y Frank Bajohr (eds.): *Alfred Rosenberg. Die Tagebücher von 1934 bis 1944,* Fráncfort del Meno, 2015.

Moltmann, Günter: «Goebbels’ Rede zum totalen Krieg am 18. Februar

1943», en: *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte,* vol. 12, 1964, cuaderno 1, págs. 13-43.

«Die Nacht als die Henker kamen», *Bunte,* 15 de mayo de 1985, págs. 174 y sig.

Oleschinski, Brigitte: *Mut zur Menschlichkeit. Der Gefängnisgeistliche Peter Buchholz im Dritten Reich. Dokumentation zu Leben und Wirken des Gefängnisseelsorgers Peter Buchholz (1888 bis 1953),Königswinter in Geschichte und Gegenwart,* cuaderno 4, enero de 1991.

Ortner, Helmut: *Der Hinrichter. Roland Freisler – Mörder im Dienste Hitlers,* Viena, 1993.

Panter, Peter (Kurt Tucholsky): «In der Strafkolonie», *Die Weltbühne,* 3 de junio de 1920, n.º 23, pág. 655.

Picker, Henry (ed.): *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier,* Múnich, 1979.

Piper, Ernst: *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe,* Múnich, 2005.

Poelchau, Harald: *Die letzten Stunden. Erinnerungen eines Gefängnispfarrers,* Berlín, 1987.

—: *Die Ordnung der Bedrängten. Erinnerungen des Gefängnisseelsorgers und Sozialpfarrers (1903-1972),* Teetz, 2004.

Polster, Bernd (ed.): *Swing Heil. Jazz im Nationalsozialismus,* Berlín, 1989.

Ramm, Arnim: *Der 20. Juli vor dem Volksgerichtshof,* Berlín, 2007.

Reich-Ranicki, Marcel: *Mein Leben,* Stuttgart, 1999.

Rem, Tore: *Knut Hamsun.Die Reise zu Hitler,* Berlín, 2016.

Riehle, Klaus: *Pál Kiss.Gefangener Nr. 193272,* Viena, 2017.

Riess, Curt: *Joseph Goebbels. Eine Biographie,* Baden-Baden, 1950.

Rosenman, Samuel I. (ed.): *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt, 1943 Volume: The Tide Turns,* Nueva York, 1950.

Rosenthal, Hans: *Zwei Leben in Deutschland,* Bergisch Gladbach, 1980.

Salomon, Ernst von: *Der Fragebogen,* Reinbek bei Hamburg, 2003.

Schäfer, Hans Dieter: *Das gespaltene Bewußtsein. Vom Dritten Reich bis zu den langen Fünfziger Jahren,* Gotinga, 2009.

Schlabrendorff, Fabian von: *Offiziere gegen Hitler,* Fráncfort del Meno, 1959.

—: *Begegnungen in fünf Jahrzehnten,* Tubinga, 1979.

Scholl, Inge (ed.): *Die Weiße Rose,* Fráncfort del Meno, 1993.

Schott, Susanne: *Curt Rothenberger. Eine politische Biographie,* tesis doctoral, Halle, 2001.

Schröder, Nina: *Hitlers unbeugsame Gegnerinnen. Der Frauenaufstand in der Rosenstraße,* Múnich, 2001.

Schumann, Coco: *Der Ghetto-Swinger. Eine Jazzlegende erzählt,* Múnich, 1998.

Sennewald, Michael: *Hanns Heinz Ewers. Phantastik und Jugendstil,* Meisenheim am Glan, 1973.

Speer, Albert: *Erinnerungen,* Berlín, 2007.

Stiftung Topographie des Terrors (ed.), *Das «Hausgefängnis» der Gestapo-Zentrale in Berlin. Terror und Widerstand 1933-1945,* Berlín, 2005.

Tiger, Theobald (Kurt Tucholsky): «Literatur-Walzer», *Die Weltbühne,* 18 de noviembre de 1920, n.º 47, pág. 586.

Tomescheit, Wiebke: «Robert Dorsay: Der Mann, der wegen eines Witzes sterben musste», *Stern,* 23 de agosto de 2022.

Tuchel, Johannes: *Hinrichtungen im Strafgefängnis Berlin Plötzensee 1933 bis 1945 und der Anatom Hermann Stieve,* Berlín, 2019.

— (ed.): *«... und ihrer aller wartete der Strick». Das Zellengefängnis Lehrter Straße 3 nach dem 20. Juli 1944,* Berlín, 2014.

«Verordnung über das Sonderstrafrecht im Kriege und bei besonderem Einsatz», 17 de agosto de 1938, en: *Reichsgesetzblatt I,* págs. 1455-1457.

Wagner, Walter: *Der Volksgerichtshof im nationalsozialistischen Staat. Mit einem Forschungsbericht für die Jahre 1974 bis 2010 von Jürgen Zarusky,* Múnich, 2011.

Waltenbacher, Thomas: *Zentrale Hinrichtungsstätten. Der Vollzug der Todesstrafe in Deutschland von 1937-1945,* Berlín, 2008.

Wassiltschikow, Marie: *Die Berliner Tagebücher der Marie «Missie» Wassiltschikow,* Berlín, 1991.

Wieser, Harald: «Tod eines Pianisten», *Der Spiegel,* n.º 51/1987.

Wolffram, Knud: «Ein Bulgare in Berlin. Die Geschichte des Lubo D'Orio», *Fox auf 78,* primavera de 1990, págs. 8-11.

—: *Tanzdielen und Vergnügungspaläste. Berliner Nachtleben in den dreißiger und vierziger Jahren,* Berlín, 2001.

Zankel, Sönke: «Vom Helden zum Hauptschuldigen – Der Mann, der die Geschwister Scholl festnahm», en: Elisabeth Kraus (ed.), *Die Universität München im Dritten Reich, Aufsätze. Teil I,* Múnich, 2006, págs. 581-608.

Zuckmayer, Carl: *Geheimreport,* Múnich, 2007.

«Zum Tode verurteilt. Wegen Feindbegünstigung», *12 Uhr Blatt,* 15 de septiembre de 1943.

Agradecimientos

Quisiera dar gracias de corazón a todos cuantos me han ayudado durante mi trabajo, en particular al personal de los archivos y colecciones que he consultado. Envío un especial agradecimiento al doctor Stefan Kames y a Gilbert von Studnitz, así como al profesor doctor Johannes Tuchel, por sus valiosas indicaciones y sugerencias. Doy las gracias a Jens Dehning, de Siedler Verlag, a mi lector el doctor Ludger Ikas y a mi agente Barbara Wenner. Mi último agradecimiento es para los críticos lectores del manuscrito, en especial para Peter Franzek.

Créditos de las ilustraciones

Por orden de aparición

© Warner Bros Pictures Diltz / Bridgeman Images / Album.
© Scherl / Süddeutsche Zeitung Photo / Album.
© Stadtmuseum Landeshauptstadt Düsseldorf / Album.
© Photo Scala, Florence / bpk, Bildagentur für Kunst, Kultur und Geschichte, Berlin121 Gilbert von Studnitz.
© Gilbert von Studnitz / Album.
© Ullstein bild / GettyImages.
© Photo Scala, Florence / bpk, Bildagentur fuer Kunst, Kultur und Geschichte, Berlin.
© Akg-images / Album.
© Monumento a la Resistencia Alemana / Album.
© Photo Scala, Florence / bpk, Bildagentur fuer Kunst, Kultur und Geschichte, Berlín.

Notas

Stalingrado

1 . Theo Kreiten, *Wen die Götter lieben. Erinnerungen an Karlrobert Kreiten,* Düsseldorf, 1947, pág. 28.

2 . Ibíd., pág. 34.

3 . Thomas Mann, *Tagebücher 1940-1943,* Fráncfort del Meno, 1982, pág. 515.

4 . Ibíd., pág. 519.

5 . Disposiciones para la realización de las ejecuciones, Arolsen Archives, International Tracing Service, 0.4, 075/0767a.

6 . Victor Klemperer, *Tagebücher 1943,* Berlín, 1999, pág. 6.

7 . Victor Klemperer, *Tagebücher 1942,* Berlín, 1999, págs. 215 y sig.

8 . Ibíd.

9 . Victor Klemperer, *LTI. Notizbuch eines Philologen,* Stuttgart, 2020, pág. 20.

10 . Victor Klemperer, *Tagebücher 1942,* pág. 99.

11 . *Die Dame,* enero de 1943, pág. 14.

12 . Jens Ebert (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad,* Gotinga, 2003, pág. 274.

13 . Torsten Dietrich, *Stalingrad 1942/1943,* Stuttgart, 2018, pág. 90.

14 . Archivo Federal de Berlín, ZSG 102.

15 . Hermann Göring, Diario de enero de 1943, archivo del Institut für Zeitgeschichte, Múnich, ed. 180, vol. 6.

16 . Cf. Alfred Kube, *Pour le mérite und Hakenkreuz. Hermann Göring im Dritten Reich,* Múnich, 1987, págs. 324 y sigs.

17 . Cf. Eitel Lange, *Der Reichsmarschall im Kriege,* Stuttgart, 1950, págs. 150 y sig.

18 . La descripción de los hechos se basa en: Lange, *Der Reichsmarschall im Kriege,* págs. 161 y sig.

19 . Jürgen Matthäus y Frank Bajohr (eds.), *Alfred Rosenberg. Die Tagebücher von 1934 bis 1944,* Fráncfort del Meno, 2015, pág. 561.

20 . Ernst Piper, *Alfred Rosenberg. Hitlers Chefideologe,* Múnich, 2005, pág. 561.

21 . Samuel I. Rosenman (ed.), *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt,* vol. 1943, Nueva York, 1950, pág. 80.

22 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, Múnich, 1933, págs. 208 y sig.

23 . Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich. Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS 1938-1945,* vol. 12, Herrsching, 1984, pág. 4735.

24 . Margot Friedländer, *«Versuche dein Leben zu machen». Als Jüdin versteckt in*

Berlin, Reinbek, 2010, pág. 108.

25 . Ibíd., pág. 109.

26 . Ebert (ed.), *Feldpostbriefe aus Stalingrad,* págs. 312 y sig.

27 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, pág. 229.

28 . Peter Krüger, «Etzels Halle und Stalingrad. Die Rede Görings vom 30.1.1943», en: Joachim Heinzle y Anneliese Waldschmidt (eds.), *Die Nibelungen, ein deutscher Wahn, ein deutscher Albtraum. Studien und Dokumente zur Rezeption des Nibelungenstoffs im 19. und 20. Jahrhundert,* Fráncfort del Meno, 1991, págs. 151 y sigs.

29 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, pág. 235.

30 . Mann, *Tagebücher. 1940-1943,* pág. 531.

El discurso

1 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, pág. 245.

2 . Ibíd., pág. 280.

3 . Ibíd., pág. 290.

4 . Archivo Federal de Berlín, ZSG 102.

5 . Ruth Andreas-Friedrich, *Der Schattenmann. Tagebuchaufzeichnungen 1938-1945,* Fráncfort del Meno, 1986, pág. 27.

6 . Ibíd., págs. 100 y sig.

7 . *Die Dame,* febrero de 1943, pág. 19.

8 . Werner Maser y Harald Poelchau, *Der Mann, der tausend Tode starb,* Rastatt, 1982, pág. 116.

9 . Sönke Zankel, «Vom Helden zum Hauptschuldigen – der Mann, der die Geschwister Scholl festnahm», en: Elisabeth Kraus (ed.), *Die Universität München im Dritten Reich: Aufsätze. Teil I,* Múnich, 2006, pág. 584.

10 . Maren Gottschalk, *Wie schwer ein Menschenleben wiegt. Sophie Scholl. Eine Biografie,* Múnich, 2020, págs. 282 y sig.

11 . Inge Scholl (ed.), *Die Weiße Rose,* Fráncfort del Meno, 1993, pág. 96.

12 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, págs. 336 y sig.

13 . Discurso en el Palacio de los Deportes según Günter Moltmann, «Goebbels Rede zum totalen Krieg am 18. Februar 1943», en: *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte,* vol. 12, 1964, cuaderno 1, págs. 13-43; aquí también las citas siguientes.

14 . Curt Rieß, *Joseph Goebbels. Eine Biografie,* Baden-Baden, 1950, pág. 356.

15 . Albert Speer, *Erinnerungen,* Berlín, 2007, pág. 269.

16 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, pág. 375.

17 . Ulrich Chaussy y Gerd R. Ueberschär, *«Es lebe die Freiheit!» Die Geschichte der Weißen Rose und ihrer Mitglieder. Ergänzt um historische Dokumente,* Fráncfort del Meno, 2013, págs. 230 y sigs.

18 . Ibíd., pág. 254.

19 . Archivo Federal de Berlín, ZSG 102.

20 . Walter Wagner, *Der Volksgerichtshof im nationalsozialistischen Staat. Mit einem*

Forschungsbericht für die Jahre 1974 bis 2010 von Jürgen Zarusky, Múnich, 2011, pág. 946.

21 . Archivo Estatal de Núremberg, Procesos de Núremberg, documento NG 797.

22 . Susanne Schott, *Curt Rothenberger. Eine Politische Biographie,* tesis doctoral, Halle, 2001, pág. 157.

23 . Wagner, *Der Volksgerichtshof im nationalsozialistischen Staat,* pág. 1005.

24 . Günter Gribbohm, «Der Volksgerichtshof», *Juristische Schulung,* 1969, pág. 60.

25 . Roland Freisler a Adolf Hitler, 15 de octubre de 1942, citado según Helmut Ortner, *Der Hinrichter. Roland Freisler, Mörder im Dienste Hitlers,* Viena, 1993, pág. 141.

26 . Cf. *Die Justiz. Monatsschrift für Erneuerung des deutschen Rechtswesens,* vol. 7, cuaderno 10/11, Berlín, 1932, págs. 474 y sig.

27 . Henry Picker (ed.), *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier,* Stuttgart, 1976, pág. 159.

28 . Chaussy y Ueberschär, *«Es lebe die Freiheit!»,* pág. 97.

29 . Scholl (ed.), *Die Weiße Rose,* pág. 197.

30 . Ibíd., pág. 191.

31 . Ibíd., pág. 193.

32 . Ibíd., pág. 185.

33 . Ibíd., pág. 65.

34 . Ibíd., pág. 66.

35 . Nina Schröder, *Hitlers unbeugsame Gegnerinnen. Der Frauenaufstand in der Rosenstraße,* Múnich, 2001, pág. 82.

36 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, pág. 528.

37 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 37.

Lützowufer

1 . *Die Dame,* marzo de 1943, pág. 1.

2 . Erich Kästner, *Das blaue Buch. Geheimes Kriegstagebuch 1941-1945,* Zúrich, 2018, pág. 43.

3 . Ibíd., pág. 281.

4 . Laurenz Demps (ed.), *Luftangriffe auf Berlin. Die Berichte der Hauptluftschutzstelle 1940-1945,* Berlín, 2012, pág. 418.

5 . Ibíd., pág. 426.

6 . Andreas-Friedrich, *Der Schattenmann,* pág. 103.

7 . Ursula von Mangoldt, *Auf der Schwelle zwischen Gestern und Morgen. Begegnungen und Erlebnisse,* Weilheim, 1963, pág. 114.

8 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 3, Múnich, 1994, pág. 525.

9 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 4, Múnich, 2000, pág. 185.

10 . Cf. Erich Kästner, *Das blaue Buch,* pág. 85.

11 . Willi Berthold, *Die 42 Attentate auf Adolf Hitler,* Viena, 1997, pág. 194.

12 . Fabian von Schlabrendorff, *Offiziere gegen Hitler,* Fráncfort del Meno, 1959, pág. 96.

13 . Fabian von Schlabrendorff, *Begegnungen in fünf Jahrzehnten,* Tubinga, 1979, pág. 229.

14 . Ibíd.

15 . Conversación reconstruida según las actas del juicio redactadas por el fiscal general del Reich en el Tribunal Popular. Cf. Archivo Federal de Berlín, R. 3017/20099.

16 . Rudolf-Christoph Freiherr von Gersdorff, *Soldat im Untergang,* Fráncfort del Meno, 1977, pág. 129.

17 . Ibíd., págs. 132 y sig.

18 . Mann, *Tagebücher 1940-1943,* pág. 554.

19 . Friedrich Lambart (ed.), *Tod eines Pianisten. Karlrobert Kreiten und der Fall Werner Höfer,* Berlín, 1988, pág. 247.

20 . Ibíd., pág. 137.

21 . *Berliner illustrierte Nachtausgabe,* 23 de marzo de 1943.

22 . En alemán, la expresión «morder hierba» es sinónimo de «morir». *(N. de la T.)*

23 . Wiebke Tomescheit, «Robert Dorsay: Der Mann, der wegen eines Witzes sterben musste», *Stern,* 23 de agosto de 2022.

24 . Hans Rosenthal, *Zwei Leben in Deutschland,* Bergisch Gladbach, 1980, págs. 60 y sig.

Una calma engañosa

1 . Archivo Federal de Berlín, R 55/22729: cuestionario personal de Christine von Passavant.

2 . Cf. Ernst Krenek, *Im Atem der Zeit. Erinnerungen an die Moderne,* Viena, 2012, pág. 749.

3 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 150.

4 . Ibíd., pág. 55.

5 . Rosenthal, *Zwei Leben in Deutschland,* pág. 63.

6 . *Nightingale,* en inglés: «ruiseñor». *(N. de la T.)*

7 . *Elegante Welt,* marzo de 1943, pág. 41.

El concierto que nunca tuvo lugar

1 . Protocolo del interrogatorio a Karlrobert Kreiten, 4 de mayo de 1943, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, RW 0058 n.º 36180; aquí también las citas siguientes.

2 . Ibíd.

3 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 8,

Múnich, 1993, pág. 206.

4 . Declaración de Emmy Kreiten, 16 de marzo de 1948, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, Gerichte Rep. 231 n.º 88.

5 . Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, RW 0058 n.º 36180.

6 . Declaración de Emmy Kreiten, 16 de marzo de 1947, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, Gerichte Rep. 231 n.º 81.

7 . Emmy Kreiten, declaración jurada sin datar, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, Gerichte Rep. 231 n.º 88.

8 . Declaración de Emmy Kreiten, 16 de marzo de 1948, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, Gerichte Rep. 231 n.º 88.

9 . Ibíd.

10 . Rudolf Goldschmit-Jentner a Walter Hammer, 4 de junio de 1953, archivo del Institut für Zeitgeschichte, Múnich, Ed 106/53-35.

11 . Ibíd.

12 . Formulario de ingreso de Karlrobert Kreiten en la prisión de la Gestapo, Archivo Regional de Baden-Württemberg / Archivo Regional General de Karlsruhe, 503 n.º 85.

13 . *Das «Hausgefängnis» der Gestapo Zentrale in Berlin. Terror und Widerstand 1933-1945,* Berlín, 2005, pág. 41.

14 . Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich,* vol. 13, pág. 5267.

15 . Para la biografía de Prochnow: Archivo Federal de Berlín, R 9361-III/155678 y R 9361-III/548557.

16 . Karlrobert Kreiten a Emmy Kreiten, 29 de mayo de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.

17 . Emmy Kreiten a Karlrobert Kreiten, 31 de mayo de 1943, ibíd.

La vida que siguió después

1 . Protocolo de interrogatorio, 1 de junio de 1943, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, RW 0058 n.º 3618.

2 . Cf. Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 88.

3 . Emmy Kreiten a Karlrobert Kreiten, 2 de junio de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.

4 . Karlrobert Kreiten a Emmy Kreiten, 3 de junio de 1943, ibíd.

5 . Menú de Adolf Hitler, Centro de Documentación de Obersalzberg, Berchtesgaden.

6 . Protocolo de interrogatorio, 8 de junio de 1943, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, RW 0058 n.º 36180.

7 . Otto Prochnow al cuartel general de la policía del Estado en Düsseldorf, 4 de junio de 1943, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, RW 0058 n.º 36180.

8 . Jefatura regional del NSDAP en Düsseldorf al *Landeskulturwalter* de Düsseldorf, 20 de agosto de 1940, Archivo Federal de Berlín, R 9361-V/25878.

9 . Policía secreta del Estado en Düsseldorf al presidente de la Cámara de la

Literatura del Reich, 27 de febrero de 1941, Archivo Federal de Berlín, R 9361-V/25878.

10 . *Gaustabsamtleiter* von der Lippe a Wilhelm Raupp, 4 de junio de 1943, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, RW 0058 n.º 36180.

11 . Herbert Eulenburg a Magda Goebbels, copia, Archivo Federal de Coblenza, N 1253, propiedad de Kurt Behling.

12 . Wilfried Kugel, *Der Unverantwortliche. Das Leben des Hanns Heinz Ewers,* Düsseldorf, 1992, pág. 379.

13 . Theobald Tiger (Kurt Tucholsky), «Literatur-Walzer», *Die Weltbühne,* 18 de noviembre de 1920, n.º 47, pág. 586.

14 . Peter Panter (Kurt Tucholsky), «In der Strafkolonie», *Die Weltbühne,* 3 de junio de 1920, n.º 23, pág. 655.

15 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 1.ª parte, vol. 2/III, Múnich, 2006, pág. 255.

16 . Martha Dodd, *Nice to meet you, Mr. Hitler! Meine Jahre in Deutschland 1933 bis 1937,* Berlín, 2005, pág. 96.

17 . Archivo Federal de Berlín, ZSG 102.

18 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 7, Múnich, 2006, pág. 211.

19 . Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich,* vol. 13, pág. 5066.

20 . Cf. *Berliner illustrierte Nachtausgabe,* 12 de julio de 1943.

21 . Knud Wolffram, «Ein Bulgare in Berlin. Die Geschichte des Lub D'Orio», *Fox auf 78,* primavera de 1990, pág. 9.

22 . Cf. Archivo Federal de Berlín, R 9361-V/84018.

23 . Archivo Federal de Berlín, ZSG 102.

24 . Emmy Kreiten a Karlrobert Kreiten, 23 de junio de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.

25 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 100.

26 . Sophie Liebergesell a Karlrobert Kreiten, 26 de junio de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.

27 . Sophie Liebergesell a Karlrobert Kreiten, 24 de junio de 1943, ibíd.

28 . Karlrobert Kreiten a su familia, 1 de julio de 1943, ibíd.

29 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 8, pág. 553.

30 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 1.ª parte, vol. 3/II, Múnich, 2001, pág. 61.

31 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 1.ª parte, vol. 2/II, Múnich, 2004, pág. 58.

32 . Ibíd., pág. 205.

33 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels* , 1.ª parte, vol. 1/III, Múnich, 2004, pág. 74.

34 . Tore Rem, *Knut Hamsun. Die Reise zu Hitler,* Berlín, 2016, pág. 95.

35 . Ibíd., pág. 99.

36 . Ibíd., pág. 238.

37 . Ibíd., pág. 216.

38 . Ibíd., pág. 274.
39 . Ibíd., pág. 281.
40 . Ibíd., págs. 284 y sig.
41 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 9, Múnich, 1993, pág. 42.

Un baile al borde del abismo

1 . Klaus Riehle, *Pál Kiss. Gefangener Nr. 193272,* Viena, 2017, pág. 35.
2 . Karlrobert Kreiten a su familia, 8 de julio de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.
3 . Cf. Michael H. Kater, *Gewagtes Spiel. Jazz im Nationalsozialismus,* Múnich, 1998, pág. 220.
4 . Cf. Coco Schumann, *Der Ghetto Swinger. Eine Jazzlegende erzählt,* Múnich, 1998, págs. 44 y sig.
5 . Cf. Tina Hüttl y Alexander Meschnig, *Uns kriegt ihr nicht. Als Kinder versteckt – jüdische Überlebende erzählen,* Múnich, 2013, pág. 137.
6 . Schumann, *Der Ghetto-Swinger,* pág. 53.
7 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 8, pág. 320.
8 . Ibíd., pág. 387.
9 . Ibíd., pág. 536.
10 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 9, pág. 94.
11 . Emmy Kreiten a Karlrobert Kreiten, 17 de julio de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.
12 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 108.
13 . Karlrobert Kreiten a su familia, 22 de julio de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.

Agonía

1 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 9, pág. 195.
2 . Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich,* vol. 14, pág. 5577.
3 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 9, pág. 311.
4 . Kreiten, *Wen die Götter lieben,* pág. 53.
5 . Rosemarie Musolf a Karlrobert Kreiten, 15 de agosto de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.
6 . «Freisler verstand ihn nicht», *Der Spiegel,* n.º 51/1947.
7 . Emmy Kreiten a Karlrobert Kreiten, 6 de agosto de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.
8 . Andreas-Friedrich, *Der Schattenmann,* pág. 111.
9 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 122.
10 . Karlrobert Kreiten a su familia, 20 de agosto de 1943, Stadtmuseum Düsseldorf, propiedad de la familia Kreiten.

11 . Archivo Federal de Berlín, ZSG 102.

12 . Demps (ed.), *Luftangriffe auf Berlin,* pág. 531.

13 . Kästner, *Das blaue Buch,* pág. 131.

14 . Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich,* vol. 14, pág. 5675.

15 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 125.

16 . «Verordnung über das Sonderstrafrecht im Kriege und bei besonderem Einsatz», 17 de agosto de 1938, en: *Reichsgesetzblatt I,* págs. 1455-1457.

17 . Cf. Wagner, *Der Volksgerichtshof im nationalsozialistischen Staat,* págs. 281 y sig.

18 . Rosenthal, *Zwei Leben in Deutschland,* págs. 75 y sig.

19 . Ibíd., pág. 64.

Plötzensee

1 . Escrito de acusación contra Karlrobert Kreiten, 1 de septiembre de 1943, Archivo Federal de Berlín, R 3017/4240.

2 . Kästner, *Das blaue Buch,* pág. 134.

3 . Citación judicial, 2 de septiembre de 1943, Monumento a la Resistencia Alemana, expediente del preso Karlrobert Kreiten.

4 . Expediente del proceso penal contra Erich Perbandt, Archivo Federal de Berlín, R 3017/5416.

5 . Escena descrita según: Expediente del proceso penal contra Karlrobert Kreiten, Archivo Federal de Berlín, R 3017/4240.

6 . Archivo Federal de Berlín, ZSG 102.

7 . Demps (ed.), *Luftangriffe auf Berlin,* pág. 575.

8 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 9, pág. 423.

9 . Karl Doerner (ed.), *Reichsstrafprozessordnung. Nebst Gerichtsverfassungsgesetz und den wichtigsten Nebengesetzen,* Berlín, 1943, pág. 198.

10 . Hans Heinrich Lammers a Otto Georg Thierack, 17 de agosto de 1943, Archivo Federal de Berlín, R 22/1318.

11 . Archivo Estatal de Núremberg, Procesos de Núremberg, documento NG 696.

12 . Archivo Estatal de Núremberg, Procesos de Núremberg, documento NG 213.

13 . Monumento a la Resistencia Alemana, expediente del preso Karlrobert Kreiten.

14 . Hechos descritos según Joseph Dolezal, *Im Todeshaus. Oberregierungsrat Paul Vacano,* Berlín, 2013.

15 . «Die Nacht als die Henker kamen», *Bunte,* 15 de mayo de 1985, pág. 174.

16 . Declaración de Heinz Drewes, 17 de julio de 1947, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, Gerichte Rep. 231 n.º 88.

17 . Victor von Gostomski y Walter Loch, *Der Tod von Plötzensee,* Meitingen, 1969, pág. 23.

18 . «An der Richtstätte kein Hitler-Gruß», *Der Spiegel,* n.º 8/1979.

19 . «Die Nacht als die Henker kamen», *Bunte,* 15 de mayo de 1985, pág. 174.

20 . Kreiten, *Wen die Götter lieben,* pág. 64.

21 . Cf. Archivo Regional de Berlín, P Rep. 559 n.º 46.

22 . Monumento a la Resistencia Alemana, expediente del preso Karlrobert Kreiten.

23 . Cf. Archivo Estatal de Núremberg, Procesos de Núremberg, documento NG 435.

24 . «Zum Tode verurteilt. Wegen Feindbegünstigung», *12 Uhr Blatt,* 15 de septiembre de 1943, pág. 2.

25 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 130.

26 . Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich,* vol. 15, págs. 5775 y sig.

27 . Werner Höfer, «Künstler – Beispiel und Vorbild», *12 Uhr Blatt,* 20 de septiembre de 1943.

28 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 139.

La vida que siguió después

1 . Roland Kopp, *Vorgeschichte und Durchführung des Kriegsgerichtsverfahrens gegen Robert Dorsay im Jahr 1943,* Gotinga, 2019, pág. 9.

2 . Ibíd., pág. 13.

3 . Ibíd., págs. 21 y sig.

4 . Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 9, pág. 288.

5 . Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels,* 2.ª parte, vol. 10, Múnich, 1994, pág. 200.

6 . Ibíd., pág. 205.

7 . El original de este documento se encuentra en el archivo del Institut für Zeitgeschichte, propiedad de Walter Hammer, ED 106, vol. 53.

8 . Archivo Federal de Berlín, ZSG 102.

9 . Klemperer, *Tagebücher 1943,* pág. 168.

10 . Cf. Informe sobre la intervención del cuerpo de bomberos, archivo del cuerpo de bomberos Feuerwehr Klingenberg am Main 1864 e.V.

11 . Riehle, *Pál Kiss,* pág. 29.

12 . Charlotte an der Heiden a Walter Hammer, 24 de junio de 1956, archivo del Institut für Zeitgeschichte, propiedad de Walter Hammer, ED 106, vol. 52, n.º 63.

13 . Rainer Blasius, «Auf dem richtigen Gleis», *Frankfurter Allgemeine Zeitung,* 10 de agosto de 2009, pág. 7.

14 . The U.S. National Archives and Records, Record Group 65: Records of the Federal Bureau of Investigation: Entry A1 136-P, Box 213, File 56874, Section 001: Prochnow, Otto.

15 . Rosemarie Kreiten a Kurt Behling, 4 de agosto de 1947, Archivo Federal de Coblenza, N 1253, propiedad de Kurt Behling.

16 . Annemarie Windmöller a la señora Unger, 17 de julio de 1946, propiedad de Hermann Unger.

17 . Declaración de Annemarie Windmöller, 30 de enero de 1947, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, Gerichte Rep. 231 n.º 88.

18 . Annemarie Windmöller a Christine von Passavant, 16 de octubre de 1947,

propiedad de Hermann Unger.

19 . Declaración de Christine von Passavant, 14 de mayo de 1947, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, Gerichte Rep. 231 n.º 88.

20 . El doctor Artur Meynen a Christine von Passavant, 31 de marzo de 1948, propiedad de Hermann Unger.

21 . Legal Adviser to the Regional Commissioner Land North Rhine al Ministerio de Justicia del Estado de Renania del Norte-Westfalia, 30 de noviembre de 1948, copia en propiedad de Hermann Unger.

22 . Decreto del 2 de marzo de 1949, Archivo Regional de Renania del Norte-Westfalia, sección Renania, Gerichte Rep. 231 n.º 88.

23 . Informe médico, 24 de agosto de 1946, Archivo Regional de Baja Sajonia, NdS. 761 Hannover, N.º 3/095, expediente del enfermo Wilhelm Röttger.

24 . Informe médico, 19 de agosto de 1946, ibíd.

25 . Lambart (ed.), *Tod eines Pianisten,* pág. 134.

26 . «Frühschöppner Höfer im Zwielicht», *Bild am Sonntag,* 19 de febrero de 1978.

27 . Harald Wieser, «Tod eines Pianisten», *Der Spiegel,* n.º 51/1987.

28 . Lambart (ed.), *Tod eines Pianisten,* pág. 211.

29 . Christoph Amend, «Margot Friedländer. "Ich bin nicht bitter"», *Zeitmagazin,* n.º 44/2021.

30 . Ibíd.

31 . Discurso manuscrito, propiedad privada.

Vidas ante el abismo
Alemania, 1943
Oliver Hilmes

Título original: *Schattenzeit. Deutschland 1943: Alltag und Abgründe*

Ilustración de la cubierta: © Miriam Bauer
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent / www .uklitag .com

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2024

ISBN: 978-84-1107-511-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents